

TERESA FARIAS DE ISASSI

NUPCIAL

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

MALLORCA, 166

NUPCIAL

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

Cerebro y corazón.-*Alta comedia* (Obra premiada)

Sombra y luz.—*Alta comedia.*

Nupcial.—*Novela.*

EN PREPARACION

Ante la tumba de Víctor Hugo.



La virgen de pie frente al espejo, sonreía. *(Pág. 291.)*

NUPCIAL

NOVELA

ORIGINAL DE LA SEÑORA

TERESA FARIAS DE ISASSI

ESCRITORA MEXICANA



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

MALLORCA, 166

Homenaje de cariño a mi esposo

el Sr. General

D. ADOLFO M. ISASSI

LA AUTORA

26 Marzo 1914.



I

HACIA EL DESTINO

El tren se detuvo en la estación de Pátzcuaro. Entre el ruido peculiar de las estaciones, subió del andén un murmullo de voces juveniles. Venía de un grupo de señoritas que con alegre algazara se despedían de una doncella, tan linda y lozana, que se destacaba entre todas, como una reinecita en su corte. Tan arrogante y donosa era que junto a ella todas parecían desgarbadas.

El conductor anunció la salida, y la señorita Elena Iriarte entró en el tren acompañada de su madre. Una bocanada de aire primaveral entró con ella y un delicioso olor a rosas frescas invadió el carro.

La atención de los viajeros se reconcentró por completo en aquella encantadora pasajera. Y en verdad que era guapa la doncella; con su juventud en plena floración; con su cuerpo gentil en donde la vida se desbordaba en una divina armonía

de líneas y de tonos. Una espesa cabellera bruna, encuadraba su carita morena deliciosamente ovalada. Sus radiantes ojos negros, cargados de misterio, interrogaban al porvenir. Su busto firme y amplio, y sus caderas divinamente vigorosas, cantaban un himno a la vida y llamaban al amor. En su frente, llena de adivinaciones, palpitaba un mundo de quimeras y de sueños. La alegría de vivir sonreía en sus labios e irradiaba en sus ojos.

Dejaba su pueblo sin pensar. Ningún amor profundo había tenido en él. Alguna vez sostuvo relaciones amorosas con un joven de la localidad, pero pronto las terminó, sintiendo que no la satisfacía. Su inteligencia había sido cuidadosamente cultivada. Tenía además una pronta y clarísima penetración. Así es que comprendía, que su cuerpo desbordante de vida y de cariño, que su alma plena de anhelos y de sueños, no sabría entregarse a ninguno de aquellos jóvenes de su pueblo.

Aquella virgen presentía que sólo amaría a un dominador. A un sér fuerte, que sujetara su naturaleza exuberante, que la manejara a su antojo como dueño y señor. Sentía un obscuro deseo de sumisión, de abandono. Se sentía ávida de amor, y esperaba ansiosa al revelador, al sér caro y fuerte que descorriera, ante su vista deslumbrada, la espesa cortina que separa la realidad de los sueños.

¿Qué le reservaba el destino a aquella niña que ignorante y feliz iba hacia la vida? ¿Aquel revelador que ella esperaba mataría en flor sus candores, haría pedazos

la tela de oro de sus sueños? ¿Aquel hombre fuerte y caro que ella evocaba la vería como una deliciosa bestia de piel sonrosada hecha para producir fugitivos instantes de bajo placer; o como una sacerdotisa hecha para conservar en el hogar la sacra llama?

El viaje de la señorita Iriarte tenía por objeto acompañar a su madre a pagar cierta manda que dicha señora había ofrecido a la Virgen de Guadalupe.

Pocos días después de su llegada a la capital, fueron a visitar a una pariente, que ahí tenían. Era una anciana opulenta y venerable. Doña Angela Ruiz, viuda de Fernández de Lara, que así se llamaba la señora en cuestión, las recibió amablemente; se encantó con el carácter comedido y cariñoso de Elena; le sorprendió la buena ejecución con que tocaba el piano; y puso verdadero empeño en retenerla algún tiempo a su lado para que la acompañara y para que se perfeccionara en la música.

La madre de Elena era una señora muy ignorante y muy fanática. Tenía un carácter áspero y duro que la hacía desagradable. Costó trabajo convencerla; pero cedió al fin y quince días después de su llegada a la capital partía sola para Pátzcuaro y su hija se instalaba en la suntuosa mansión de la señora Fernández de Lara.

II

EL DELITO

Angelita tenía un hijo, que era su adoración. Se llamaba Andrés.

En la época en que la señorita Iriarte llegó a la metrópoli, Andrés era ya un solterón de treinta y nueve años. Su aspecto sano y vigoroso, sus maneras elegantes y sobrias de gran señor, su cuerpo alto y grueso, su andar firme y marcial, le daban un hermoso aire de dominio y de señorío. Junto a aquel arrogante solterón la mayor parte de los señoritos de moda parecían sietemesinos. Su carácter era muy iracundo y muy arrebatado. La contrariedad más insignificante lo montaba en cólera, de la que fácilmente pasaba al buen humor. A primera vista, cuando llenaba la casa con su voz de trueno, dando una orden, o violentando alguna faena, se le creía un ogro; pero en realidad era el hombre mejor del mundo. No conocía el rencor, y no bien había reñido a un criado, u ofendido a alguna persona, cuando ya estaba haciéndole algún obsequio, o diciéndole alguna palabra amable. Una cosa tenía la particularidad de exaltarlo: las discusiones religiosas. Era el hombre más descreído del mundo. Para él todos los ritos religiosos eran farsas y no sufría que se tomaran en

serio. Sus costumbres eran casi licenciosas, casi libertinas. Había viajado y disfrutado mucho de la vida. Eran incontables las aventuras en que se había visto envuelto.

Preciso será relatar una de sus aventuras, porque fué de las que tuvieron para él mayores consecuencias. El hecho a que vamos a referirnos pasó cuando él tenía treinta años.

Acababa de morir su padre y él se había hecho cargo de los negocios de la casa.

Un día se presentó en su despacho, solicitando empleo, una pobre muchacha de la clase media. Como no había ningún puesto vacante, Andrés le dijo que no tenía en qué emplearla. La muchacha se mostró desolada; su palidez enfermiza aumentó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquella palidez y aquellas lágrimas revelaban una vida de luchas vanas y de inútiles esfuerzos; un mundo de privaciones y de amarguras. Tras aquella pequeña luchadora se adivinaba una familia desgraciada a quien su mísero sueldo iba a sustentar.

El señor Fernández de Lara acabó por conmoverse, le asignó un corto sueldo y le dijo que podía quedarse.

La empleadita se llamaba Enriqueta Esparza. Tenía diez y ocho años. Sus facciones eran toscas, casi vulgares; pero su cuerpo tenía las turbadoras redondeces de los cuerpos juveniles. Andrés se fijó pronto en ello, y los modestos encantos de aquella pobre niña fueron fácil pasto de su lujuria.

Algún tiempo después el estado de la empleada denunciaba el delito, y el señor Fernández de Lara la despedía del des-

pacho poniendo en sus manos dos billetes de Banco de a cien pesos.

Pasaron algunos meses. Un día que Andrés se encontraba en su biblioteca, leyendo muy tranquilamente, entró un criado a comunicarle que una mujer del pueblo solicitaba urgentemente hablar con él.

—Que le diga a usted de lo que se trata —exclamó el señor.

El criado salió, y pocos minutos después volvió diciendo que se trataba de un asunto privado, sumamente urgente, que solamente a él se podría comunicar.

—Introduzca usted a esa mujer—dijo el señor, cerrando el libro.

Momentos después entraba en la biblioteca una mujer del pueblo con un pequeño bulto bajo el rebozo y una carta en la mano.

—Buenos días, señora. ¿Qué se le ofrece?—exclamó Andrés impaciente.

—Buenos días, señor—respondió la mujer, y añadió, acercándose:—Vengo a enentregar a usted esta carta y este niño.

—¿Qué está usted diciendo?—exclamó Andrés, poniéndose violentamente de pie.

—Que vengo a entregar a usted esta carta y este niño—repitió la mujer impasible.

—Eso no es para mí, no puede ser, habrá usted equivocado la dirección—dijo Andrés, violentísimo, comprendiendo, a su pesar, de lo que se trataba.

—No, señor, no puedo haberme equivocado. Yo pasaba por la esquina de esta casa, cuando una señora me suplicó que entregara a usted personalmente esta carta

y este niño. Creo que el sobre viene escrito, vea usted si es su nombre.

Andrés tomó la carta. No había lugar a duda, su nombre y su dirección eran exactos. Rompió el sobre y tomó dos papeles que contenía. Uno de ellos estaba firmado por Enriqueta y decía así:

«Señor Don Andrés Fernández de Lara.

Señor:

Acabo de salir del hospital en donde, hace quince días, dí a luz dos niños gemelos, que son vuestros hijos.

Si hubiera tenido solamente un niño, no molestaría a usted; pero son dos y estoy en la mayor miseria. Me quedo con uno y le envío el otro solicitando para él un poco de piedad. Nunca he pedido, ni pediré a usted nada para mí, pero para ese pobre niño, indefenso y débil, le pido protección.

Su servidora

Enriqueta Esparza.

P. D. Adjunto a usted un certificado del médico que me asistió que le comprobará la veracidad de mi dicho».

Andrés se quedó mudo, estupefacto, espantado. Había creído que, con el dinero dado a la empleadilla, su cuenta estaba saldada, su deber cumplido y que jamás tendría que volverse a ocupar de ese asunto. Y ahora, cuando menos lo esperaba, surgía el conflicto, el oculto delito le salía a la cara. Mil pensamientos confusos se agol-

paban a su mente. Leía y releía el certificado y la carta, sin saber qué partido tomar. Al fin exclamó, con una convulsión interior que lo ahogaba.

—Diga usted a la madre de esa criatura que lo conserve ella, que se lo ruego, que le daré una mensualidad.

La mujer respondió:

—Yo no sé quién es su madre, ni en dónde vive. Una muchacha, que apenas podía tenerse en pie, pues parecía muy enferma, me dió la carta y el niño en la esquina de esta casa, suplicándome que se los entregara a usted.

—¿Sería la madre del niño?—preguntó Andrés ansiosamente.

—Yo creo que sí, señor, porque al dármelo lo besó y se puso a llorar.

—Entonces, corra, llámela, dígale que venga aquí en seguida.

—Ella ya no está ahí, señor. Apenas me dió el niño y se fué.

—¿Está usted segura?—preguntó Andrés con violencia.

—Sí, sí, señor.

—Vaya un conflicto en que me ha metido esa bribona—exclamó Andrés exasperado.

—Si usted no quiere quedarse con el niño—dijo la mujer—me lo llevaré yo. Me servirá para mendigar.

Andrés la envolvió en una rápida mirada. Era sucia y andrajosa, su aspecto denotaba que era alcohólica.

El orgullo de aquel hombre dió una violenta sacudida, sus mejillas se colorearon, y exclamó con voz alterada:

—¡Ese niño es hijo mío, y un hijo mío no mendiga!

Hubo una larga pausa. La mujer arrullaba suavemente al niño, que empezaba a inquietarse, Andrés se paseaba de un extremo a otro de la biblioteca sin saber qué partido tomar.

Se le ocurrían mil subterfugios para evadir aquel compromiso, pero la voz del deber hablaba muy alto, con un tono claro, preciso, ineludible. Aquel alegre calaverón vió de pronto el lado serio de la existencia. Comprendió que de su resolución dependía un destino. Comprendió que aquel niño; que aquella vida en capullo, era un germen que, arrojado al arroyo, se pudriría, se convertiría en un ebrio, en un mendigo abyecto, quizás en un bandido. Y sintió que tenía un deber ineludible de amparar a aquel pobre sér que le debía la vida

—Ponga usted ese niño sobre aquel diván y retírese.

La mujer acostó al chiquillo en donde se le indicaba y se retiró.

El señor cerró la puerta y se quedó un rato de pie, inmóvil, sin saber qué hacer. Se arrepentía de haber ordenado que dejaran ahí al niño. ¿Cómo iba a recibir su madre a aquel intruso? ¿Cómo iba a confesar a aquella santa su pecado? Llevó la mano a la frente y la sintió empapada de sudor. Sentía hostilidad, casi odio, hacia la pobre criatura.

Después de mucho cavilar, se resolvió a mandarlo a un asilo. Se acercó al niño con intención de dárselo a un criado

para que se lo llevara. Se acercó, sintiendo hacia él irresistible repulsión.

El divino inconsciente dormía tranquilo, mientras se decidía su destino.

Su carita, como la de todos los niños, era de una dulzura infinita. Era frágil, débil, tiernísimo. Andrés intentó tomarlo y dárselo a un criado para que lo llevara al asilo, pero un sentimiento indefinible lo detenía. Aquel niño indefenso, tan débil, tan frágil, le infundía respeto, como si fuera una cosa sagrada, un objeto santo.

Se disculpó de su indecisión, diciéndose a sí mismo: «Un criado no sabrá dar los pasos necesarios para que este niño sea recibido. No tengo más remedio que dar cuenta a mi madre de lo que pasa, para que ella arregle lo más conveniente».

Tocó el timbre, y abrió la puerta. Entró un criado.

—Ruegue usted a la señora, que tenga la bondad de venir acá un momento,—le dijo. Cubrió el diván con un biombo y esperó.

Angelita entró a la biblioteca alarmadísima. Aquella llamada enteramente inusitada a aquel salón en el que nunca entraba, la sobresaltó sobremanera.

Andrés cerró de nuevo la puerta. La buena señora se alarmó aún más y preguntó vivamente de qué se trataba.

—No te alarmes, mamá, no es gran cosa.

La madre se sentó, y el hijo, después de limpiarse el sudor que le brotaba copiosamente de la frente, murmuró sumamente abochornado.

—Deseaba pedirte un consejo.

—¿De qué se trata?

—De un amigo mío... a quien... a quien..., bueno a quien le han obsequiado con un... un... niño, y... no sabe qué hacer con él.

—Me estás engañando, me estás engañando, te lo veo en la cara.

—Ahórrame la pena de confesarte la verdad,—murmuró Andrés.

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!—exclamó Angelita acongojadísima.

—Perdóname, mamasita, perdóname—dijo Andrés, tratando de besarla.

—Quítate, quítate de aquí. No sé cómo no te da vergüenza salirme con esas cosas.

Y verdaderamente encolerizada se levantó y se dirigió a la puerta.

—Mamá, te lo suplico, no te vayas sin decirme lo qué debo hacer.

—Haz lo que mejor te parezca.

—Estoy en una situación sumamente difícil; no sé qué hacer; te ruego que me escuches.

La madre se sentó refunfuñando y el hijo, dando cuantos rodeos pudo y velando cuanto le fué posible el relato, le contó la aventura que con la empleadilla había tenido.

La conciencia de Angelita; aquella conciencia recta, sin complicaciones, casi sin malicia, se sintió acongojada. ¿Era posible que un hijo suyo hubiera obrado de una manera tan indecorosa y tan cruel? ¿Era posible que aquel hijo a quien ella había educado en los más sanos principios de rectitud y de justicia, se hubiera aprovechado de la necesidad y de la debilidad de la pobre niña para hacerla su víctima?

¿Era posible que la hubiera puesto en la calle sin volver a ocuparse de la suerte que corría la infeliz?

El hijo, ante el disgusto de la madre, murmuró:

—Esto pasa a cada rato, mamasita, son cosas de la vida, son cosas de los hombres.

—De los hombres sin corazón, de los hombres sin conciencia, de los hombres sin religión—exclamó la anciana indignada.

—Pero, ¿qué podía yo haber hecho, madre?

—No haberla deshonrado.

—Pero una vez sucedido ya eso, ¿qué otra cosa podía yo hacer?—exclamó Andrés exaltándose.

—Debías, cuando menos, haberte preocupado de su suerte. Debías, cuando menos, haber cubierto sus necesidades hasta que tu hijo pudiera sostenerla.

—Uy, uy, uy, mamá, que cosas dices.

—Digo lo que debo decir; lo que te dirá cualquier gente honrada. Será preciso—añadió—que busques a esa pobre muchacha y que cumplas con ella tu deber.

—No sé su paradero. Una mujer trajo esta carta y dijo que ignoraba su domicilio. Es por esto que te he molestado; no sé qué hacer; mira la carta.

Cuando Angelita hubo leído la carta exclamó con acento indescriptible:

—¡Tus hijos nacieron en un hospital! ¡tus hijos nacieron en un hospital! ¡Qué vergüenza, qué vergüenza, hijo mío! Hasta los buitres ayudan a sus hembras a cuidar a sus crías.

Después de una larga pausa, preguntó:



¡Cómo! ¡Qué! ¿Qué es eso? ¿El niño está aquí?—preguntó la señora, asombrada. *(Pág. 17.)*

—¿Y el niño que esa pobre madre pone bajo tu amparo, en dónde está? ¿qué piensas hacer con él?

—La verdad, pues, la verdad es que yo pensaba enviarlo al asilo.

—¡Al asilo! ¡al asilo! ¡Cómo! Tú que has recibido educación, enseñanzas morales, ¿vas a obrar como los miserables?

—Pero, madre, ¿qué quieres que haga?

—Lo que hace un hombre honrado. Aceptar las consecuencias de tus actos. Me pedías un consejo y te doy un mandato. Recoge y educa a ese niño.

—Pero la gente, nuestro círculo, ¿lo aprobarán?—preguntó el hijo.

—Para las cosas que nuestra conciencia aprueba no hace falta la aprobación de nadie.

En aquel momento se oyó el llanto de un niño.

—¡Cómo! ¡Qué! ¿Qué es eso? ¿El niño está aquí?—preguntó la señora asombrada.

—Sí, madre, aquí lo tiene usted—dijo Andrés, quitando el biombo.

—¡Jesús, María y José me valga!—gritó Angelita, apretándose las sienes con las manos. Durante unos momentos se quedó en silencio, como embargada. Luego se acercó al niño y lo envolvió con manos expertas. Su ceño duro desapareció y por su noble rostro, enfermizo y dulce, pasó una sonrisa. Lo tomó en brazos y se puso a arrullarlo.

Andrés miraba a su madre. Aquella figura augusta crecía a sus ojos. Así, con

el niño intruso en los brazos, maternal para aquel débil sér, le pareció tan grande, tan santa, que sintió impulsos de ponerse ante ella de rodillas.

La anciana, en tanto, mirando al nietecito, decía enternecida:

—Cuando otros niños como este vienen al mundo, con qué alegría infinita son recibidos; con cuántas ternuras, con cuántas caricias se les da la bienvenida; y este pobre chiquitín, que de nada tiene la culpa, no ha recibido aún un beso de su padre.

Andrés sintió que los ojos se le humedecían; se inclinó en silencio y besó al niño.

III

INTERROGACIONES

El niño fué bautizado con el nombre de Carlos, e instalado en la pieza contigua a la de su abuela.

Al principio Andrés lo vió con hostilidad, casi con disgusto. Pero la santa señora fué disipando con sanos consejos y con cariñosas amonestaciones las negras nubecillas que se cernían sobre la cabecita del inocente. Por otra parte, en cuanto el niño fué creciendo, se volvió tan cariñoso, decía tan dulces palabras con su adorable media lengua, que acabó por ganarse aquel corazón. Crecía sin darse cuenta de su verdadera situación en aquella casa. Llamaba papá a Andrés y mamá a Angelita. Se sentía dueño de todas las voluntades, y mandaba con un garbo adorable de reyecito.

El cariño que se le dispensó en aquella casa, fué el cariño abnegado y vigilante que se le dispensaba a un hijo. Se cuidó de su educación, tanto como de sus trajes y de sus juegos. No fué tratado, como otros niños en semejantes circunstancias, con humillaciones y altanerías, haciendo caer sobre sus cabecitas, sagradas e inocentes, la culpa de sus padres. No se le echó jamás en cara su origen, como lo hacen

algunas personas, que se creen buenas, con los niños bastardos. Se tomaron minuciosas precauciones para ocultarle a él y al mundo la novela de su nacimiento.

El niño crecía rápidamente. Sus facciones se acentuaban y su carácter se marcaba. Era un niño un tanto melancólico. Sus ojos grises tomaban, a veces, expresiones taciturnas que le daban una extraña expresión. Era un tanto colérico y un tanto cruel con los animales. La abuela lo corregía dulcemente.

Andrés se alarmaba e insistía en que debía ser tratado con dureza.

—Déjalo, déjalo—decía la abuela,—es aún muy niño. Mi regazo y mis ternuras lo harán mejor que ningún castigo. Los niños adorados y felices, casi siempre son buenos. Busca el mal, el odio, el germen del crimen en los niños abandonados, en los niños torturados, en los que temen a sus padres. El alma de los niños es una tierra virgen y fecunda en donde germina todo lo que sembramos. Yo siembro en el alma de tu hijo cariño y piedad, y sus frutos serán virtud y amor. Si sembramos en su alma el miedo y la desconfianza, se volverá hipócrita y nos ocultará sus defectos, lo que nos impedirá corregirlos a tiempo.

Una vez, tendría Carlitos ocho años, entró al salón en donde su abuelita leía, y con una carita compungida, con un tono un tanto acongojado e incrédulo, le dijo:

—Tú verás, mamá; dice mi amigo Juan que oyó decir a su papá que yo no era hijo tuyo.

—No le hagas caso, son pesadeces de tu amiguito.

En la mente del niño surgió, por primera vez, la pregunta:

—¿En dónde está mi mamá?

—Yo soy tu mamá.

—Tú eres mi abuelita, eso dice mi amigo, pero me falta, como a él, mi mamá. ¿En dónde está?

La buena señora se quedó un momento perpleja y luego, ella que no mentía nunca, dijo:

—Se murió cuando eras muy pequeñito.

El niño se quedó convencido, pero otra idea llegó a su mente. Paseó su límpida mirada por los muros, por las cónsolas, adornados con retratos, y preguntó cándidamente:

—¿Cuál es su retrato?

La abuela quiso quitarle hasta la sombra de la duda y, enseñándole el retrato de una pariente muerta muchos años atrás, exclamó:

—Esa fué tu madre.

—Que retrato tan chico. ¿Por qué no hay un retrato grande como el de papá?

—Ya se mandará hacer—contestó la buena señora.

Carlitos se puso a ver el retrato con un aire tan serio que le daba el aspecto de un hombre.

Era el retrato de una pariente lejana, muerta hacía años de consunción. Era una figurita lánguida y mística, de líneas suaves y de tonos borrosos. En el busto enjuto y deprimido, en las manos afiladas y exangües, se veía la huella visible de la

enfermedad que la roía y que meses después la mató en flor.

El niño lo contempló un rato en silencio. Después, ¿qué pasaría por aquella almita? se subió en un taburete y besó el retrato.

Andrés, que entraba en aquel momento, preguntó con su voz sonora:

—¿Qué hace Carlos ahí?

—Besa el retrato de su madre—respondió Angelita, dirigiendo a su hijo una mirada de inteligencia.

Andrés comprendió, se acercó al niño y se puso a acariciarlo.

El chiquitín aquel era su adoración. Había entrado muy lentamente en su alma, pero había acabado por apoderarse completamente de ella. Desde el inolvidable momento en que, enternecido por las palabras maternales, había besado a su hijo, comenzó a transformarse. Era una transformación lenta, lentísima, de la que él mismo no se daba cuenta. Poco a poco, conforme el bebé crecía, fué cediendo al encanto de educarlo; de contestar, una a una, todas las interrogaciones de aquella alma nueva; de iniciar en la vida a aquel divino ignorante; de desarrollar sabiamente, y según sus ideales, a aquel germen. Comprendió que su obra de amor no estaba cumplida con haber recogido a aquel niño. Quiso completarla, derramando sobre él todas las ternuras de su corazón. Y lo hacía sencillamente, sin vanidad y sin ostentación, poniendo en cada uno de sus actos el sello de nobleza que le era peculiar.

Pasaba largas temporadas en su hacienda. Dirigiendo los trabajos y deleitándose en ver a Carlitos vigorizarse bajo el sol; saturarse de oxígeno; desarrollarse con la vida sana y libre de los bosques. La abuela refunfuñaba, no quería que se llevaran al campo al nietecito. ¡Sin él se sentía tan sola! Además, decía: «El sol quema demasiado su cutis; los caballos pueden tirarlo; el aire húmedo de las montañas puede resfriarlo».

Andrés se reía de los aprensiones maternales.

—Si te lo dejo en las faldas—contestaba—me lo conviertes en un muchacho afeminado y raquítico. No, yo no quiero que mi hijo sea un infeliz. Uno de esos tipillos endebles, a quienes el sol da jaquecas y el agua escolafríos; uno de esos tipillos enjutos y paliduchos desprovistos de energía y de vigor; sin fuerza en sus brazos, sin ideas en sus cerebros, sin voluntad y sin fe; que se creen grandes porque son viciosos, y que, como único trofeo de sus victorias en la vida, presentan prematuras calvicies y asquerosas fístulas. No, no, mil veces me libre Dios de que un hijo mío resultara uno de esos Pepitos sin más orgullo, sin más aspiración que pavonear por las calles sus cuerpecillos exangües. Yo quiero que mi Carlos se curta al sol, que se robustezca con ejercicios viriles, que aprenda a amar desde niño a la tierra, a la tierra buena y fecunda en cuyas entrañas está la paz y la grandeza de nuestra Patria.

—Haz lo que quieras. A lo mejor le da a ese niño una insolación y se muere.

—Pues que se muera. Prefiero que se muera a que sea un ente inútil, una carga para su familia y una vergüenza para su raza.

Estas y otras discusiones surgían, cuando Andrés quería llevarse al niño al campo, pero no cejaba y partía con él y con su profesor.

IV

EL MAESTRO

El profesor alemán era el tipo puro de su gran raza. Fuerte, ancho, sanguíneo, medio místico, medio artista; de costumbres muy puras y de profunda y vastísima sabiduría. Su aseo era perfecto; sus maneras, un tanto bruscas, estaban llenas de urbanidad. Sus formas musculosas y viriles, no se doblegaban fácilmente a las exquisiteces y a los atildamientos de la etiqueta; sus manos de atleta eran torpes para las finuras, pero no le impedían que fuera pulcro, atento y comedido.

Desde muy joven se había entregado en cuerpo y alma a los profundos estudios de la filosofía. «La Doctrina Secreta» y «La Isis sin Velo» de H. P. Blavavatsky. Esas obras prodigiosas en las que su autora por un milagro de clarividencia, ha tenido una rápida visión del Infinito y ha arrojado un inmenso rayo de luz sobre la universalidad de la vida y de la conciencia. Esas obras soberanas que dan sobre el origen de los mundos y de las razas, sobre su objeto y su porvenir, ideas tan amplias y tan estupendas que dejan la mente maravillada. «La Voz del Silencio», «La Luz en el Sendero», joyas de la mística orien-

tal. «El Bhagavad Gita», himno de paz, de fortaleza y de consuelo. «La Filosofía Esotérica de la India» por J. C. Charteji Bramacharin Bodhabhischu. «La Filosofía Yoga» de Vivekananda. Las hermosísimas obras del doctor Franz Hartmann, que hacen de todo el que las lee un adepto. Las obras de Pascal, las de Pitágoras, las de Platón, las de Sócrates, eran para él fuentes inagotables de sabiduría en las que su alma jamás se saciaba.

Cada uno de esos libros monumentales lo sumía en cavilaciones tan hondas, en meditaciones de tal manera profundas, que mucho rato después de volver de ellas, su alma se mecía aún en un ensueño tenaz entre lo real y lo irreal, entre lo invisible y lo visible.

Estaba siempre atento a una idea interior, a un pensamiento fijo. No ponía jamás atención a lo que le rodeaba. Aun en la calle marchaba con la vista vaga, sin distraerse con las novedades de la vida.

Sus ojos de color acerado y de mirada fría, sólo se animaban cuando se posaban sobre Carlitos, el discípulo amado puesto bajo su vigilancia y su cuidado.

A fuerza de indagar, buscar y hacer diferentes agencias el señor Fernández de Lara tropezó con aquel maestro. Cuando supo y comprobó que además de su vasta ilustración tenía título de profesor de agricultura de uno de los mejores colegios del mundo, no escatimó medios, ni dinero, para obtener que se dedicara única y exclusivamente al niño.

Herr Otto Keller, que así se llamaba el maestro aceptó con gusto, pues, teniendo como se le ofrecía, casa, comida, ropa limpia, buen sueldo y poco trabajo, podría dedicarse algunas horas del día a sus estudios y a sus profundas meditaciones.

V

DOS ALMAS QUE SE ENCUENTRAN

Cuando la señorita Iriarte llegó a la capital, el señor Fernández de Lara estaba en su hacienda.

Por una carta de torpes caracteres y de pobrísima literatura que su madre le escribió, supo que se había quedado a acompañarla una pariente de Pátzcuaro. Se figuró, desde luego, que sería alguna viejecilla, de faldas chaparrastrosas, muy afecta al rezo y al chocolate, de aquellas que luego había visto llegar en las peregrinaciones y de cuyo lenguaje ingenuo y candoroso se burlaba tanto.

Fué así que, cuando algunas semanas des-

pués, volvió a la metrópoli y se encontró a Elena instalada en su casa, tuvo una agradabilísima sorpresa.

Con una rápida mirada de hombre de mundo avaluó en un momento el encanto de sus adorables redondeces, de sus ojos radiantes y de su boca deliciosamente sensual.

La saludó con finura y, volviéndose hacia su madre, exclamó:

—Mamá, no esperaba que en pleno invierno estuviera en nuestra casa la primavera.

Elena se sonrió, enrojeciendo. Aquella voz viril y sonora penetró hasta el fondo de su sér y la llenó, sin saber por qué, de confusión.

—Estoy encantada con ella—dijo la madre,—es muy complaciente conmigo. Ha traído la alegría a la casa. Ya verás, por todas partes se notan las huellas de su paso.

—Por Dios, Angelita—dijo la muchacha apenada.

—Ha llenado de canarios las pajareras y de flores los búcaros.

Como ratificando aquella frase, vino del patio un alegre murmullo de gorjeos y de trinos.

Elena dijo:

—Como soy de un pueblo, casi del campo, amo mucho a las aves y a las flores.

—¿Y a nadie más? —preguntó Andrés con fina osadía.

—Sí, sí, al piano—respondió por ella la anciana.—Toca muy bien; es una de las

cosas por la que la he robado. Merece un buen maestro. Vamos, vamos al salón para que la oigas.

—Toco muy mal, no vale la pena de que me oiga el señor—dijo la payita enrojeciendo.

—¡Qué es eso de señor! Llámeme usted por mi nombre.

Entraron a la sala. La anciana se sentó en el fondo del salón. La doncella y Andrés se acercaron al piano.

—Angelita, tocaré otro día. No sé porque me apena tanto tocar delante de don Andrés—dijo la muchacha turbada.

—¡Cómo!—exclamó el arrogante solterón.—Primero señor. Ahora don Andrés. Llámeme Andrés.

—Bueno... sí, después...—respondió la doncella.

—Es tan fácil decirlo desde luego.

Viendo que Elena callaba y sonreía, dijo a media voz con un tono confidencial:

—Vamos a ver.

La cara morena de la payita estaba encendida. Sus párpados entornados semiocultaban una sonrisa confusa.

—Vamos a ver—repitió el solterón, recreando sus ojos en la boca de la muchacha como en una tentadora golosina.

Al fin los rojos labios se entreabrieron y dejaron pasar su nombre con un tono remiso, tan velado, que lo turbó casi como una caricia.

Elena abrió el piano y se puso a tocar visiblemente aturdida.

Tocaba con muy mala escuela, con ver-

daderos defectos de técnica; pero tenía una rara intuición de la Belleza. Su alma grande y ardiente pasaba casi entera a sus manos nerviosas y arrancaba a las teclas sonidos de una pasión y de una intensidad extremas.

Andrés la contemplaba ávidamente. Sus miradas expertas pasaban por la cabellera profusa y bruna; por la carita morena llena de juventud y de gracia; por los divinos contornos de su cuerpo vigoroso y gentil. La expresión sumisa y honesta de la frente lo turbaba. El lunar obscuro que tenía en una de las mejillas era una tentación.

Cuando terminó de tocar, expresó, con tono sincero, que la opinión de su madre era justísima; que Elena tenía temperamento de artista; facultades admirables; y que, dirigida por un buen maestro, que él mismo se encargaría de llevar, sería muy pronto una verdadera notabilidad.

Aquel elogio respondía tan bien a los sueños de Elena, que un profundo goce interior invadió su sér, y se reflejó en su rostro en una sonrisa luminosa. Tomó su bastidor y, sentándose frente al balcón, se puso a bordar. Angelita y Andrés se sentaron frente a ella.

Hubo un largo silencio. Un inmenso bienestar se extendía por el salón suntuoso. Las estatuas, los bronces, los tibores; todas las cosas regias y artísticas que lo adornaban; se esfumaban en la luz difusa de aquella hora. A través de los cristales, se veía un crepúsculo gris y lluvioso. Los rumores de la gran ciudad empezaban a atenuarse.

El bosque de Chapultepec se distinguía a lo lejos, fundiéndose en la lluvia como en un tenue velo grisáceo. Por encima de las copas de los más altos árboles, resurgía el Castillo. Su señorial grandeza se duplicaba por el encanto del color brumoso de aquella hora.

El silencio se prolongaba. Los tres personajes de nuestro relato, parecían absortos en la extrema dulzura de aquella hora fugaz.

Elena había dejado de bordar. Tenía la cabeza reclinada en el respaldo del sillón y parecía sumida en un delicioso ensueño.

Andrés la contemplaba tratando de descifrar el enigma de su frente pensativa.

La noche empezaba. Las sombras habían invadido, poco a poco, el salón. La lluvia seguía azotando los cristales con una armonía suave y monótona.

Se destacaban en la penumbra, las siluetas claras y esbeltas de algunas construcciones. Todo el resto del panorama se fundía en un inmenso manto negro, en donde los focos eléctricos irradiaban como magnas estrellas.

Las linternas encendidas de los automóviles por efecto de la distancia y de la sombra, semejaban inquietas y gigantescas luciérnagas que flotaban y se perseguían en el aire.

—Es de noche ya—dijo el arrogante solterón levantándose.

Se acercó a la llavecilla eléctrica y le dió vuelta.

Una onda de luz radiante y dorada inundó el salón. Todos los objetos regios que lo adornaban resurgieron, mostrando intacta la belleza de sus tonos y de sus líneas.

VI

DOS ALMAS QUE SE APROXIMAN

Cuando al día siguiente, según costumbre, Andrés, al salir del lecho, entró al cuarto de baño, sintió que flotaba en la atmósfera un suavísimo perfume femenino.

—¿Se ha bañado la señorita Elena?—preguntó al camarista.

—Sí, señor; se baña todos los días.

Andrés se bañó distraídamente, aspirando con deleite aquel suave perfume que lo turbaba.

Al salir al patio, vió a Elena, junto a la pajarera, dándoles de comer a los canarios. Llevaba un traje claro de muselina y, sobre una toalla blanquísima que tenía en la espalda, caía su cabellera lustrosa y húmeda. A menudo sacudía la cabeza para librarse de algunos rizos rebeldes que se le iban a la cara.

En vasijillas de cristal ponía en la pajarera manojos de hojitas de lechuga, tiernas y jugosas, que los canarios se acercaban a picotear con adorables movimientos de inquietud y de alborozo. Ella cantaba a media voz y su canto resurgía ufano entre un coro cristalino de gorjeos y de trinos.

Andrés se acercó a saludarla, y de nuevo llegó a él, turbándolo, el perfume que

flotaba en la atmósfera húmeda del cuarto de baño. Era un perfume indefinible de mujer. Una mezcla exquisita de jabón de violeta, de ropa limpia, de muselina nueva; un perfume indefinible y embriagante de rosa recién cortada, de fruta en sazón. Pensó rápidamente que aquel perfume no lo había gustado nunca. Que las esencias enervantes que usaban las mujeres con quienes generalmente había tratado no valían nada, junto al perfume de juventud que emanaba de aquel cuerpo joven y casto, y que no parecía venir de los afeites, sino de la carne misma, de aquella carne morena, tan sana, que ponía tonalidades sonrosadas a la muselina clara de las mangas.

—¿Por qué no sigue usted cantando?—preguntó el solterón.

—Me da pena, señor—respondió ingenuamente la payita.

—Mamá—dijo Andrés a su madre, que se acercaba,—hazme el favor de mandarme comprar una pintura para las canas.

—Pero, ¿para qué quieres eso?—preguntó con acento candoroso la anciana.

—Para remozarme, mamá. ¿No ves que Elena me recuerda a todas horas que soy viejo?

La payita levantó hacia él sus ojos radiantes y dijo con aire asombrado:

—¡Viejo usted!...

Su asombro era sincero. Ella no se había percatado de la edad de Andrés. Había sentido al verlo una sensación indefinible de admiración y de alegría; una extraña mezcla de miedo y de confianza. Su

voz sonora, y sus maneras arrogantes y sobrias de gran señor, le habían producido una turbación de la que se daba confusamente cuenta. Sin poderse explicar el motivo, no podía verlo de frente, ni dirigirle la palabra, sin que un indomable rubor le tiñera las mejillas.

Hasta aquel momento, al levantar hacia él sus ojos asombrados, había notado las tenues tonalidades claras con que las canas empezaban a esmaltar aquella hermosa cabeza. Sin saber por qué tuvo una imprevista sensación de pena al notar que aquella cabellera, ondulada y sedosa, iba perdiendo su brillante color castaño. La sensación fué rapidísima. Entristeció un momento sus ojos y desapareció. Sin embargo, para la sagaz mirada de Andrés, no pasó desapercibida.

—¡Qué ojos tan expresivos tiene usted, Elena!

—¿Por qué dice eso?

—Porque noté su pena al ver en mí la obra del tiempo y de la vida.

—Usted exagera, todavía es joven—dijo la doncella con tono sincero.

—Claro, junto a un anciano; pero junto a usted soy bien viejo.

—¿Qué edad tienes, Elenita?—preguntó la señora.

—Veinticuatro años—respondió la muchacha. Y sus ojos radiantes, sus cabellos lustrosos, sus mejillas encendidas, sus carnes opulentas, parecían repetir: veinticuatro años, veinticuatro años.

—¡Veinticuatro años!—exclamó el solterón.—Qué tal, le llevo quince años de di-

ferencia.—Después, como hablando para sí, repitió: —¡Quince años de diferencia!

Y por sus ojos pasó una expresión de pena hecha de una sucesión incoherente e indefinida de sentimientos.

Un criado anunció que el desayuno estaba servido. Elena cerró la pajarera y se dirigieron al comedor.

Los días se sucedieron a los días, con acontecimientos casi idénticos, en la mansión suntuosa y quieta de la familia Fernández de Lara.

La payita había perdido, poco a poco, el encogimiento que la presencia de Andrés le producía. Aunque a menudo se sentía turbada, se había vuelto con él jovial y aun traviesa. Tenía zalamerías de gatita de Angola; aturdimientos de chiquilla voluntariosa; mimos y cuidados inocentes, casi fraternales, que iban atando en el misterio el nudo celeste de sus amores. La constante alegría interior, que era el fondo de su carácter, irradiaba en sus ojos y se desbordaba en joviales charlas. Había transformado la casa. Su contínuo ir y venir, su alegre charloteo, sus trajes claros, sus flores, sus pájaros, su piano; las amiguitas que entraban y salían, hablando con voces parleras de sus amores y de sus sueños, de sus trajes y de sus paseos. Toda la alegría, todo el perfume, que emanaba de su cuerpo vigoroso y gentil, se difundía en el aire, flotaba en la atmósfera y llenaba de claridad y de calor la quieta y suntuosa mansión.

Andrés sentía en sí una divina sensación de renacimiento. En el fondo de su

sér, algo florecía, algo nuevo, inesperado, jamás sentido, se efectuaba. Su alma se sumía en una embriaguez indecible; en una alegría dulcísima de resurrección.

Pasaba horas enteras en la casa, viendo ir y venir a Elena; deleitándose con su aroma de rosa recién cortada, de fruta en sazón; mirando ávidamente el lunar obscuro que tenía en la mejilla y los adorables hoyuelos que tenía en los brazos.

Cuando ella sentía sobre sí el calor de la mirada, se turbaba, enrojecía, no sabía cómo terminar la frase empezada, se movía con inquietud, y acababa por entornar los ojos, mientras su carita encendida se iluminaba con una sonrisa confusa.

Andrés gozaba con la confusión de aquella virgen como con un manjar exquisito, jamás saboreado. Las mujeres que él había querido eran generalmente *demimondaines* del gran mundo, artistas de movimientos estudiados y de fingidos pudores. Todos aquellos amoríos le habían dejado un profundo desencanto, un invencible asco de sí mismo.

Resucitaban en su alma recuerdos de épocas muy lejanas; de historias ya olvidadas, de ilusiones ya muertas; de sueños de ideales amores que había acariciado muchos años atrás, cuando llegó por primera vez a la metrópoli puro de alma y de cuerpo. Después, el placer lo había cogido entre sus ondas enfangadas, y sólo recordaba pasiones candentes, deseos impuros; ondas de un mar muerto y pútrido que llegaban a él sin espuma y sin brisas. Volvía ya de todo aquel pasado con el

alma marchita, con el cuerpo fatigado y era un milagro encontrar en su camino aquellas manos puras, que parecían traerle un mensaje de castísimo amor.

Y mirando junto a su madre a aquella doncella; viendo las manos benditas de la anciana acariciar a aquella virgen sumisa y honesta, había hecho vagamente el ensueño de guardarla para sí, como cosa propia, como carne de su carne, como sangre de su sangre.

Sus sueños eran imprecisos. No podía, o no quería, darse todavía cuenta de sus sentimientos. Ante sus sueños se levantaba un fantasma desvaneciéndolos: sus quince años de diferencia.

Aquellos sentimientos crecían y crecían, en la dulce complicidad de la vida en común, de los mil acontecimientos cuotidianos que los aproximaban.

A menudo iban al teatro en compañía de algunas amigas. Ellos se sentaban, siempre juntos, en el fondo del intercolumnio, y, en medio de la luz semivelada que los envolvía, se cambiaban sus impresiones en voz baja y confidencial, que tenía para ellos el sabor de una caricia.

Fué durante una representación, cuando Andrés sintió la primera mordedura de los celos.

Sucedió que, quizá por bondad, quizá por malicia, Elena saludó con una sonrisa a uno de sus pretendientes. La cólera que sintió Andrés al notarlo fué tan intensa que su cara palideció y se contrajo.

—¿Qué le pasa, lo he disgustado?—preguntó Elena.

—No—dijo Andrés, en voz baja que la cólera ahogaba,—¿por qué? Usted es libre, y puede reirse con quien mejor le plazca, aunque se trate de un tipo de quien apenas sabe el nombre.

Su tono era tan duro que los ojos de la muchacha se humedecieron.

Los dos guardaron silencio. La representación se efectuaba sin realidad precisa para ellos. Veían a los actores ir y venir por el tablado, como personajes de un sueño confuso. Sus sentimientos empezaban a definirse en el fondo de sus conciencias y en lo más recóndito de sus almas.

Aquella sonrisa imprevista y vaga; aquel incidente sin importancia, había sido una revelación.

Andrés se decía: «Le han dolido mis palabras, luego me quiere».

Y ella se decía a su vez, con un orgasmo que la ahogaba: «Ha sentido celos, luego me quiere».

Aquel pensamiento único invadió sus seres, los absorbió por completo y los llenó de una voluptuosidad tan aguda que, cuando sus ojos se buscaron y se encontraron, sintieron un choque magnético de tal modo intenso que los dejó toda la tarde embargados.

Desde aquel momento, empezó para ellos el delicioso período de calentura que precede a los grandes amores. Sus ojos se buscaban ávidamente, ansiosos de experimentar la sensación sentida por primera vez en el teatro, y repetida muchas veces después. Aquel choque magnético agudí-

simo que sacudía hasta la última celdilla de sus cuerpos. Aquella sensación hecha de estremecimientos de la carne y de vibraciones del espíritu, que ponían en sus ojos iridaciones de llama y en sus venas pulsaciones de fiebre.

VII

DOS ALMAS QUE SE FUNDEN

Después... los días se sucedieron a los días. Las miradas de Elena y de Andrés, seguían buscándose; descubriendo en su luz el íntimo secreto de sus almas; pero sus labios callaban, obstinadamente, temerosos de romper con sus palabras la divina magia de sus sensaciones.

Temporalmente habían suspendido sus paseos, pues Angelita se sentía enferma. Agudos dolores reumáticos la torturaban, y fué preciso recluirla en sus habitaciones y abrigarla bien.

Andrés y Elena la cuidaban solícitos. Encontraban un profundo encanto en las tranquilas veladas, junto a la madre, en la alcoba en penumbra, tibia como un nido y saturada vagamente de esencias medicinales. La anciana reposaba en un amplio sillón; un edredón de piel tibia y sedosa recubría sus piernas doloridas. Elena le leía en voz alta y su voz cordial era un narcótico que magnetizaba sus dolores y la sumía en un tranquilo sueño.

Los libros preferidos eran generalmente libros piadosos, historias de santos, relatos maravillosos de milagros estupendos. Encontraban en aquellos pueriles relatos el encanto que encuentran los niños en

los cuentos. Andrés se divertía, mofándose de ellas, turbando con sus joviales burlas la fe sencilla de aquellas dos almas buenas.

A veces la madre se encolerizaba y lo hacía callar. El solterón apretaba los labios deteniendo, con trabajo, la risa y las sátiras picantes que le sugerían las piadosas lecturas. En tanto, mataba el tiempo, deleitándose en ver la cara morena de la payita. Era un encanto nuevo aquella expresión mística entremezclándose con la expresión sensual de aquel rostro ovalado. Era un nueva delicia ver como aleteaban, como se perseguían y jugueteaban en aquella linda boca las oraciones y los besos.

Una de aquellas tardes, en que la anciana dormía apaciblemente en su amplio sillón, Andrés se sintió más aturdido que nunca con la presencia de la doncella. Todo el encanto, todo el misterio, todo el perfume de aquella virgen en plena floración, de aquella juventud que se desbordaba y a la que el pudor y la religión ponían un freno que la hacía aún más tentadora, lo turbó de tal manera que ya no fué dueño de sus acciones ni de sus palabras. Sentía la boca seca y el corazón locamente agitado. Elena comprendía por intuición, que el instante definitivo había llegado y callaba, roja de rubor, e intensamente conmovida. El, casi sin darse cuenta del por qué de su acción, le ofreció su mano extendida. Cuando la doncella vió cerca de sí aquella mano blanca, ancha y trémula, sintió hacia ella una atracción irresistible. Un deseo preciso, punzante, de sentir su

contacto, sacudió su carne virginal. Con una convulsión de todo su sér, puso su manecita ardiente entre aquella mano viril que abrasaba.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Cuánto tiempo duró aquella caricia alada? Ellos lo ignoraron siempre, pues habían perdido totalmente la noción del tiempo. Con los ojos cerrados, con los labios mudos, saboreaban, estremecidos y absortos, el profundo deleite de su primer caricia.

Luego, en voz baja, casi en secreto, se hicieron sus primeras confidencias de amor.

Fué entonces, cuando Andrés, con verbo sincero, le relató algunos de los pecados de su juventud, y entre ellos el más grande: el que se refería a Carlitos.

—¿Y qué fué del otro niño?—preguntó Elena cohibida.

—Lo ignoro, ni aun lo conozco, supongo que vive con su madre.

—¿En dónde?

—¡Qué sé yo! Mi madre hizo varias agencias para descubrir su paradero, pero nada se logró.

De pronto el sonido agudo y vibrante de un clarín llegó hasta ellos. Poco después se dejaron oir los acordes marciales de una banda, el tropel de caballos, el murmullo de una multitud en fiesta.

—¿Qué pasa?—preguntó Angelita, despertándose sobresaltada.

—Es la formación, mamá, hoy es 16 de septiembre.

—¡Cabal! Vayan, vayan al balcón. Elena de seguro no la habrá visto nunca.

Con tristeza dejaron aquel cuarto en pe-

numbra, tibio como un nido y saturado vagamente de esencias medicinales. Se dirigieron lentamente a un balcón, sumergidos aún en el hechizo de aquella hora inolvidable y fugitiva.

Carlitos y su profesor ya estaban ahí. Todos se reunieron.

El desfile empezó. Fué una sucesión deslumbrante de cascos bruñidos, de airosos penachos, de vistosos galones, de corceles relucientes y briosos; una sucesión, casi interminable, de bayonetas desnudas que brillaban al sol con cambiantes reflejos de llamas. Y pasaban soldados y más soldados, casi idénticos, como vaciados en un mismo molde. Hombres de tez broncínea y de facciones sombrías, de aire sumiso y desencantado. Parecían fugazmente magnetizados por el clamoreo del pueblo en fiesta y por los belicosos acordes de las bandas. Pero bajo sus trajes de gala, a pesar de sus actitudes un tanto marciales, se veían en ellos la impasibilidad y la indiferencia de ídolos de piedra. Representaban automáticamente una comedia aparatosa, en la que sus espíritus y sus corazones no tomaban parte. En sus cerebros rudimentarios no cabía el orgullo, ni la ambición. Comprendían, obscuramente, que todos sus esfuerzos serían vanos, que no saldrían nunca de su condición de parias; que los ascensos, que los honores, eran para aquellos arrogantes jefes, para aquellos flamantes oficiales, no para ellos. Y, en medio de la ciudad en fiesta,

---

(Nota de la autora.—Este capítulo fué escrito en 1913.)

entre el clamoreo de las multitudes y el brillo radiante de los batallones, sólo tenían un pensamiento: volver al pueblecito lejano, de donde, contra su voluntad, los habían arrancado; tornar al jacal trashumeante en donde su hembra y sus pobres hijuelos se morían de hambre. Allá, en aquella pobre choza abandonada, estaban todos sus amores, todas sus humildes alegrías, y no comprendían el por qué de aquella comedia que se les hacía representar y en la que sus corazones y sus espíritus no tomaban parte.

Andrés y Elena veían el desfile sin mirarlo; atentos únicamente a su dicha interior, al delicioso arrobamiento que los embargaba.

Carlitos, en tanto, seguía el desfile ávidamente. Las miradas inquietas de sus ojos radiantes no perdían detalle.

El ejército despertaba en aquel niño la fascinación que despierta en la mayoría de las gentes. El entusiasmo le había enrojecido las mejillas. Con los brazos, con las piernas, con todo su cuerpecillo esbelto, llevaba alegremente el compás de las marciales marchas, que, de manera soberbia, tocaban las bandas de los regimientos.

Aquel niño, como casi todo el mundo, sólo veía el exterior brillante de los batallones, no se daba cuenta de que bajo aquella pompa feérica se ocultaba el dolor humano, bajo la más punzante de sus formas: bajo la de la esclavitud.

Si él hubiera comprendido la verdad, si se hubiera dado cuenta de la injusticia

que se ocultaba bajo aquellas vistosas apariencias, se habría conmovido. Pero él ignoraba todo. Ignoraba que sólo el bajo pueblo era obligado a servir a la Patria; ignoraba que los de la clase alta estaban exentos del noble sacrificio. Ignoraba que aquellos pobres soldados habían sido, en su mayor parte, consignados para satisfacer los odios personales de algún patrón déspota o de algún cacique canalla. No sabía que aquellos soldados broncíneos que tanto admiraba no tenían conciencia de su misión, ni de la misión del ejército en las sociedades. Ni lo comprendían ni lo amaban. Nadie los había enseñado a amarlo. Desde niños lo temieron. Desde niños habían visto a sus padres temblar ante la amenaza de ser consignados al ejército. Desde niños se les había inculcado que se iba al cuartel por castigo, no por deber. Esa idea mató su amor al ejército. Esa idea les hizo ver cárceles en los cuarteles, capataces en los oficiales, bandidos en los soldados, y, naturalmente, habían temblado ante la sola idea de ir al ejército, habían huído a las montañas cuando oían cerca de sus pueblos los sonoros clarines. Ellos tan patriotas, cuando eran consignados, cuando se les rapaba y se les ponía el uniforme de soldados rasos sentían, obscuramente, que todas sus cualidades se ocultaban, desaparecían, y sólo quedaba en pie, llenando todo su sér, un odio inmenso al cuartel y un deseo insensato de libertad. Y de ese mismo pueblo, de esos mismos hombres valerosos y abnegados, de esos mismos hombres ca-

paces del sacrificio y del heroísmo, se sacaron soldados sin voluntad y sin fe; a quienes retiene en el cuartel el temor que humilla, no el deber que engrandece.

El desfile continuaba. Los pobres Juanes seguían marchando resignados bajo los ardientes rayos del sol. En tanto los señoritos se pavoneaban en las calles, o se entretenían en las cantinas, discutiendo acaloradamente sobre política; excitando los ánimos a fin de que la fratricida lucha continuara. ¡Qué puede importarle la sangrienta contienda al que sabe que no será molestado, que hay harta gente del pueblo, harta carne de cañón, lista para ser sacrificada en aras de la ambición de unos cuantos!

VIII

EL ENCANTO DE LA VIDA

Los meses se deslizaban velozmente para los dos enamorados de nuestro relato. Pasaban el tiempo, sin tener conciencia precisa de las cosas, sin darse cuenta exacta de los acontecimientos que a ellos no se referían. Pasaban días enteros sin ocuparse más que de ellos mismos. Sin otro pensamiento, que poder encontrarse solos un rato, sin otra idea que evadir la vigilancia de la anciana y poder saborear unos instantes de soledad completa, de dicha plena.

El lugar preferido era la biblioteca. Aquel apartado salón de anchas y altas ventanas, de mobiliario austero y suntuoso, de monumentales estantes atestados de libros primorosamente encuadernados.

Elena no podía entrar en aquel lugar de la casa, sin sentir honda emoción. La luz discreta y velada que pasaba suavemente por las persianas corridas; los severos sillones; los divanes amplios y mullidos como lechos; las soberbias pieles de oso que extendían su blancura mate sobre la alfombra carmínea, la turbaban. Aquel perfume sutil que flotaba en la pesada atmósfera del salón. Aquel perfume

masculino, peculiar de su amado, la hacía casi desfallecer.

Las pinturas que adornaban el salón le arrebolaban intensamente las mejillas. Eran cuadros muy buenos en los que, sobre fondos obscuros, diosas mitológicas, divinamente bellas, exhibían la desnudez olímpica de sus carnes triunfales. Tenían actitudes diversas y diversos coloridos. Las había rubias de piel sonrosada y lechosa como los pétalos de la begonia. Las había morenas, de carnes opulentas, que explendían suavemente con las tonalidades calientes del ámbar. Las había blancas, de blancura de alabastro, y de cabelleras bermejas. Las había también de piel muy obscura, de ojos y cabelleras negras como la obsidiana. Se destacaban vigorosamente, ya sonrientes, ya púdicas, ya voluptuosas. Algunos cuadros los ocupaba una sola figura. En otros dos o tres figuras femeninas mostraban la gloria de su desnudez en deleitable consorcio.

Pero el objeto más artístico del salón, el que ponía las mejillas de Elena al rojo púrpura, era un Apolo de marmol, que erguía su desnudez olímpica sobre un pedestal de caoba, mostrando intactos el orgullo de sus músculos y la soberbia belleza de sus formas viriles.

Casi todos los días, mientras Angelita dormía la siesta, ellos pasaban una hora deliciosa en aquel salón.

La luz velada que los envolvía, la quietud, la soledad tranquila de aquel lugar. El bienestar que dimanaba en torno suyo el mobiliario, cómodo y suntuoso; las só-

lidas puertas y los pesados tapices que apagaban todo rumor exterior. El misterio cargado de ensueños que flotaba en aquel cuarto en penumbra, lo convertía en un lugar apartado y delicioso que centuplicaba sus goces.

Cuando Elena estaba sola con Andrés en aquel salón sentía que le pertenecía totalmente; le parecía que su sér se anonadaba, se disolvía por completo en aquel sér. En otras partes se sentía dueña de sí, aunque llena de su cariño, pero en aquella vasta biblioteca, en donde tantas horas había pasado Andrés. En aquel salón lleno de su perfume peculiar y en donde su alma viril y ardiente parecía flotar e invadirlo todo. Ahí se sentía suya por completo, hasta lo más íntimo de su ser, hasta la última celdilla de su cuerpo.

Sentía sin alarmarse aquella invasión de su sér por otro sér; aquella posesión absoluta de su alma por otra alma. La sentía sin bochorno y sin remordimiento, como se siente una dicha legítima, mucho tiempo anhelada, mucho tiempo presentida, y en lo más recóndito del sér acariciada.

Entraba en aquella pieza solitaria con las mejillas abrasadas, con las manos trémulas y ardientes; pero en sus negros ojos su alma honesta irradiaba tranquila consagrando su cariño.

Y eran aquellos ojos puros los que contenían los arrebatos de Andrés. Y era aquella expresión honesta la que templaba y ennoblecía los deseos de aquel hombre voluptuoso y ardiente. Era aquella mirada límpida la que hacía que aquel arrogante

solterón, tan conocedor de la mujer, tan experto en batallas de amor, tan osado y tan sensual, se sintiera cohibido, se encontrara incapaz de turbar con un desacato la serenidad de aquella conciencia recta.

Elena lo comprendía, con la admirable intuición de la mujer que entraña un prodigio; y se sentaba tranquila, junto a él, en un diván amplio y mullido como un lecho.

El lugar preferido era un rincón deliciosamente semivelado por ricos cortinajes orientales y por un biombo japonés de extrañas serpientes aladas. En aquel rincón, deliciosamente oculto, pasaban diariamente una hora totalmente fascinados. Ella se embriagaba con la viril desenvoltura de su amado; con su altanera cabeza de león; con sus maneras arrogantes y sobrias de gran señor. Junto a él se sentía absorta, en un supremo arrobamiento de todo su sér. Sentía que fuera de él no había para ella otro hombre en el mundo. Que había llegado a sentir a su lado toda la suma de sensaciones de que su alma era capaz y desde el fondo de su naturaleza sana y casta se levantaba un deseo punzante de sumisión, de abandono, de anonadamiento en aquel sér. Y el sueño, vago al principio, de ser su esposa, la compañera de toda su vida, se había hecho preciso, ennoblecía su cariño e irradiaba en la sonrisa prolongada de sus ojos.

A Andrés, en tanto, que había gastado su corazón en vanos amoríos, le parecía que por primera vez amaba. Y con una fruición, con un deleite infinito, saboreaba

aquella milagrosa resurrección de su alma, aquel divino florecimiento de su sér. El que tanto se había mofado de los amigos suyos que se habían casado, sentía la necesidad de casarse a su vez, de guardar para siempre junto a sí a aquella doncella que charloteaba a su lado con adorables movimientos de golondrina. Y él el osado, el audaz, el de los pensamientos impuros, el de los deseos candentes; el que sólo había visto en la mujer una deliciosa bestia de piel satinada, no quería de Elena nada por asalto, nada que la abochornara, nada que no fuera legítimamente dado y legítimamente recibido.

No siempre se estaban quietos en el rincón preferido. A veces, se le metía a Elena la locuela y discurría de un lado a otro del salón queriendo verlo todo; llenando la austera biblioteca con su perfume de rosa recién cortada; haciendo vibrar en el aire el cristalino arpegio de su risa. Y hurgueaba por los cajones, entre los retratos adosados a los muros o colocados en finos álbums. Hurgueaba, inquieta y voluble, buscando la huella de algún antiguo amor de Andrés. Y cuando en sus pesquisas se encontraba una flor seca, un retrato con dedicatoria significativa, su carita morena se llenaba de sombras y las lágrimas aparecían al borde de sus párpados. Era preciso que Andrés tomara sus manos; que las estrechara contra su corazón; que la colmara de mimos y de juramentos, para que ella tornara a sonreir. Sonreía, mohina aún, con el hallazgo entre las manos; y cuando a su mirada inte-

rrogadora contestaba él diciéndole que lo rompiera, lo hacía trizas vivamente, y hasta entonces recuperaba su alegría, y reía, con risa jovial y sonora que hacía vibrar el aire quieto de la biblioteca. Y pasaba volublemente a otro lado, a hojear otro álbum, a tomar otro libro. Andrés la seguía totalmente embriagado, haciendo esfuerzos inauditos para no estrechar entre sus brazos aquel cuerpo gentil, para no besar aquella linda boca, para no morder aquella nuca juvenil en que la carne explendía con las tonalidades calientes del ámbar.

IX

UNA LECCION NECESARIA

En tanto, Carlitos crecía, crecía, adorado y feliz. Su inteligencia se desarrollaba rápidamente bajo la atenta vigilancia de su maestro. Sus ojos se iban llenando de pensamientos y por sus labios inocentes pasaban a menudo preguntas que alarmaban a la abuela y que llenaban de orgullo al papá.

Conforme crecía se iba notando en él, como sucede en casi todos los niños, defectos y malas inclinaciones, que el maestro corregía sabiamente.

Apoyado por Andrés el profesor intervenía de una manera absoluta en todos los actos del niño. De la misma manera que vigilaba sus juegos y sus estudios, vigilaba sus comidas.

El vino, la carne, los guisos complicados, colmados de fuertes especies, le eran totalmente vedados. El profesor le daba ejemplo de frugalidad. Las comidas de los dos las componían huevos preparados de diferentes maneras ; sopas de pastas condimentadas con mantequilla ; panes de harina, centeno y maíz, chocolate, leche, quesos, cremas de leche, de almendras, de nueces, miel, dulces de todas clases, una gran variedad de verduras y toda clase de frutas.

Los primeros días el niño insistió en tomar carne, según tenía costumbre. Pero el maestro le habló de la injusticia de sacrificar a los animales y de las tremendas torturas a que se les sujetan en los rastros. Le describió una a una las inmundicias, las porquerías, que había en las carnicerías, en los carros de acarreo, que casi nunca se desinfectaban, en los que le mostró asquerosas costras de carne infecta; costras de las que necesariamente se adherían pedazos a la carne nueva. Le hizo fijarse en los carniceros; en la horrible asquerosidad de sus vestidos muy rara vez renovados, en los que había una verdadera costra de grasa, polvo e inmundicia. Le hizo notar cómo algunos carniceros cargaban las piezas de carne en la espalda, junto a la asquerosa cabellera, y sobre el infecto cobertor, que le servía de cobija en las noches a él y a su familia, muchas veces enferma de asquerosas enfermedades. Le hizo ver la pronta descomposición de la carne; su pestilencia al poco tiempo de ocurrida la muerte; su rápido engusanamiento. Le habló de la triquina y sus terribles resultados.

El niño escuchaba a su profesor atentamente, pero en el fondo de sus grandes ojos inocentes, había una vaga expresión de duda que el maestro quiso disipar.

Una mañana, a la hora del diario paseo, le llevó a un rastro. El niño entró a aquel lugar de muerte, sonriendo, en la inconsciencia feliz de sus pocos años, pero no bien avanzó, no bien empezó a llegar a él la fetidez de los cadáveres, los trágicos

lamentos de las bestias sacrificadas, palideció intensamente y se detuvo.

—Adelante, adelante, es una lección necesaria—dijo el maestro.

Avanzaron, llegaron hasta un lugar donde algunos hombres mataban, sin reposo, ni piedad, a varias bestias inocentes, que daban, al morir, un lamento tan trágico, tan angustioso, que casi parecía un grito humano. La sangre corría caliente y roja salpicando las caras y empapando las manos de aquellos hombres que parecían feroces asesinos. De los vientres abiertos salía una fetidez intolerable, espantosa. Los gemidos de las bestias se mezclaban con las risotadas y con los dicharachos obscenos de los matanceros. El niño miró un momento aquel cuadro de horror: tenía los ojos muy abiertos y con sus dos manitas trémulas se apretaba instintivamente la nariz. Después, ¿qué pasaría en aquella alma infantil? Se llevó las manos a los ojos y se puso a llorar.

—Basta, vámonos, vámonos—dijo el profesor.

Salieron del rastro. Cuando se encontraron fuera, el niño se enjugó los ojos y respiró ampliamente.

—¡Qué malos aquellos hombres—dijo.—Con qué saña, con qué crueldad mataban a los animales.

—El crimen no es sólo de ellos—dijo el maestro.—Es de todos los que lo sancionan; es de todos los que comen carne. Por otra parte, para todos son las malas consecuencias del torpe crimen. De ahí viene la enfermedad, la falta de abrigo, la

falta de pan y sus consecuencias; la anarquía, el crimen.

—¿Por qué?—preguntó la dulce voz del niño.

Y la voz grave del maestro dijo:

—Si las vidas de los animales hubieran sido respetadas, la miseria sería casi desconocida, pues las ovejas cubrirían de tal modo la tierra, que los tejidos de lana estarían al alcance de todos los hombres. Las cabras y las vacas llenarían de tal manera los campos que su leche podría ser bebida en abundancia por todos los hombres. Los bueyes existirían en número tal, que los más humildes podrían disponer de ellos para arrancar a la tierra sus frutos.

La oculta sabiduría que crió al hombre le dió un tesoro: la tierra, y un auxiliar: la bestia. La tierra pródiga y fecunda, devolvía centuplicadas las semillas que en ella se arrojaban. Cada uno de los animales traía un don bendito. La oveja su lana tibia y suave. La vaca su leche nutritiva y exquisita. El toro su fuerza y su altiva mansedumbre. Todos traían un don precioso con el que el hombre de nada hubiera carecido. Pero no le bastó que la bestia le diera abrigo, alimento, ayuda; quiso aún más, quiso comer su carne, y se labró su propia ruina. Destruyó impíamente el manantial de que manaba la riqueza; el instrumento que le ayudaba a arrancar a la tierra sus tesoros, y el resultado no se hizo esperar. Vino fatalmente el desfalco. Mientras el hombre se multiplicaba, la bestia se extinguía, y el hambre y la desnu-

dez extendieron sus garras trágicas por todo el haz de la tierra. Y somos tan niños que buscamos el origen del mal en el clericalismo, en la fatalidad, en el egoísmo de los ricos. Cuando el mal está ahí, en los rastros, en los mataderos, en donde se destruye la fuente de la riqueza y de la prosperidad.

X

DICHAS SIN NOMBRE

Andrés y Elena seguían adorándose.

Una nube ligera apareció en el límpido cielo de aquella honesta dicha. Las cartas que venían de Pátzcuaro, el pueblecito natal de Elena, decían que su padre estaba enfermo. Se aseguraba que el mal no era de cuidado, pero Elena había empezado a entristecerse. Ya no vibraba en la quieta mansión el cristalino arpegio de su risa; ya no iba y venía por la casa, locuela y feliz, enloqueciendo a Andrés con sus adorables coqueterías, envolviéndolo en una nube de juventud y de calor. Perdía, poco a poco, su vivaz charloteo, sus divinas frivolidades de muchacha mimada. Una angustia indefinible la torturaba. Parte de su sér la atraía hacia el pueblecito lejano, junto al lecho de aquel padre enfermo que había sido para ella todo amor. Pero otra parte de su sér se aferraba a su ensueño, a la intensa alegría de pasar hora tras hora junto al sér que adoraba.

El tiempo transcurría, y las cartas del pueblo, ansiosamente esperadas, eran cada vez menos tranquilizadoras. La inquietud

de Elena se tornó intolerable. Su conciencia se rebeló contra el egoísmo de su pasión, y anunció, ante Andrés y Angelita, desolados, su resolución inquebrantable de partir.

La entrevista que, poco después de la resolución de Elena, tuvieron los novios en la biblioteca, debería ser para ellos inolvidable.

Aquella tarde la proposición de matrimonio fué hecha por la voz sincera y grave de Andrés. Mientras él hablaba, mientras con voz discreta y trémula, levantaba ante la virgen ruborizada una punta del velo que cubre los goces santos del matrimonio, ella escuchaba roja de emoción y hondamente conmovida. Escuchaba sintiendo que en la parte más íntima de su cuerpo sano y casto se despertaban vagos deseos de maternidad, supremos anhelos de abandono.

Andrés no la interrogaba. ¿Para qué? Si veía la respuesta en la expresión sumisa y apasionada de sus ojos. ¿Para qué? Si su boca deliciosamente sensual estaba entreabierta por el éxtasis. ¿Para qué? Si sentía que aquel cuerpo hecho para el amor y para la maternidad se le entregaba con un aire casto, humilde y soberano.

Cuando él terminó de hablar, ella, por toda respuesta, puso sus manitas tibias entre las anchas manos de él. Había en aquella acción sencilla tanta ternura, tan supremo deseo de ofrendarse, que Andrés, casi fuera de sí, la estrechó entre sus brazos, con una convulsión de todo su sér.

Ella lo rechazó suavemente y se quedó suspensa, asombrada y convulsa. En su rostro moreno se pintó una expresión indefinible; la vergüenza y el encanto se mezclaban dulcemente en un claro obscuro deliciosos. Su carita hacía recordar la carita de un niño mimado que sonríe haciendo aún pucheritos de enfado.

Hubo un largo silencio en que los dos arrobados y absortos se sumergieron en el infinito azul de su ensueño.

Después Elena, avergonzada aun, sin poder quitar de su carne y de su cerebro el recuerdo de aquella caricia que había sido para ella la primera revelación de las violencias del cariño, se había puesto a hojear un libro. Su turbación era tan grande que no se daba cuenta de lo que hacía. El libro que había tomado era un rico volumen de la *Divina Comedia*. Las ilustraciones de la magna obra, pasaban ante sus ojos como fantásticas figuras de una pesadilla confusa. Veía, sin mirar, las cavernas obscuras, los desfiladeros desolados, en donde el Dante aparecía, visionario y trágico, envuelto en un manto color de tinieblas.

El tétrico barquero, rompiendo con sus remos las olas encrespadas, pasó sin ser notado. Los grupos de hombres y mujeres que entraban en la barca fatal, retorciéndose de angustia, no llamaron su atención. El tribunal del horrible Minos, que, rechinando los dientes, examinaba a los que entraban, no fué notado. Las feroces Erinas con espantosas alas de murciélago; los heresiarcas saliendo de sus sepulcros;

los ladrones luchando desesperadamente con asquerosas serpientes; las brútales arpías de anchas alas, con cuellos y rostros humanos, pies de corvas uñas y plumas en el vientre, no la horrorizaron.

Elena llevaba un matinée muy holgado y sin cuello. Fué así que, inclinada como estaba sobre el libro, su nuca quedaba enteramente descubierta. Andrés la miraba ávidamente. Un desasosiego intolerable se apoderó de él. Se sentía febricitante. Le parecía que toda la miel de la vida estaba ahí, en aquella nuca juvenil que esplendía junto a él con las tonalidades calientes del ámbar. Su temperamento voluptuoso se despertó potente. No podía contenerse. Sentía que se iba a abalanzar sobre aquel pedazo de carne morena, que la iba a besar, que la iba a morder como un loco.

La doncella se sintió inquieta. Sin saber por qué tuvo miedo. El aliento de Andrés la envolvía en una nube caliente que la abochornaba. Las puertas cerradas, las persianas corridas, le causaron pavor. Volteó a ver a su novio y lo encontró tan trastornado que se levantó azorada. El hombre voluptuoso se había enseñoreado en él. Tenía los ojos extraviados y la boca convulsa. La virgen tuvo miedo; presintió el peligro, como las aves presienten la tempestad. Avanzó hacia la puerta.

—Espera, Elena, espera; un solo beso o me muero—dijo Andrés siguiéndola.

Lejos de esperar, Elena avanzó rápidamente y abrió la puerta.

La claridad del día los inundó; el murmullo de la vida exterior llegó hasta ellos. Ante aquella invasión de la luz y de la vida, Andrés reaccionó. Vió la frente honesta de su novia, su mirada pura, su carita de niña enfadada, y se sintió abochornado.

—Perdóname, Elena, no sé lo que me pasó.

Ella contestó con una sonrisa indefinible.

—Vamos a contar a mamá nuestros proyectos—dijo él.

—Vamos—dijo ella recobrando un poco su habitual actitud.

Antes de entrar a la alcoba de Angelita, el arrogante solterón se acercó al oído de su novia y le dijo jovialmente:

—Procura no volverte a poner matinés sin cuello, porque no respondo de las consecuencias.

Cuando entraron a la alcoba de Angelita estaba encendiendo una lámpara al Sagrado Corazón de Jesús. Era una grata y diaria ocupación que a nadie le confiaba.

Oyó la confidencia con gesto grave. Ella, como casi todas las señoras de su edad y de su raza, veía en el matrimonio el pasó más serio de la vida.

—Ya, ya me lo suponía; no crean que me dan una sorpresa.

Se quedó mirándolos fijamente y les dijo con tono solemne:

—¿Lo han pensado bien? ¿Están seguros de no equivocarse de sus sentimientos? El matrimonio no es para un día; es para toda la vida. Tú, Elenita, ¿ya lo consul-

taste con tu confesor? ¿Te dió su aprobación?

—Mamá, por Dios, no metas a los frailes en nuestro asunto—exclamó Andrés.

—Cállate, impío, cállate—dijo Angelita duramente. Luego añadió con tono grave:

—¿Has contado a Elena todo lo referente a Carlitos?

—Por supuesto, mamá.

—¿No tienes ninguna otra cosa que confesarle?

—Cosas sin importancia, mamá.

Hubo una larga pausa. La anciana miraba fijamente a Elena. La doncella soportaba el examen con la actitud dulce y serena de quien no tiene nada que reprocharse.

—Supongo que tú, Elenita—dijo al fin la anciana,—no tendrás nada que confesar a mi hijo.

—Así es, señora, no tengo nada que confesarle.

Al hablar así había en su voz y en sus ojos una inmensa serenidad.

—Debo manifestarles, hijos míos, que este matrimonio satisface por completo mis deseos; pues me asegura una tranquila vejez. Supongo que seguiremos viviendo todos juntos.

—Por supuesto—dijeron casi a un tiempo los prometidos.

—Mañana escribiré a los padres de esta niña. Por lo pronto lo que debemos hacer es ir al templo a dar cuenta a nuestra Santísima Virgen de Guadalupe de nuestros proyectos y a pedirle su ayuda y luz. Vís-

tete, Elenita. Pide el automóvil, hijo. Vamos los tres a la Villa de Guadalupe.

Iba a salir Andrés, cuando su madre lo detuvo, diciéndole:

—Quiero que vaya con nosotros Carlitos. Avísale a él y a su profesor.

XI

EN LA CUMBRE DEL TEPEYAC

A las cinco de la tarde de aquel día un soberbio automóvil se detuvo frente a la Basílica de Guadalupe, y los personajes de nuestro relato descendieron.

Al atravesar el cancel Andrés declaró que él se quedaba afuera.

—¡No faltaba más! ¡Entra usted!—exclamó la anciana montándose en cólera.

—Vaya una necedad—dijo el descreído, y una ola de sangre se le subió a la cara.

—Ten paciencia, hijo, muy poco te ha de durar ya esta vieja impertinente. Cuando me muera harás lo que quieras, ahora dame gusto.

Y la voz temblaba, parecía que la anciana iba a llorar.

Andrés cedió, refunfuñando.

—Por supuesto, que usted no entrará—dijo Angelita al profesor.

—¿Por qué no había de entrar, señora? —respondió el aludido.

—Los protestantes no entran a nuestras iglesias.

—Yo no soy protestante, señora.

Entraron al templo. Las mujeres y el niño se pusieron a rezar. Herr Otto Keller se sumió en una profunda meditación. Andrés con gesto curioso e irónico se puso

a pasar revista a la Basílica. Sus pasos resonaban sonoramente llamando la atención de las devotas. Se detenía un momento frente a cada cuadro, lo observaba y se reía de él con festiva ironía. Todo le hacía sonreir, hasta los cuadros de la trágica historia del crucificado. Se veía claramente que en aquel hombre la fe había muerto sin dejar el menor vestigio de sus dulzuras.

Elena seguía sus movimientos con tristeza; nunca, como aquella tarde, había comprendido hasta qué grado estaba Andrés desposeído de la poesía de creer. Y, con un fervor que humedecía de lágrimas sus ojos, pedía a la Virgen que reconquistara aquella alma.

Empezaba Andrés a fastidiarse, cuando notó que Elena y el niño se levantaban. Se acercó a ellos, diciéndoles con tono festivo:

—¿Se han fijado ustedes que afectos eran los santos a usar piocha?

Angelita le echó una mirada furibunda.

—Parece mentira que el protestante (se refería a Keller) esté con más respeto que tú.

Hubo una pausa. La anciana se repuso y añadió:

—Elena y el niño quieren subir al Tepeyac, acompáñalos.

—¿Usted no va?—preguntó el descreído.

—No, no puedo, me fatigaría demasiado.

Ya iban a salir, cuando Angelita llamó a Andrés.

—Mira—le dijo,—no entres al templo de

arriba. Para irte a mofar más vale que te quedes fuera.

Fué preciso llamar dos veces al maestro, pues estaba tan abstraído que no los oía.

Salieron. Pronto llegaron a la falda del Tepeyac y empezaron a subirlo.

Andrés tomó del brazo a Elena y se puso a hacer proyectos para el porvenir. Ella lo escuchaba silenciosa, invadida de una tristeza que no podía disimular. Sentía obscuramente que su amor no era perfecto; que nunca se realizaría en ellos su ensueño de ser una sola alma con una sola fe y una sola creencia. Y, como era sincera, se lo dijo a su prometido con voz lenta y grave.

—¡Vaya una tontería! ¿Qué es eso de almas, qué es eso de creencias? ¡Disparates, disparates! Para mí no hay más que lo que veo o puedo ver; que lo que lo que palpo o puedo palpar. Si hay más allá, que no lo creo, no me importa. Mientras tenga tu cuerpo las divinas líneas que tiene, se me da un bledo que tengas o que no tengas alma.

—¿Y cuando los años deformen mi cuerpo, qué sucederá?

—Te amaré por tus cualidades.

—¿Y las cualidades no vienen del alma? —preguntó tímidamente.

—Vienen de la conformación del cerebro.

—Pero el cerebro, ¿qué es?

—La máquina de pensar.

—¿Y quién la mueve?

—El pensador.

Elena no supo qué replicar. Desde niña

le habían dicho que creyera en el alma sin decirle por qué debía creer. Ella, como la mayor parte de los católicos, no sabía defender sus creencias. Creía sin saber por qué creía, con la fe sencilla y sincera de los cristianos primitivos. Y ante aquel señorón, descreído y osado, que había leído un mundo de libros materialistas e irreligiosos, no sabía qué decir, no sabía cómo defender la más cara de sus creencias. Recordando la devoción con que, hacía poco, había visto meditar al buen germano, se volvió hacia él buscando razonamientos para convencer a su adorado descreído.

—¿Qué dice usted de esto, señor Keller?

—El señor Fernández de Lara, señorita, ha confesado que el cerebro es movido por el Pensador; se ha confesado pues, quizás sin quererlo, creyente en el alma.

—Pero ¿qué está usted diciendo?—exclamó Andrés.—Yo no he dicho que crea en el alma.

—Todo es cuestión de nombres—replicó el maestro.—No cree usted en el alma, pero cree en su sinónimo: en el Pensador.

—Yo mencioné al Pensador sin darme cuenta. No creo en él. Si acaso existe, ¿por qué obra tan torpemente en los locos, en los idiotas, en los degenerados?

—La luz—respondió el maestro—no pasa del mismo modo a través de un fino cristal que a través de una tosca piedra. Un artista no puede sacar los mismos sonidos a un buen instrumento y a uno malo. Por superior y excelso que sea un pianista no podrá tocar en un piano con las cuerdas rotas y desafinadas. Sin embargo no po-

dríamos decir que el artista no existía. La electricidad existe. Sin embargo no se nos manifiesta cuanto no tiene el vehículo necesario para su manifestación. Para darnos su luz y su fuerza le hacen falta determinada maquinaria, alambres trasmisores, etc. Así el alma para sus admirables manifestaciones en el plano físico necesita una máquina: el cerebro, y alambres trasmisores: los nervios. Si la máquina se descompone, si los alambres trasmisores no están convenientemente conectados, la chispa no se producirá y la electricidad permanecerá en estado latente hasta que pueda manifestarse. De la misma manera, cuando el cerebro se enferma, cuando los nervios trasmisores se debilitan o mueren, el alma, la fuerza inmortal, permanece en estado latente.

Hay que notar que, según la potencia y la perfección de la maquinaria, de los alambres, etc., es la cantidad de fuerza y de luz que se manifiesta. Es así que, según la perfección y potencia del cerebro y de los nervios, es la grandeza y sublimidad de los pensamientos. Los que llamamos genios son Hombres a quienes su exquisita máquina cerebral permite que la Esencia Inmortal se manifieste en grado superior que en los demás hombres, como el Sol tiene más reflejos en un brillante pulimentado que en un brillante en bruto.

—Según eso, ¿no hay buenas ni malas almas, sólo hay perfectos o imperfectos cerebros?—preguntó Elena.

—Esa es mi creencia, señorita—contestó el maestro.—¡Cómo va a ser mala el alma

si es un rayo de esa Luz, una gota de ese Océano, que llamamos Dios! Y debo añadir que es errónea la separación absoluta que al hablar se hace de las almas. En verdad, no hay más que una Alma, una sola Fuerza, sin subdivisión posible, sin principios, ni fin. Una Fuerza única que se manifiesta en todas las formas, que vive en todo lo que ha sido, es y será, en el Infinito.

—No alcanzo a descifrar su profundo pensamiento—murmuró la doncella.

—Mi pensamiento expresa la universalización y la eternidad de la Divina Conciencia. Toda alma, o fuerza, es una partícula de la Suprema Conciencia Inmortal, de la Divina Potencia Creadora. Todo lo que existe lleva en sí una partícula de esa Suprema Esencia, de esa Eterna Vida. La lucha viene de ahí; del eterno esfuerzo de la Conciencia para hacer, de cada sér, un sér consciente de sí en todo y de todo en sí. Larga, como comprenderéis, es la lucha que cada sér tiene que librar para llegar a la Suprema Meta.

—Cada sér humano, ¿verdad? ¿Eso quiere usted decir?—preguntó Elena.

—No. Quiero decir, todo lo que existe; lo que palpamos y lo que es impalpable; lo que vemos y lo que es invisible. Todo, lo infinitamente grande, lo infinitamente pequeño. Todo lo que se estremece en el abismo insondeable de la Vida; todo lo que palpita en el caos formidable de la Eterna Sombra y de la Eterna Luz. Todo lo que forma la cadena de la Vida, en la

cual el hombre, a pesar de su insensato orgullo, es sólo un insignificante eslabón.

—¡Cómo! ¡Qué decís! ¿Para todos el mismo fin? Lo mismo para la planta, para la bestia, que para el hombre?—preguntó Andrés, con ligera ironía.

—Sí. La Divina Justicia no puede hacer excepciones. No hay razón ninguna para que sólo el hombre pueda disfrutar del Supremo Bien. La planta o la bestia no llegarán a la divina meta en forma de plantas o de bestias; como tampoco nosotros llegaremos en forma de hombres. Esas agrupaciones de materia que llamamos plantas, bestias u hombres, son únicamente vehículos de la Suprema Esencia, de la Eterna Vida.

La conciencia que hoy ilumina nuestros cerebros, luchó billones de siglos, a través de todos los reinos, para llegar a ser lo que es. Todo sér, el más humilde, la molécula que forma parte de la hoja que pisa, tarde o temprano, a través de millares de siglos, será un sér pensante como nosotros; porque en ella, como en todo lo que existe, mora oculta la Conciencia, la Divina Potencia creadora: DIOS.

—Pero, ¿y la muerte, señor? ¿No cuenta usted con ella?—dijo Elena.

—La muerte es una ilusión, señorita; una alquimia necesaria para la economía de la naturaleza. La muerte, la verdadera muerte, el aniquilamiento final, no existe; sólo existe la Vida.

Y en la voz y en la actitud del maestro había la fe convencida de un vidente.

—¡Pero negar la muerte, es negar la

luz! —exclamó Andrés. —La muerte nos acosa a todas horas. No sólo nosotros, sino todo lo que existe, el mundo mismo, tiene que morir.

—Morir precisamente, no—dijo el maestro.—Tiene que pasar por un proceso, por una metamorfosis necesaria, a la que usted llama muerte, a la que yo llamo cambio. Cuestión de nombres. Nuestro mundo, con todo lo que en él vive, tiene que pasar a un nuevo campo de acción, a un plano superior. La Vida, a lo que parece, obra bajo determinado plan. Simbolizando ese plan puede representarse como un círculo, cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. En ese círculo primordial, inconmensurable, incomprensible, se mueven nuevos y nuevos círculos, en los que a la vez la Vida se multiplica hasta el infinito en círculos inferiores. En cada círculo, o nueva manifestación, la Vida tarda billones de siglos para desarrollar todas sus potencias, todas sus divinas posibilidades. Dura billones de siglos para poder pasar el resultado de su esfuerzo a un nuevo círculo o plano superior. El ciclo en que ahora evolucionamos, forma parte del ciclo en que evoluciona nuestro sistema planetario. En nuestro sistema planetario, como en los billones de sistemas que pueblan al infinito, las ondas de Vida se compenetran, se multiplican, bajo un plan prodigiosamente armónico.

El pobre sér humano, a pesar de su insensato orgullo, no puede darse cuenta más que de la onda de Vida que hace su evolución en el planeta que habitamos. La

vemos aquí formar ocho grandes círculos u ondas de Vida, que se nos manifiestan como Fuego, Agua, Aire, Tierra, Reino Mineral, Reino Vegetal, Reino Animal, Reino Humano. En cada una de estas grandes ondas de vida se desarrollan ondas inferiores, círculos donde evolucionan cada variedad de mineral, de vegetal, de animal, etcétera, y dentro de éstas otras y otras hasta llegar adonde la vista del hombre no puede ya penetrar.

Después viene el misterio, el prodigio; mundos que nos compenetran y que no podemos ver ni palpar. Seres que viven junto a nosotros y que no podemos ver; que están formados de sus substancias astrales, que nos son tan invisibles como los millones de átomos que respiramos. ¡Ah! —dijo, haciendo un esfuerzo por decir algo más.—El sér humano enmudece. La inmensidad de que es partícula y centro lo abruma. La grandeza de su divino destino lo aplasta. ¡Loco soñador, que quiere ver del horizonte más de lo que su vista alcanza. Visionario divino, que entre la inmensidad de su amargura ha comprendido la inmensidad de su dicha. Que ante la inmensidad de su pequeñez ha comprendido la inmensidad de su gloria. Pobre sér, sediento de verdades, limosnero de bellezas, que, a pesar de su carne que se pudre y que se corrompe, ha comprendido que lleva en la frente a la Divinidad, que es viajero del infinito, que va hacia Dios!

Se llevó la mano a la frente con gesto ansioso, desesperado de no encontrar en el verbo humano palabras que expresaran

su pensamiento; desesperado de no poder encauzar, para explicarlas, las ideas que como rayo de luz herían su cerebro.

El rostro de Andrés había perdido su expresión irónica. Escuchaba silencioso, haciendo esfuerzos por descifrar las ideas del maestro, que a veces le parecían muy obscuras.

Llegaron a la cumbre del Tepeyac. El Valle de México se extendía a sus pies, tranquilo y magnífico. Los volcanes mostraban, a lo lejos, su nívea blancura. El ambiente era tibio y diáfano. De la Basílica subía un tenue vaho que olía a incienso. Los rayos del sol que se hundía en el Poniente herían las nubes, arrancándoles fulguraciones de apoteosis. En la tierra, que palidecía abajo, y en el cielo, que se incendiaba arriba, había una inmensa paz. Se diría que todas las cosas se anonadaban, se fundían en la santidad de aquel crepúsculo. Parecía que de aquel sol, que de aquellas montañas, que de aquel valle, subía al cielo una oración. Todos callaban. La grandeza de las cosas los había sobrecogido.

Elena sin darse cuenta oraba. Sin saber por qué, comparaba el templo hecho por los hombres con el templo hecho por la Divinidad; y sentía que el primero se empequeñecía, se anonadaba, en aquel otro templo que tenía por bóveda el Infinito, por Oficiante a Dios.

El maestro contemplaba absorto el horizonte. Sentía en sí el formidable misterio de las cosas; la divina Potencia creadora que se multiplica al infinito, convir-

tiéndose en perfume, en luz, en color, en sonido, en pensamiento. Sentía en sí y en todo la eterna presencia del Eternamente Presente. Y fascinado, con la fe exaltada de un místico; con la ardiente fantasía de un visionario, se sumergía en la íntima esencia de las cosas. Salía de sí mismo. Le parecía que su sér no terminaba donde terminaba su cuerpo visible. Y se sentía extender, crecer, abarcar el Universo, perderse en el Infinito. Y aquel pensamiento, que hacía de su pobre sér humano un semidios, lo transfiguró, lo invadió de tal modo que se quedó un rato extático, como transfigurado.

Los últimos rayos del sol poniente, iluminando sus cabellos rubios, nimbaron su cabeza de una aureola de luz.

Ahí, de pie sobre aquella eminencia consagrada por la fe de tantas generaciones, por la santidad de tantas plegarias, parecía el apóstol de una nueva idea, el mensajero de una nueva verdad.

XII

VOLUPTUOSIDAD

Al día siguiente empezaron los preparativos del viaje.

Andrés declaró que él acompañaría a Elena, para pedir su mano, y, si posible era, para efectuar en Pátzcuaro su enlace. Angelita consintió, a condición de que el profesor y Carlitos fueran con ellos.

La suntuosa morada tomó una extraordinaria animación. Elena iba y venía por la casa, llenándola con el perfume de su esplendente juventud. Empacaba sus cosas muy atareada, charloteando con sus amigas, y haciendo recomendaciones a los criados de que le cuidaran mucho sus plantas y sus canarios.

Cuando la anciana entró en el cuarto de Elena y la vió hincada frente a su baúl acomodando sus cosas, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero, ¿qué es eso, Angelita?—dijo la muchacha besándola.— ¿Entristecerse así, ¿por qué? Ya verá usted que pronto vuelvo. Y vuelvo para no irme ya nunca.

—Uno sabe cuando se va, pero no sabe cuando vuelve. Podrás volver o podrás no volver.

—¡Ay, Angelita, por amor de Dios, no diga usted eso! Si yo supiera que el salir

de esta casa era para no volver a entrar; si imaginara que los sueños míos y de Andrés no habían de realizarse, me moriría, créalo usted, Angelita, me moriría.

Y al decir esto una ola de lágrimas le subió a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿las dos llorando?—dijo Andrés que entraba.—¡Vaya, vaya, qué niñerías! ¡Una separación de unas cuantas semanas!

Se serenaron. Elena se arrodilló de nuevo frente a su baúl y continuó empacando.

—Oye, hija—dijo Angelita,—no lo empaques todo, es preciso que dejes algunas prendas de ropa para que tus donas te queden bien.

—¡Cabal!—dijo Andrés.

—Dejaré el vestido azul. Es el que me queda mejor.

—Bueno—dijo la anciana, y añadió con su voz candorosa:—Deja también unos choclos, una camisa, unos cal...

—Sí, Angelita—exclamó la muchacha, interrumpiéndola, atrozmente abochornada.

—Quisiera también—dijo Andrés—que dejaras el matinée que llevabas ayer.

—Será preciso que lo laven.

—No, no—dijo Andrés vivamente,—lo quiero tal como está. Con tu perfume peculiar...

—Es que lo traje ayer todo el día.

—¡Tanto mejor!

—¡Que bien se está aquí!—dijo Andrés sentándose en una mecedora.

Realmente se estaba bien ahí. Era un cuarto de muchacha; un nido tibio y em-

balsamado, donde parecía flotar un turbador perfume de virginidad. El lecho níveo, velado por blancos velos, parecía relatar, en voz muy baja, el divino encanto de las carnes sonrosadas, de las formas puras, que, en delicioso abandono, reposaban en él, noche a noche. El tocador, lleno de bibelots y de esencias, evocaba a Elena sujetando las cintas de su corsé. El lavabo la evocaba con la cabellera en desorden, con el busto y los adorables brazos desnudos. Todo hablaba ahí, íntima, muy íntimamente, de ella. Andrés se sintió turbado. La atroz mordedura del deseo estremeció su sér entero. Amaba infinitamente a Elena y, no obstante, no podía substraerse a la voluptuosidad innata de su carácter; aquella voluptuosidad que la menor cosa sacudía.

—Tus canarios te van a extrañar mucho, Elenita—dijo la madre.

—¡Ay, sí, pobrecitos!—exclamó la muchacha levantándose.—Hoy no les he hecho caso, voy a verlos.

Corrió a la pajarera, la abrió y se metió adentro. Las doradas avecitas revolotearon un momento asustadas y luego se posaron sobre sus hombros, sobre su cabeza, sobre sus brazos extendidos. Y ella reía, reía ufana, feliz, del cariño de sus avecitas; encantada de aquella invasión de plumas de aquella alborozada inquietud, de aquel barullo de gorjeos, de trinos, de estremecimientos de alas. Se puso a llamarlos por sus nombres: Bebito, Bambina, Chiquita, Perlita, Lucero; diez más. Les prodigaba los nombres más dulces; los cu-

bría de besos; les contaba que iba a partir, pero que volvería muy pronto; les recomendaba que se portaran bien.

Andrés la miraba encantado de aquella puerilidad; contagiado de aquella alegría; sintiendo que, ante aquellas inocentes locuras, algo muy bueno, algo muy puro, algo que lo volvía niño, florecía en el fondo de su sér. Y, ante Elena besando a sus canarios, ante aquellas dos inocencias que mezclaban sus coqueterías en una sola gracia, sus charloteos en una sola música, sintió vergüenza de su pasada voluptuosidad; y la frase de Keller, que otras veces lo había hecho reir, hirió su cerebro: «Amor que impuros pensamientos mancha, no es verdadero amor».

XIII

UNA OFERTA SAGRADA

Tres días después salieron de México. Era el amanecer de un día nublado. Las bellezas del paisaje se esfumaban en las brumas de la mañana. El Valle entero se fundía en un inmenso velo. Un vaho blanquecino empañaba los cristales. Era húmedo y fresco el ambiente.

El tren cruzaba rápidamente las campiñas, pasaba las cañadas, atravesaba las montañas, dejando en la retina la impresión de un paraíso, de una tierra pródiga y fecunda, de un lugar de promisión; en donde los trigales levantaban al cielo la alegría de sus espigas; en donde los ríos se despeñaban cantando; en donde las montañas vírgenes llenaban el ambiente con la sana fragancia de sus árboles seculares.

Durmieron en Morelia, y a la mañana siguiente tomaron el tren que debía conducirlos a Pátzcuaro.

Las frescas brisas del amanecer habían teñido de rosa las mejillas de Elena. Reclinada en la ventanilla del tren sonreía. Sonreía a la mañana, sonreía al día, sonreía a la vida. Se sentía invadida por la alegría que despierta en el alma el retorno a la familia, al pueblo natal, a los lugares donde hemos jugado cuando niños. Cada novedad del camino despertaba en

ella un recuerdo. Con jovial charloteo señalaba a su prometido las bellezas del panorama. Le decía los nombres de los riachuelos que se despeñaban, cantando, en parleros borbotones; de las risueñas lagunas en cuyas movibles aguas se retrataba el cielo. Le enseñaba las cabañas perdidas entre el boscaje, las manadas de vacas lustrosas y de blanquísimas ovejas. Las casas de los dueños de las haciendas, que resurgían ufanas con arrogancias de castillos feudales, con altiveces de mansiones señoriales.

El maestro paseaba su mirada pensativa en el panorama y sostenía con el niño una plática que lo hacía reflexionar. Le mostraba las construcciones arrogantes que servían de morada al patrón y las chozas desvencijadas y miserables en que vivía el jornalero. Le hacía notar el punzante egoísmo que revelaba aquel contraste. La ingratitud y el olvido del poderoso hacia el débil.

—Mire usted, Carlos—le decía,—esos peones están expuestos durante todos los días, durante todas las estaciones, al sol, al aire, al frío, a la lluvia, a la ráfaga, a la tempestad. Conocen todas las privaciones, todas las fatigas. No hay esfuerzo ni sacrificio de que no sean capaces. Son humildes y estoicos. Bajo el pobre vestido de manta hay un sér humano digno de compasión por su infortunio, digno de admiración por su virtud. Los patrones los desprecian porque son humildes, porque son mansos, porque cumplen con sus deberes sin reclamar sus derechos. Cuando debían amarlos por esa humildad, por esa man-

sedumbre, por esa abnegación, que hace de ellos unos de los mejores trabajadores de la tierra.

Desde su niñez hasta su muerte, trabajan encorvados sobre la tierra, arrancando con sus sudores, con sus esfuerzos, con sus fatigas, el fruto que enriquece al amo. No obstante, nada le han merecido, nada pueden agradecerle. Ha hecho caballerizas para sus caballos, establos para sus vacas, perreras para sus perros, chiqueros para sus marranos; pero, con raras excepciones, no ha podido hacer casas para sus peones. Se preocupa de que sus bestias estén bien alimentadas; suele ver, personalmente, que los pesebres estén bien repletos; pero jamás se le ocurre indagar si sus peones han comido, si les basta el jornal para sustentarse convenientemente y para sustentar a sus familias.

Y cuando ese pobre peón desesperado de su situación se rebela, el patrón le llama bandido, y ni por un momento se cree culpable de haber hecho de un sér tan sumiso, tan humilde, tan abnegado, un rebelde. Ni un momento recuerda su ingratitud y su injusticia hacia él. Ni un momento piensa en todo lo que lo extorsionó, en todo lo que lo oprimió, en todo lo que le vejó. Ni un momento recuerda, que lo vió desnudo y no lo vistió; que lo vió hambriento y no lo alimentó; que lo vió temblando de frío y no lo abrigó; que lo vió enfermo y no lo curó; que lo vió ignorante y no lo instruyó. Y, cuando de todas esas lágrimas, de todas esas hambres, de todas esas desnudeces, de todas esas

ignorancias, se levanta un grito de protesta, y el indígena, vejado, hambriento, escarnecido, se convierte en rebelde entonces, el señor hacendado levanta el grito al cielo, y pide para él un pronto escarmiento, un terrible castigo. Pide a grandes voces castigo, castigo, castigo. No piensa ni un momento que el remedio está en sus manos; que un poco de bondad de su parte hará más que cualquier castigo; que le bastará hacer algunas concesiones a aquel desgraciado, tratarlo cuando menos como mediero, para tenerlo sumiso, agradecido, encantado. No se le ocurre que de sus grandes dominios podría dar una pequeña parcela a sus jornaleros, a los que con su trabajo le han hecho su fortuna. ¡Sería tan fácil! ¡Los pobres jornaleros se contentan con tan poco! Unos cuantos metros de tierra hacen la dicha de toda una familia.

Prefieren que sus campos no sean cultivados; prefieren que la tierra que debería cubrirse de trigo, se cubra de lágrimas y de sangre antes que hacer la menor concesión al proletario. Y ante la ruina de la Patria. Ante la extinción de las fuentes de riquezas. Ante la muerte de los pobres indígenas, que con su sudor y con su esfuerzo labraron sus fortunas, nada hacen, se cruzan de brazos impasibles.

Si criminal es el indígena que acosado por el hambre se rebela. ¿No es criminal también el rico egoísta que lo forzó a rebelarse, tratándolo poco menos que como a una bestia?

¡Ay de los que pudiendo hacer el bien

no lo hacen! ¡Ay de los que estando hartos ven la miseria a su alrededor sin aliviarla! ¡Ay de los que viven en palacios, mientras sus criados, los hijos que le dió la suerte, duermen casi a la intemperie! ¡Ay del rico egoísta! Muchas amarguras le esperan. La justicia de los hombres se burla, pero no se burla la justicia de Dios.

El niño lo escuchaba pensativo; cuando terminó de hablar exclamó:

—Cuando yo sea grande, cuando yo sea grande...

No supo definir todo su pensamiento, pero por sus ojos inocentes pasó un anhelo santo, una oferta sagrada.

El tren corría vertiginosamente por un desfiladero en cuyo fondo esplendían suavemente las aguas rojizas de un río. Momentos después aquel río daba un salto prodigioso y formaba la bellísima cascada de Cuintzio.

El cielo estaba azul, intensamente azul, de un confín al otro del horizonte. El sol envolvía en su esplendor inmenso el vasto paisaje exúbero y magnífico.

De pronto, como suspendido entre las montañas, como flotando milagrosamente sobre las copas de los árboles, se destacó un punto claro, movible y luminoso.

—¡El lago, el lago! ¡El lago de Pátzcuaro!—exclamó alegremente Elena.

XIV

FANATISMO

A las diez llegaron a Pátzcuaro. Un rato después entraba Elena en la alcoba de su padre.

Por los ojos del anciano pasó una mirada de infinito amor.

—Temí no volverte a ver, hijita—dijo besándola.

—Pero, ¿por qué, papasito, por qué?—preguntó la hija piadosa cubriéndolo de caricias.

—Estoy muy malo, muy malo—dijo con voz quejumbrosa el enfermo.

La doncella notaba los estragos de la enfermedad en aquel rostro tan bondadoso y tan venerado, y sentía que un nudo de lágrimas le oprimía la garganta. Tuvo que hacerse un gran esfuerzo para exclamar con acento natural:

—Tu enfermedad no es de cuidado. Acabo de hablar con el médico y me ha asegurado que muy pronto sanarás.

La piadosa mentira pasó por los labios de la doncella con acentos tan parecidos a los de la verdad que el pobre enfermo sonrió preguntando con infantil alborozo:

—¿De veras? ¿Eso dijo el médico? ¿No me engañas?

—Eso dijo, papasito. ¡Cómo había de engañarte!

—Al menos, quisiera vivir para bendecirte el día de tu boda.

—Pues no faltaba más. ¡Vivirás muchos años, muchos!

El anciano se sintió reconfortado. Aquella voz cariñosa y cordial le infiltraba la salud y la vida.

Hubo una pausa. Elena le recompuso los almohadones y se sentó junto a él.

—Una carta de Angelita me enteró de la petición de Andrés—dijo el enfermo.

—¿Y qué te parece?—preguntó tímidamente la doncella.

—Bien, muy bien. Dios os haga felices. Me decían que él venía también. ¿En dónde está?

—En la sala. Espera tu permiso para entrar.

—Que entre, que entre—dijo el enfermo con su voz bondadosa.

Elena salió. La madre la esperaba en la pieza contigua.

—¿Cómo lo encuentras?—preguntó en voz baja.

—Mal, mamasita—respondió Elena en voz muy baja y conmovida.—¡Está muy acabado! ¡Pobrecito!

—¿Crees que debemos hablarle ya de la confesión?

—No, mamasita. No lo alarmemos, no creo que el caso sea todavía desesperado.

—Las enfermedades del corazón siempre son graves.

—Sí, pero se vive, se vive a veces muchos años con ellas. Esperemos.

Andrés estaba en la sala charlando con las tías de Elena. Tres solteronas fanáticas, de cuerpos regordetes. Una de ellas le contaba que en su juventud las llamaban las tres gracias. El solterón las escuchaba sonriendo, pensando en su interior que aquellas tres gracias, de sus pasadas gracias, no guardaban ya huellas.

Carlitos jugaba con los chicos de la casa que eran muy numerosos, pues Sofía, una hermana de Elena, una señora delgadita y paliducha, daba a su marido un muchacho cada año y a veces dos. Era un verdadero enjambre de chicos y chicuelas que iban y venían, poniéndolo todo al revés. La penúltima cría se arrastraba aún a gatas sobre la alfombra y ya la madre tenía en los brazos un nuevo retoño. Y esto no parecía pesarle. En su rostro, delgado y palidísimo, había siempre una inalterable sonrisa de bondad. Dos o tres veces intentó platicar con Andrés. Pero nada, imposible, los chicos no la dejaban tranquila un momento.

Cuando Elena introdujo a su prometido a la alcoba de su padre, el enfermo sonrió afablemente; le dió la mano con cariño; quiso que se sentara cerca de él. Andrés se sentía conmovido. Sin saber por qué aquel tío, de quien apenas se acordaba, despertaba en él ternura y afecto. Sin saber por qué, aquellas facciones venerables, en que la muerte iba extendiendo lentamente su sombra solemne, lo enternecían.

A poco entró a la alcoba la madre de Elena. Fué entonces, cuando Andrés repitió la petición de la mano de Elena que

ya su madre había hecho por carta. Su petición fué aceptada sin objeción alguna, y el matrimonio quedó fijado para una fecha muy próxima.

Elena había escuchado con los ojos bajos; con la frente llena de rubor. Cuando terminaron de hablar; cuando comprendió que ya nada, ni nadie, se oponía a su cariño; que muy pronto se entregaría, en cuerpo y alma, a aquel sér tan arrogante y tan bueno, tan amante y tan amado, sintió que toda la luz del cielo, que toda la alegría de la vida inundaba su corazón. Levantó hacia su prometido los ojos. Se miraron. Fué un instante de celestial deleite en que sus almas estremecidas y absortas se sumergieron en el infinito azul de su ensueño de amor.

Al día siguiente Carlitos y su profesor continuaron el viaje para la hacienda de la familia Fernández de Lara.

Para Andrés y Elena hubo unos días llenos del dulzuras. El enfermo se fingía mejorado para obligarlos a salir. Quería que Andrés conociera su pueblo, su lago, sus riberas, sus montañas; todos aquellos lugares que eran para él tan profundamente caros; todas aquellas cosas donde se había deslizado su vida entera, y a las que se aferraba, con angustia infinita, presintiendo su próxima partida.

Fué así que los prometidos pasearon la alegría de su cariño por aquel escondido edén; por aquellas riberas floridas; por aquellas montañas vírgenes; por aquellos pueblecitos risueños; por aquel lago lleno de misterioso encanto.

Una mañana, acompañados de doña Catalina, subieron al monte Calvario. Era muy temprano aún. Pátzcuaro destacaba a lo lejos su blanco caserío. La ciudad empezaba a despertarse. Subía de ella un vago murmullo, que gradualmente crecía. De los hogares subían blancas columnitas de humo, que vacilaban en el aire y se esfumaban. Grupos de campesinos, con los instrumentos de labranza al hombro, se dirigían hacia los campos. Sus siluetas se destacaban intactas bajo la serenidad de la luz. Algunos cantaban, sus voces se elevaban hacia el cielo mezclados con los cantos de las aves. Pero con una diferencia lamentable. Los cantos de las aves eran un límpido torrente de risueños gorjeos, de gozosos trinos; y el canto de los hombres era una obscura queja impregnada de honda melancolía. Era un lamento triste, dulce y continuo, que revelaba una pena aceptada, un dolor sumiso, que no esperaba ni buscaba consuelo. El sol surgió de pronto. Las aves redoblaron sus trinos; los hombres ahogaron sus cantos; la cuotidiana lucha empezó. El lago se azotaba contra la playa con alegre estruendo. Sus olas tenían diafanías de cristal y coloraciones de iris. Centenares de aves blancas llegaron a parvadas y empezaron a juguetear entre sus ondas. Los barcos veleros, los vaporcitos y las humildes lanchas primitivas, surcaron el lago. Las campanas de las iglesias empezaron a llamar a la primera misa.

Andrés al oir las campanas de las humildes iglesitas, perdidas en las montañas, se sintió conmovido.

—La religión tiene aquí su encanto primitivo—exclamó.—Las grandes catedrales repujadas de oro, de mármoles, de vírgenes, coronadas por descomunales coronas, me irritan, me parece que hay en ellas más lucro que piedad. Pero esas iglesitas blancas de las montañas; esas iglesitas humildes que levantan sus modestas torrecillas entre las frondas, me hacen sentir ternura, casi piedad. Están edificadas por el verdadero amor, por la verdadera fe; por la fe sencilla de los humildes; por los que no saben de retóricas, ni de frases pomposas, pero que no saben tampoco estafar por medio de la religión.

De pronto, vieron venir corriendo hacia ellos a dos de los chicos de Sofía.

—¡Dios mío! tal vez papá se ha empeorado. Vámonos—exclamó Elena palideciendo.

—Vámonos, vámonos—repitió doña Catalina, palideciendo también.

Descendieron de prisa. Un momento después se encontraron con los niños. En efecto, venían a llamarlas; don Julián había tenido un vómito de sangre.

Al llegar a la casa, encontraron alarmadísima a toda la familia. Una de las solteronas había ido por un padre; otra les salió al encuentro exclamando:

—¡Por poco se nos muere Julián, y sin confesión, y sin confesión! —repetía con grandes aspavientos. —¡Qué responsabilidad! ¡qué responsabilidad!

Se apretaba las manos y pelaba los ojos, como si se tratara de algo tremendo.

Andrés, Elena y su madre entraron a la

alcoba. El enfermo estaba agotado, palidísimo; pero nada indicaba que su muerte fuera inminente. Sofía estaba junto a él, confortándolo con suaves caricias y dulcísimas palabras. Carmela, su penúltima chiquitina, se arrastraba sobre la alfombra, gorjeando como un pájaro. Una figura escueta y negra se deslizaba por el cuarto, como un fantasma, arreglando un altar. El enfermo seguía sus movimientos, con miradas inquietas de niño medroso.

Cuando vió a Andrés le dijo:

—Lo esperaba, quiero hablar a solas con usted.

Nadie se movió. Tal vez comprendieron lo que iba a decirle.

El enfermo levantó con esfuerzo la voz y repitió su deseo. Todas salieron.

Andrés se acercó al enfermo y se sentó junto a él.

—Quiero saber la verdad—balbuceó don Julián con voz medrosa.—¿Me encuentra usted muy grave?

—No, no, señor, ¡qué idea!

—Dígame la verdad, ¿cree usted que... que me?...

Su voz temblaba; no se atrevía a pronunciar la tremenda palabra ¿que me muera?

—No, no, señor; no piense usted en eso. ¡Vaya una ocurrencia!

—Es que—dijo el pobre enfermo bajando la voz y mirando con ojos medrosos el altar que empezaba a esbozarse sobre una cónsola,—es que, mire usted, parece que hacen los preparativos que se acostumbra

hacer para los ajusticiados y para los moribundos.

Su voz temblaba, parecía que iba a llorar de angustia.

Andrés volteó, vió el altar, comprendió de lo que se trataba, y una onda de cólera le subió al rostro y se lo tiñó de púrpura.

—¡Ah, fanáticas despiadadas!—dijo para sí;—todavía les parecen pocas las torturas de la agonía. Todavía quieren añadirle una tortura más; la certeza de la muerte; la negación de toda esperanza. Ven al desventurado enfermo agobiado bajo el peso de tantos dolores y no les basta, hay que martirizarlo más, hay que puyarlo más; hay que hacerlo sentir, como al ajusticiado, la suprema angustia de la tremenda espera. ¿Dónde está la caridad, dónde está la piedad, dónde el amor de que tanto se jactan?

Hizo un esfuerzo para dominar su cólera. Levantó la voz y dijo con aparente calma:

—No se preocupe usted, no se trata de eso. Van a traer no sé qué santo milagroso. Cosas de mujeres. No les dé usted importancia.

El enfermo dijo con voz angustiosa y débil:

—No, no crea usted, desde ayer me andan contando que un sacerdote que acaba de llegar a la población desea hacerme una visita. Ya comprendo lo que eso quiere decir. Estoy desahuciado; seguramente ya no hay esperanza. En esto he cavilado toda la noche. No he podido dormir. Y, ya

ve usted, me he empeorado. Yo... voy a confesárselo, soy miedoso... Sí, tengo miedo, mucho miedo de morir. Quizá sea porque no quiero morir sin asistir a la boda de mi hija; quizá sea porque no quiero partir sin decir adiós a mis dos hijos ausentes, que aun no llegan, y que esperamos de un día a otro. Quizá sea esto propio de mi enfermedad del corazón; yo no sé, pero tengo miedo. Si he de morir, que no me lo digan; que no me hagan adivinarlo. Esto me mataría más pronto.

Su voz temblaba, en su acento había una infinita congoja.

—Yo no quiero aquí frailes, no quiero confesión. Para eso deseaba hablar con usted. Ya lo ve; yo estoy solo. Toda la familia es fanática, defiéndame usted. No deje que me espanten, no las deje. Una impresión fuerte me mataría. Lo sé... lo siento... Ya el hilo que me une a la vida es muy débil. Cualquier cosa puede romperlo.

De los ojos descoloridos del anciano brotaron lentamente las lágrimas y se deslizaron por su pobre rostro demacrado.

Una piedad inmensa invadió el noble corazón de Andrés. Se sintió capaz de todo, hasta de un crimen, con tal de impedir que torturaran a aquel hombre.

—No tenga usted cuidado, nadie lo molestará.

—¿Me lo prometes, hijo mío?

—Se lo juro a usted.

Cuando salió de la alcoba vió que en el patio, doña Catalina, Elena y las tres solteronas, cuchicheaban con un sacerdote.

Todo lo comprendió. El tío no se engañaba; iban a darle la puntilla.

Se dirigió al grupo conteniendo, a duras penas, la cólera. Su actitud era tan hosca, tan hostil, que las mujeres interrumpieron sus cuchicheos y mascullaron atropelladamente una presentación.

El sacerdote era español. Tendría treinta años. Llevaba sobre los hombros, con desenvoltura, una capa flamante, que dejaba ver por completo la sotana y una ancha banda de seda negra. Tenía amplia la frente, claros los ojos, palidísimo el cutis, sensuales los labios. Toda su persona, todas sus actitudes, respiraban suficiencia, hipocresía, afeminamiento. Al hablar bajaba los ojos. Al reir apretaba los labios. Tenía manos blancas, mórbidas y hermosas como manos de mujer. Su pelo era castaño claro, casi rubio. Su voz era extremadamente dulce.

Elena lo contemplaba con arrobamiento. Sintiendo la fascinación inconsciente que despierta en la mujer fanática el fraile buen mozo.

Andrés lo notó y su cólera subió de punto.

—Pase, pues, padrecito—dijo doña Catalina.—Yo me adelantaré para prevenir a mi esposo.

—Este señor no entra a la recámara de mi tío—dijo Andrés con voz sorda.

—¿Cómo que no entra?—exclamó doña Catalina.

—Pues no, señora, no entra—repitió sordamente Andrés.

—¡Cómo que no! Soy el ama de la casa.

—Sí, señora, pero no de las conciencias.

Don Julián acaba de ordenarme que no permita que entre a su cuarto ningún sacerdote. Y no entrará, mientras yo esté aquí no entrará. Con que ya oye usted, padre, puede retirarse.

El sacerdote callaba. Elena miraba a uno y a otro estupefacta. Doña Catalina temblaba de cólera. Las tres solteronas chillaban atropelladamente:

—No cedas, Cata, no cedas, son cosas de Satanás, son cosas del diablo. Va a morir sin confesión, va a perder su alma. ¡Qué responsabilidad! ¡qué responsabilidad! Entre, padrecito, entre, oblíguelo. Ya verá como usted lo convence.

—Sí, padre, entre usted—repitió doña Catalina.

El padre dió un paso. Andrés dió otro y dijo con voz tonante:

—Mientras yo esté aquí, usted no entra; entiéndalo.

El sacerdote comprendió con quien tenía que habérselas, y dijo con voz llena de mansedumbre:

—Está bien. Yo no quiero que por mi causa haya disgustos. Procuren convencer al enfermo. Procuren hacerle ver la proximidad de su muerte y, si lo convencen, me llaman. En obsequio de la verdad, la confesión debe ser espontánea.

Se despidió. Elena fué a acompañarlo hasta la puerta. Ya en el portón y momentos antes de que el padre partiera, él y ella se cambiaron, a media voz, algunas frases. Frases insignificantes, recomendaciones sobre el asunto; pero que a An-

drés, que estaba montado en cólera, le parecieron un delito. Su ira creció de punto cuando vió que Elena al despedirse besó la mano del sacerdote.

—Muy bien—dijo a la muchacha que volvía.—Te creía más recatada. No esperaba que delante de mí te atrevieras a besar a un hombre.

La muchacha había dado aquel beso, sin dolo, inconscientemente, por costumbre. Y ante aquel reproche tan injusto, tan grosero, sintió que su alma honrada se rebelaba. No supo qué decir, se puso encendida y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Andrés no vió ni su rubor, ni sus lágrimas. Con voz áspera le dijo:

—Te prohibo terminantemente que vuelvas a cruzar una sola palabra con ese fraile.

Las viejas pelaban los ojos, movían la cabeza, se apretaban las manos, hacían toda clase de aspavientos. Acabaron por irse a las habitaciones, conteniendo a duras penas la ira, mascullando entre dientes frases injuriosas para Andrés.

Doña Catalina, amarilla de rabia, dijo:

—La verdad; si hubiera sabido su manera de ser, no le doy a mi hija, no se la doy.

—Pero, señora—dijo Andrés, serenándose un poco,—yo no he hecho más que obedecer al amo de la casa. Yo cumplo sus órdenes y nada más.

—Hay órdenes que no deben cumplirse—insistió la señora.—Al cuerpo se aplican las medicinas que necesita aunque el enfermo no quiera; pues lo mismo a el alma;

hay que salvarla, aunque el pecador no quiera.

—¡Vaya, vaya! ¡Con qué para ir al cielo se necesita que el fraile dé el pasaporte! Necedades, señora, necedades, palabras sin sentido común. ¡Vaya una tontería! ¡Ese titán que se llama Dios necesitando de ese pigmeo que se llama el hombre! ¡Lo Infinito pidiendo ayuda a lo finito! ¡La Inmensidad no pudiendo abrir el cielo sin un pasaporte de la pequeñez! ¡El Supremo Poder no pudiendo salvar una alma sin ayuda de la suprema debilidad! ¡Un fraile, un átomo, variando las leyes augustas de un Universo! ¡Una criatura humana rigiendo los designios de un Dios! ¡Qué absurdo, señora, qué tontería! ¡Si no causara cólera, causaría risa!

Doña Catalina quiso decir tanto que no pudo decir nada. La cólera la ahogaba. Envolvió a Andrés en una mirada impregnada de ponzoña y se alejó en silencio.

—Elena—dijo Andrés, procurando modificar la aspereza de su voz,—voy a tomar mi baño; ya sabes cuál es la voluntad de tu padre. ¡Cuidado con desobedecerlo! Mientras vuelvo, tú me respondes de que no lo molesten.

—Está bien—contestó la muchacha, todavía resentida.

Andrés entró a su cuarto, tomó su ropa de baño y salió a la calle.

Las mogigatas atisbaban por las vidrieras y lo vieron salir.

—¿A dónde va?—le preguntaron a Elena.

—A tomar su baño—contestó.—No puede nunca prescindir de él.

Doña Catalina y las Tres Gracias se cambiaron una mirada. En todos los ojos brilló la misma idea. «Puesto que ha ido a bañarse tardará, como todos los días, una hora. Tenemos tiempo».

La más vieja dijo, envolviéndose de prisa con su manto:

—Voy a llamar al padre.

—Sí, sí—dijeron todas;—anda a la carrera.

La más frescachona dijo:

—Llama al mismo padre de antes; al padre español; al padre bonito.

—Por supuesto—dijo la vieja, y salió a escape.

Elena murmuró acongojada:

—Papá no quiere... Andrés me recomendó...

—Usted se calla—gritó furiosa doña Catalina.—No me miente usted a ese impío. Aquí no manda Andrés, aquí mando yo.

La pobre muchacha no sabía qué hacer. Se puso a dar vueltas en los corredores y luego, buscando soledad y aislamiento, se metió a la sala. Se sentía violentamente acongojada. A ratos hablaba su conciencia, su amor de hija y su amor de novia. Debo respetar la voluntad de mi padre—se decía;—debo endulzar, no amargar, sus últimos instantes. Debo cumplir las órdenes de mi prometido. Y se dirigía a la puerta decidida a prevenir a Andrés, a mandarlo llamar. Pero entonces su fanatismo hereditario le gritaba: «Si tu padre no se confiesa, se condenará». Y la pobre muchacha se devolvía al fondo de la sala, sin

saber qué partido tomar, sin poder decidirse, sin saber qué hacer. Por fin, se echó en el sofá y permaneció ahí indecisa, acongojada, angustiadísima. Presentía la llegada de Andrés, adivinaba su cólera, y combinaba temblando las frases que iba a decirle para desenojarlo.

Entre tanto en el cuarto de don Julián las solteronas entraban y salían, se deslizaban como fantasmas, se hacían señas, se miraban y ninguna se atrevía a tratar el asunto de la confesión.

Sin comprenderlo tenían miedo. Tenían miedo, sí. Sentían el pavor sombrío que siente el asesino momentos antes de asestar el golpe. El pavor obscuro del criminal ante la víctima que acecha en la sombra. En sus conciencias opacas aparecía un fúnebre resplandor: el remordimiento.

El enfermo no se daba cuenta más que de sus dolores. Permanecía clavado en un sillón. Hacía diez días que no podía acostarse. Al ponerse horizontal, sentía que el corazón lo ahogaba. La hinchazón que había empezado en los pies le subía hasta la cintura. Su cuerpo había quedado convertido en una masa enorme que destilaba agua por los poros. Sus movimientos eran torpísimos, casi imposibles y le causaban agudísimos dolores. De la cintura para abajo estaba casi rígido; las piernas le pesaban como enormes moles de hierro. Deseaba procurarse descanso cambiando de postura y no podía. Era preciso que cuatro personas vigorosas lo movieran como una masa inerte. A menudo por sus ri-

ñones pasaban como relámpagos dolores tremendos que lo hacían gritar. Dormía solamente al amanecer. Su sueño duraba una o dos horas, era un sueño ligero, inquieto, del que despertaba en medio de terribles congojas y de angustiosas pesadillas. Y tras de estos dolores, venía un séquito de miserias, de sinsabores, también torturantes. A pesar de todo había en el fondo de aquel sér algo que lo consolaba, que le daba valor; algo caliente y puro como una llama: la esperanza.

La esposa, con el instinto que da el cariño, lo comprendía, y tenía miedo; temblaba al acercarse a extinguir aquella luz, aquella última claridad, aquella postrera alegría.

Se fué a la pieza inmediata. Sus hermanas la siguieron y se pusieron a conferenciar.

—Propónselo tú—dijo una.

—No, mejor tú—dijo la otra.

—Lo mejor será—dijo doña Catalina—contarle que el padre viene de visita, introducirlo, salirnos y se acabó. El sacerdote sabrá lo que le dice.

—Sí, sí, eso es lo mejor—dijeron las dos hermanas.

Y acto continuo se pusieron a llorar comentando la gravedad y los sufrimientos de don Julián. Doña Catalina les sacaba la delantera. Fué preciso darle una taza de infusión de hojas de naranjo porque los sollozos la ahogaban. Quizás en su llanto se mezclaba el remordimiento. Quizás comprendía que no cumplía su deber, que abandonaba al esposo, al compañero

de su vida, en los instantes supremos. Que no estaba, como debía estar hasta el último momento junto a su lecho, impartiéndole valor y esperanza. Que no cumplía la última voluntad de aquel que durante su vida no había tenido más que una voluntad: hacerla dichosa. Que entre aquella alma y su alma que debían esperar estrechamente unidas la separación eterna, dejaba interponerse un ser extraño, una sombra trágica: el fraile.

Llegó el sacerdote. El mismo que antes había ido a la casa. Se saludaron en voz baja. Cada una de las mujeres le besó la mano con gesto compungido.

Doña Catalina entró a la alcoba de su esposo y le dijo:

—Tú verás, hijito, el sacerdote que te dije deseaba hacerte una visita, está ahí.

El enfermo levantó la cabeza, abrió los ojos y se quedó atónito, como si le hubieran dado un rudo golpe en el cerebro. Luego bajó la cabeza, cerró los ojos y esperó. Sus labios temblaban, sus manos amarillentas temblaban. Su pobre corazón temblaba también. El hilo que lo unía a la vida era la esperanza y acababan despiadadamente de quitársela. Sintió la suprema congoja del ajusticiado al saber la negación de su indulto. La espantosa agonía del náufrago a quien una ola embravecida arranca el débil leño a que se agarraba para conservar la vida. Se hizo en su alrededor un inmenso vacío, una inmensa sombra; y ya sólo vió delante de sí un espectro formidable: la muerte. Su corazón empezó a latir débilmente, sus miem-

bros fueron perdiendo el resto de movimientos que tenían.

Una forma negra entró al cuarto y se sentó junto al enfermo. ¡Era el sacerdote! La voz dulcísima del clérigo se elevó serena en la estancia. Empezó a decir al moribundo que iba de visita, y, poco a poco, se puso a hablar de la muerte que podía llegar de un momento a otro, de la eternidad a la que iba a entrar...

—Yo no debo engañar a usted, hijo mío —dijo al fin.—Sus horas están contadas. Tal vez hoy, tal vez mañana deberá comparecer delante de Dios, y es preciso para que entre en el reino de los cielos, que yo lo ponga en estado de gracia.

El moribundo escuchaba en silencio. El sacerdote iba perdiendo, poco a poco, para él su aspecto real; su silueta se borraba, se hacía confusa. Le parecía que la forma que tenía a su lado era un espectro y que la voz que escuchaba salía de una tumba. Las hondas huellas que la enfermedad había impreso en su rostro, se iban acentuando profundamente. Su color amarillento se iba tornando cetrino. De sus ojos sin expresión salían lentamente dos lágrimas. Su nariz se iba afilando. Estaba completamente agobiado, totalmente vencido.

Cualquier sér humano habría sentido piedad; aquel sacerdote familiarizado con la muerte, no la sintió. Preguntó dulcemente. ¿Quiere usted confesarse?

—No me acuerdo de nada—tartamudeó con esfuerzo el moribundo.

—Yo preguntaré, hijo mío—dijo el clérigo,—y usted irá contestando.

La confesión pronto acabó. Aquel hombre, que era tratado como un ajusticiado, había sido bueno. Había sido un luchador humilde. No podía vanagloriarse de ningún acto heroico, pero tampoco podía echarse en cara ninguna mala acción. Su vida había sido un esfuerzo constante hacia el bien. Llegaba a la muerte sin un solo remordimiento. Salía de la vida dejando, tras de sí, una familia honrada, un honesto hogar.

El sacerdote se despidió. El moribundo movió la boca, pero ya no pudo formular ningún sonido. La agonía empezó. La puntilla había sido certera. El crimen estaba consumado.

Al salir de la pieza la mogigata más frescachona lo esperaba.

—¿Se confesó, padrecito?—preguntó.

—Sí, hija mía, sí. Casos más difíciles he tenido y he salido avante—añadió con suficiencia.

—¿Y cómo lo ve usted? ¿Muy grave, verdad?

—Sí, hijita, no pasa el día.

—¡Cómo, tan malo está! Dios mío, y sus hijos Pedro y José que no llegarán hasta la noche. El médico no creía que esto fuera tan pronto, mañana iba a haber una junta.

Se dirigieron hacia la sala. El padre iba a despedirse. La solterona dijo:

—Pase, pase un momento, padrecito. Le vey a traer una copita.

El padre entró. Elena que estaba todavía ahí iba a salirse, pero la tía le dijo:

—Acompaña al padre un momento. Voy a traerle una copita.

Y diciendo esto, salió de prisa, zarandeándose con toda la gracia de que era capaz su cuerpo bajito y rechoncho.

Elena titubeaba, deseaba salirse, pero no encontraba correcto dejar solo al padre. Permaneció cerca de él, taciturna, acongojada, temblorosa.

En aquellos momentos Andrés volvió a la casa. El aire libre y el agua fría lo habían totalmente calmado. Se dirigió tranquilo, casi alegre, a la alcoba de don Julián. Dos de las viejas arreglaban un altar. Al verlo llegar sonrieron con maligna sonrisa de triunfo.

Andrés se acercó al enfermo. El moribundo ya no lo miró. Aquellos ojos ya no miraban. Le habló, el moribundo no respondió. Aquel cuerpo vivía aún, pero sin movimiento; aquel corazón palpitaba aún, pero ya no sentía; aquel cerebro, ante el golpe de maza que había recibido, casi había dejado de funcionar.

—¿Qué es esto?—exclamó Andrés estupefacto.—Hace un rato hablaba, pensaba, esperaba. Ahora está moribundo. ¿Qué ha pasado, qué ha pasado aquí?

Volteó, vió el altar, vió la maligna sonrisa de las beatas, y todo lo comprendió.

—¡Ah!—gritó—ya sé lo que es esto. Le metieron al fraile, lo obligaron a confesarse.

—¿Pues qué se pensaba usted—chilló una de las viejas.—Que lo íbamos a dejar morir sin confesión?

—¡Ah, miserables!—dijo Andrés pálido de cólera—¡lo han matado!

Se acercó al enfermo, tomó una de sus manos, que aún respondió débilmente al contacto.

—No debía haberme ido—dijo,—perdóneme usted, perdóneme usted.

Y aquel hombre, orgulloso y altanero, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Su emoción duró un instante. Su cólera rugió de nuevo.

—¿En dónde está Elena?—preguntó.

—En la sala—le contestaron.

Se dirigió hacia el lugar que le indicaban. Sus pasos resonaron furiosos y rápidos en las baldosas del patio. Elena los oyó y quiso huir. El sacerdote le dijo:

—Sólo los criminales huyen y usted es inocente.

Y, tomándola de los brazos, la detuvo. En aquel instante entró Andrés. El clérigo retiró rápidamente las manos. Pero ya era tarde. Andrés las había visto sobre su prometida. Su cólera estalló. Rugió como un león enfurecido, como un tigre en celo. Ya no sólo sintió la cólera de haber sido desobedecido, el despecho de haber sido burlado. Sintió más, sintió celos, celos irracionales de hombre primitivo, celos brutales de macho. Y, loco, ciego, fuera de sí, cogió al padre por los hombros, lo estrujó con furia y lo sacó a empujones fuera de la sala.

Toda la familia ocurrió a escape. Al darse cuenta de lo que pasaba se pusieron como furia las solteronas. Su torpe fanatismo las cegó. No vieron más allá, no

midieron las consecuencias. Con palabras soeces insultaron a Andrés.

Doña Catalina, con voz que silbaba como la de una víbora, le dijo que la boda quedaba deshecha; que jamás daría su consentimiento; que se largara en el acto de su casa.

La doncella escuchaba convulsa, temblorosa, apretándose las sienes con las manos, sintiendo que su razón se le escapaba.

—Elena—dijo Andrés tremante de cólera.—¿Has oído lo que dice tu madre? Me arroja de su casa, deshace nuestra boda. ¿Lo permites?

—En mi casa y en mí, mi madre manda —respondió la doncella.

Su voz sollozaba.

—Esperaba la respuesta. Era la indicada. Me alegro de haberte conocido a tiempo. Me alegro de no haber puesto en tus manos mi honra y mi nombre—exclamó Andrés fuera de sí y se dirigió hacia la puerta.

El clérigo sonreía, sonreía.

Antes de cruzar, para siempre, aquella puerta el corazón de Andrés vaciló. Dejaba tras de él a la mujer que había amado más en la vida. Volteó hacia ella la cabeza y le dijo:

—Si quieres que, todavía, te crea honrada, sal conmigo inmediatamente. Te juro que te depositaré, en el acto, en la casa de una familia honorable.

Elena no respondió.

—Por última vez—dijo Andrés,—¿te vienes o te quedas?

Elena quiso correr hacia él; hacia su

prometido; hacia su amor que huía. Quiso aferrarse a aquel ensueño que se desvanecía; quiso echarse en sus brazos, huir con él hacia la vida, hacia el porvenir, dejar todo atrás como una pesadilla, pero no pudo. La imagen de su padre agonizante pasó por su mente. Si se iba no lo vería morir.

—¿Te vienes o te quedas?—volvió a preguntar Andrés.

La doncella, con una voz profundamente triste, murmuró:

—Me quedo.

Andrés salió. Elena se quedó mirando atónita aquella puerta que tras él se cerraba para siempre. Después sintió que los oídos le zumbaban, que la vista se le obscurecía. Dió un gemido y se desplomó, rígida y yerta, como si hubiera sido herida de muerte.

La llevaron a su alcoba y la acostaron en su camita blanca y angosta de virgen.

El sacerdote lloraba, lloraba, ¿por qué?

XV

COSAS HUMANAS

Poco después, Andrés partía solo para México.

Cuando Elena volvió en sí, se levantó absorta, aturdida, sin poder coordinar sus ideas; sin darse aún cuenta de la rápida tormenta que había destruído en un instante sus ilusiones. Aturdida, convulsa, inconsciente aún, se fué a la alcoba de su padre. El anciano acababa de morir. Ante aquel tremento choque, su cerebro recuperó toda su lucidez. Comprendió de un golpe la inmensidad de su desventura. Se abrazó a aquel cuerpo adorado y yerto, y lloró como no tenía idea de que se puiera llorar en la vida.

Andrés volvió a México desesperado, pero decidido a no reconciliarse con su novia. Como todo celoso, como todo colérico, de un grano de arena había hecho una montaña. Donde sólo había un repliegue había forjado un abismo.

Las dos contestaciones de Elena, que sólo demostraban la divina sumisión de su carácter, su sólida virtud, eran recordadas por él como un delito, como un ultraje supremo.

Oía aquella débil voz que decía «me quedo», pero no oía a aquella pobre alma que lloraba, no comprendía todo lo que

había de grande, de santo, de heroico, en aquella sencilla respuesta.

Para él no se había quedado por filial cariño, ni por la honesta rectitud de su carácter; para él se había quedado por el violento antojo que aquel fraile le había inspirado. Y una vez en el camino de las torpes suposiciones acumulaba cieno y más cieno sobre aquella reputación sin mácula. Fué injusto con la mujer que tanto había amado. Olvidó sus grandes ojos serenos, en donde su alma honesta irradiaba tranquila. Olvidó aquella frente pura que él no se había atrevido jamás a tocar con sus labios. Aquellas mejillas que se teñían de rubor con solo que él las mirase. Aquella irradiación invisible en que aquel cuerpo sano y casto se envolvía, como en una aureola, como en un baño de luz.

La cólera y los celos traen siempre dos horribles compañeras: la ceguedad y la injusticia. Andrés, lo repetimos, fué injusto.

Como él no era puro, como traía en sí los resabios de tantas concupiscencias, no creía que los demás pudieran ser puros. No se vive impunemente en el libertinaje. Cada acto impuro deja en el alma su ponzoña. Los sedimentos que los fáciles placeres habían dejado en aquel sér se levantaban y empañaban la dulce y pura imagen de la que había sido su prometida.

Se había creído curado cuando había visto llegar hacia él aquella doncella. Creyó que aquellos ojos inocentes; que aquellas manos benditas, lo habían purificado para siempre. Se equivocaba. El cieno quedaba

aún; quedaba muy en el fondo de su sér y a la primer tormenta salía a la superficie.

Su ceguedad fué tal que no comprendió que él era quien había ofendido a aquella familia en sus más caras creencias. Que había atropellado, en una casa extraña, a una persona que era para aquellas gentes un representante de Dios. No se dió cuenta de que él en su jacobinismo había sido tan fanático como aquella familia en su catolicismo. No convino, ni siquiera una vez, en que de él debía partir la reconciliación.

En tanto Elena, que era inocente, se creía culpable. Llevada de la humildad innata de su carácter. Instigada por su inconsolable tristeza, escribió a Andrés una carta extensa y leal. Le relataba la verdad de los hechos y le decía con sincera angustia que se moría sin él.

Aquella carta habría disuelto la cólera de Andrés.

La muchacha cometió un error; un error que debería llorar mucho. Mostró al sacerdote la carta y le pidió su opinión. El sacerdote no era malo, pero tampoco era un santo. Llevaba en sí, como casi todos los seres humanos, su dosis de amor propio. Lo que había en él de sacerdote, no había logrado aún matar lo que había en él de hombre. El sacerdote perdonaba las ofensas de Andrés, pero el hombre las recordaba. Como sacerdote veía en Elena una hija y deseaba que fuera dichosa; como hombre veía en ella a una mujer, con todas las seducciones de su virginidad intacta, y le dolía entregársela a otro

hombre. En esto no había culpa; ¡qué culpa puede haber en que un hombre sea hombre!

El sér humano está formado de materia y de espíritu. Es una bestia que lleva en el cerebro a un dios. La aspiración del sacerdocio entraña una grandeza admirable. Es el anhelo de elevarse y de elevar a la Humanidad hacia la Divinidad. ¿Es recto el camino que siguen? ¿Es seguro el éxito? ¿No sería mejor santificar los afectos humanos que huir de ellos? ¿No sería mejor ennoblecer el amor que destruirlo? ¿No sería mejor hacer del matrimonio un sacramento, del hogar un santuario; buscar en el amor permitido la fortaleza moral y no exponerse, huyendo de él, a caer en el fango de los amores prohibidos?

Dejo al lector las respuestas de estas preguntas y sigo mi narración.

Cuando el sacerdote hubo leído la carta dijo:

—Hijita, ya que deseas mi opinión te la daré. No mandes esa carta. Puesto que eres inocente ¿de qué te disculpas? No es honesto en una joven rogar a un hombre. Empezará por no creerte y acabará por insultarte. No, no la mandes. De él debe venir la reconciliación. Si te ama de veras lo hará. Espera, espera. Rompe esa carta.

La muchacha suspiró hondamente; los ojos se le llenaron de lágrimas y rompió lentamente la carta.

Entretanto, Andrés pensaba que si Elena era inocente le escribiría y esperaba,

esperaba, ansioso, febril. Contó a su madre las cosas, según el cristal porque él las veía.

Cuando le aseguró que había encontrado al clérigo abrazando a Elena, la anciana se quedó atónita. En su conciencia recta y candorosa hubo un estremecimiento. No dudó de la veracidad de lo que le decía su hijo, y resolvió no escribir a Elena, ni aun para darle el pésame por la muerte de su padre.

Andrés partió para su hacienda. Poco a poco empezó a calmarse. La vida del campo lo tonificaba. Tomaba interés por todas las faenas rurales. Hacía grandes correrías por las selvas, sin rumbo fijo, buscando en el ejercicio físico alivio para la inquietud de su espíritu.

Por las noches solía ir a charlar a la casa de su administrador: el señor don Joaquín González. Era aquel señor una buena persona. Su tipo y sus modales denotaban una cuna decente. Tenía alguna instrucción. Era laborioso y honrado. Todas aquellas cualidades le habían granjeado la voluntad de Andrés. Pero lo que más le agradaba, por lo que más lo buscaba, era porque era tan jacobino como él y podía darse el gusto de hablar a su sabor cuanto su despecho le sugería contra la religión.

Don Joaquín era viudo y casado en segundas nupcias. Su primera esposa había muerto al dar a luz a su primera hija. Aquella niña, que había sido la causa inconsciente de la muerte de su madre, te-

nía ya veinte años. Se llamaba Josefina. Era admirablemente blanca y hubiera sido admirablemente bonita si alguna animación, si algún destello de vivacidad o de calor hubiera iluminado sus facciones. Su belleza tenía la perfección y la frialdad de una estatua. Era impasible, silenciosa, tímida, casi huraña. Su padre la trataba con indiferencia, su madrastra con crueldad, sus hermanas con altanería. Ella callaba, callaba siempre, procurando ocupar en la casa el menor lugar posible. Ayudaba con silenciosa resignación a los criados en todas las faenas domésticas.

Era una excelente ama de casa. Desde el corral hasta la sala recibía su constante vigilancia. Desde muy niña había vivido en el campo. Su instrucción era enteramente rudimentaria. No sabía qué platicar a las personas, pero charloteaba de lo lindo con las bestias.

Las hijas del segundo matrimonio, eran dos. Petra y Juliana. Poco menores que Josefina. Hacían un gran contraste con ella, porque eran muy trigueñas y muy parlanchinas. Se habían educado en un colegio de monjas. Hablaban de todo, de lo que entendían y de lo que no entendían. Cantaban a dúo sentimentales danzones. Se creían muy instruídas y muy cultas. No perdían la ocasión de llamar tonta a Josefina.

Cuando el patrón llegaba se tropezaban por atenderlo. Iban y venían, sofocadas y contentas, adivinando sus pensamientos, previendo sus deseos.

Algunas veces Josefina entraba también a la sala cuando estaba el patrón de visita. Saludaba con suma cortedad y se sentaba en el lugar menos ostensible, permaneciendo ahí impasible, silenciosa, casi inmóvil.

La situación de aquella muchacha le daba lástima a Andrés. Sus mejillas palidísimas, su aspecto de anémica, su aire desencantado y silencioso, lo enternecían.

Así las cosas, uno de tantos días, se anunció en el despacho de Andrés un representante de una gran casa de la capital compradora de semillas. Entró al despacho; él y el señor Fernández de Lara hablaron extensamente de negocios, y se pusieron de acuerdo sobre algunas operaciones.

El representante en cuestión era un hombre de una charla interminable. Entre otras cosas, contó que había hecho muy buenas operaciones en Zamora, Uruapan y Pátzcuaro.

—¿En Pátzcuaro?—dijo Andrés vivamente.—¿Hace mucho que estuvo usted allá?

—Ocho días a lo sumo, mi señor, ¡y qué pueblo más poético! Estuve por allá medio mes. Hice muy buenas operaciones.

—¿Conoció usted, por casualidad, a una familia Iriarte?—preguntó Andrés.

—¡Que si la conocí! ¡pues ya lo creo! Compré a la viuda todas las existencias de una bodega que tenía su esposo, que hace poco murió. Con ese motivo estuve varias veces en la casa. Por cierto que tiene una hija encantadora. Un verdadero

bocado de cardenal. Se llama Elena. (Andrés casi no respiraba). ¡Ah, señor mío, pero qué lástima, qué lastima! Es una mochita de primer orden. No sale de la iglesia. En su casa siempre encuentra usted frailes. Sobre todo un frailecillo español. No es bueno juzgar por las apariencias, pero...

—¿Pero qué, qué?—exclamó Andrés.

El representante bajó la voz, guiñó los ojos con malicia, y dijo:

—A mí se me hace que el frailecillo español y esa señorita se entienden. Tienen citas en el Monte Calvario. Lo descubrí casualmente.

—Basta, basta—rugió Andrés.

El representante se quedó atónito.

Andrés se levantó y dijo brevemente:

—A la tarde terminaremos nuestros asuntos.

El representante se salió sin saber qué pensar.

Andrés se encerró en su despacho; y ahí, desesperado y solo, rugió como un león y lloró como un niño.

Una idea vengativa y cruel pasó por su cerebro. Y, como era hombre de resoluciones rápidas y definitivas, quiso ponerla en el acto en ejecución. Tocó el timbre. Abrió la puerta. Vino un criado. Le ordenó que llamara al administrador. El administrador entró, y Andrés, sin más preámbulos, con voz breve y ligeramente convulsa le dijo:

—Señor González, tengo el honor de pedir a usted la mano de su hija Josefina.

El pobre señor González creyó que no había oído bien, se puso a temblar, sintió que le zumbaban los oídos.

—¿Qué dice usted, señor?—preguntó tímidamente.

—¿Qué tengo el honor de pedir a usted a su hija Josefina en matrimonio—respondió afirmando la voz.

—Perdone usted, señor—balbuceó el empleado.—Estoy tan turbado, tan emocionado. Es un honor tan grande el que usted se digna hacernos.

—¿Consiente usted, pues?—preguntó el patrón.

—Sí, sí, señor, por supuesto. Pero debo advertir a usted que mi pobre hijita es una niña enteramente inculta. Tal vez no hará un buen papel a su lado.

—Es bonita y honesta. Eso me basta—dijo el patrón.—¿Consiente usted, pues?

—Sí, sí, señor, por supuesto.

—Gracias—dijo Andrés y, tras de un intervalo, añadió.—Suplico a usted que hable con ella y me comunique su resolución.

El señor González salió, trastravillando, rojo de emoción y de alegría.

Mientras aquel buen hombre corría a su casa a darles la buena nueva, Andrés solo en su despacho exclamaba:

—Aquellos bribones deben estar condoliéndose de mí. ¡Qué bofetada, qué bofetada tan bien dada les voy a dar con mi matrimonio!

Y todo su rencor, todos sus torpes celos, se explayaban en aquella frase, que repetía con sombrío placer.

El administrador entró en su casa, sofocado, ahogándose.

—¿Qué te pasa?—preguntaron las hijas inquietas.

—El patrón, el patrón, el señor Fernández de Lara...

—¿Qué, qué, qué?—decían las muchachas azoradas.

—El patrón me acaba de pedir la mano.

—¿De quién?—preguntaron ansiosamente las dos menores.

—De Josefina—dijo el padre.

—¿Mi mano?—exclamó la muchacha, y, por primera vez en su vida, la emoción iluminó aquel rostro impasible.

—Supongo que consentirás—dijo el padre.

La muchacha sintió la sensación de quien ha estado encerrado largo tiempo y ve de pronto abrirse, de par en par, las puertas de su cárcel. Se vinieron, en tropel, a su imaginación las constantes humillaciones que la hacía sentir su madrastra. Su vida solitaria, obscura y laboriosa, siempre compensada con injustas reprimendas. ¡Salir de aquella casa, no sentir ya la hostilidad de la madrastra y de las hermanas, ni la frialdad del padre! ¡Ser amada! ¡ser amada! ¡Ella que nunca había sido amada! Una gran luz interior iluminó su sér entero. Sintió por primera vez en la vida una inmensa alegría. Y con voz lenta y dulce murmuró:

—Sí, padre, consiento.

Entre tanto, en el lejano pueblo, Elena se moría de tristeza. Esperaba, esperaba, en vano, la carta de Andrés. La carta no llegaba. Cada vez que el silbato anuncia-

ba el tren de pasajeros, se estremecía de esperanza. Ese tren me traerá su carta, pensaba. Y esperaba diariamente al cartero en la puerta. El cartero pasaba. «¿No hay nada para mí?—preguntaba». «Nada, señorita». El cartero se iba, se iba, y Elena, con los ojos llenos de lágrimas, se dirigía al templo. Era ahí el único lugar donde sentía algún consuelo. Como si aquel santuario místico y desierto; como si todas aquellas cosas inmóviles e inertes, le prestaran algo de su serenidad.

Como vemos, el agente no había mentido. Elena iba mucho al templo; pero no iba, como él había dado a entender, guiada por el torpe antojo de una fanática por un clérigo. Iba guiada por algo más profundo, por algo más humano; por el natural anhelo que siente el alma de buscar a Dios, cuando las ilusiones de la tierra se le desmoronan entre las manos.

El sabio en sus dolores levanta los ojos; el ignorante los levanta también. Uno los sumerge en ese abismo insondable que se llama cielo; el otro los sumerge en ese abismo formidable que se llama Dios.

El sabio y el ignorante, ante las amarguras humanas, sienten la misma aspiración. La expresan según su inteligencia, pero en el fondo es la misma aspiración. ¡Infeliz del que nunca ha amado! ¡Infeliz también del que nunca ha llorado! Porque sólo a través del amor y de las lágrimas se comprende la grandeza del cielo, la inmensidad de Dios.

Era también cierto que a la casa de Elena iban sacerdotes. Era cierto que iba a

menudo el sacerdote español. Pero, ¿qué podía hacer ella para impedirlo? ¿Era acaso el ama de la casa? ¿Podía mandar quizá sobre su madre y sobre sus tres tías fanáticas?

Evitaba hablar con el padre español; pero no pudo evitar que una vez la casualidad los uniera por breves instantes en el Monte Calvario; en aquella colina en donde ella y su amado habían saboreado las dulzuras de su último paseo. Elena iba ahí a menudo, buscando el triste consuelo de torturarse con los recuerdos. Iba sola, sintiendo que cualquier compañía le era inoportuna. El clérigo se dirigió también ahí una tarde. ¿Fué por casualidad? ¿Fué con la idea de encontrarse a solas con la doncella? ¡Quién sabe! El agente que por ahí se paseaba los vió juntos. Y ese dato le bastó para afirmar que tenían citas en el Monte Calvario.

Esto parece increíble, parece injusto, parece criminal y, sin embargo, ¡con qué frecuencia se emiten juicios tan ligeros! Nosotros mismos, quizás, alguna vez, hemos juzgado por las apariencias y, tal vez sin saberlo, hemos manchado una honra, destruído una dicha, matado una fe. Quizás lo hemos hecho sin dolo, sonriendo, con la frívola inconsciencia de un niño que desgarra las frágiles alitas de una mariposa.

XVI

SE AHONDA EL ABISMO

Los preparativos para la boda se hicieron a gran prisa. Se convino en que el matrimonio se efectuaría en la hacienda, en la gran casa vetusta y señorial de la familia Fernández de Lara.

En la casa del administrador todo era ruido y contento. Todos hablaban a un tiempo y hacían inacabables comentarios. La inquina de la madrastra para Josefina había aumentado. Encontraba injusta la elección que Andrés había hecho, pero reprimía su cólera, como Petra y Juliana reprimían su envidia ; y rodeaban a Josefina de atenciones que jamás habían tenido para ella.

El patrón iba todos los días, al anochecer, de visita. Petra y Juliana salvaban la situación con sus charlas y con sus canciones. Gracias a ellas no se hacían notables la frialdad de la novia y el mutismo del novio.

Se aproximaba el día de la boda sin que, aquellos dos seres que iban a unirse para

toda la vida, se hubieran cambiado una palabra de amor.

Algunas veces Andrés solía decir a su novia:

—Es usted muy hermosa, hará muy buen papel en México, a mi lado. Quiero que sea usted la más elegante, la más admirada. Haré que los periódicos encomien constantemente su belleza y su elegancia.

Petra y Juliana palidecían de envidia. Josefina sonreía, sonreía, dichosa, sin sospechar, siquiera, que iba a ser el inocente instrumento de una cruel venganza.

Como se había hecho mujer sin dejar de ser niña, conservaba la ingenuidad candorosa de una chiquilla, y soñaba en su matrimonio como en la realización de un cuento de hadas. Como había vivido siempre en la estrechez, y en el deseo de todo, le parecía que la suprema felicidad consistía en ser rica, y esperaba, esperaba su matrimonio, con el ansia curiosa con que un niño espera una comedia de magia.

Desconocía por completo el mundo y sus pasiones. Jamás había leído una novela, ni asistido a un teatro, ni conocido una ciudad. Sus únicas amistades habían sido las bestias y las flores. Se había dado cuenta de la Belleza, contemplando absorta el horizonte. Había adivinado a Dios, viendo a las semillas convertirse en árboles y estallar en flores. Había comprendido el amor viendo a las golondrinas perseguirse en el cielo y a las palomas besarse en la tierra. A aquella niña grande le había enseñado la naturaleza lo que a otras niñas

les enseñan las novelas que leen a hurtadillas. Como la naturaleza es pura, como los animales son castos, había comprendido sin bochorno las leyes sagradas de la reproducción.

Se pasaba horas enteras en el corral, absorta ante los misterios de la fecundidad. Su deleite mayor era ver a las aves formar sus nidos y empollar sus huevos. Cuando tenía echada una gallina se embelesaba viéndola esponjar las alas, ahuecarlas, con infinitas precauciones, sobre los níveos huevos. Veía asombrada surgir la vida de aquellas yemas doradas y de aquellas claras transparentes. Con religioso estupor presenciaba el prodigio de ver convertirse, con solo la magia del calor materno, aquella masa inerte, aparentemente sin vida, en plumas sedosas, en piquitos sonrosados, en ojitos brillantes, en un sér vivo, en un adorable polluelo. Y miraba con ternura a aquella gallina, antes tan bullanguera, que, desde que se había consagrado al deber de ampollar, ya no correteaba por el corral, cacareando alegremente, picoteando la yerba, revolcándose en la tierra, sacudiéndose al sol, siguiendo coquetuela y alegre al sultán del gallinero, al gallo arrogante de plumas tornasoladas; sino que permanecía, días y más días, en el nido, atenta y vigilante, como si comprendiera que la vida iba a surgir bajo sus alas. Y después, cuando los polluelos empezaban a romper el cascarón, cuando el prodigio acababa de efectuarse, ¡con qué delicadeza picoteaba los huevos ayudando a los polluelos

a salir! Y luego, ¡cuánta ternura protectora! ¡qué infinitos cuidados para proteger a aquellas vidas que palpitaban bajo sus alas, para no lastimar a aquellos polluelos que se acurrucaban entre sus plumas! ¡Y qué ufana salía de su nido seguida de la graciosa parvada! ¡Con qué constante vigilancia cuidaba de que ninguno se apartara de su lado! ¡Con qué abnegada solicitud hacía que ellos tomaran los mejores alimentos! ¡Con qué maravilloso instinto, apenas se enfriaba el día, se metía con ellos al tibio nido y los cobijaba bajo sus alas!

La maternidad se le presentaba a cada instante, bajo sus manifestaciones humildes y sagradas. Veía a su vaca, volver ansiosa del campo; oía desde muy lejos los mugidos con que llamaba a su cría; la vía acercarse con ansiosa ternura a su ternerito y acariciarlo con su lengua áspera y sonrosada.

Esas eran las cátedras que Josefina recibía de la naturaleza. Se grababan hondamente en su alma blanca como nieve inhollada.

Una vez oyó decir que en las grandes ciudades había asilos para los niños abandonados. No comprendió, hubo de explicárselo. Se quedó pensativa. ¿Era eso posible? ¡Había, pues, en el mundo mujeres que debían avergonzarse ante las bestias!

Esa era la doncella a quien el señor Fernández de Lara iba a dar su nombre. Era una niña inculta. Sabía leer y escribir; pero jamás leía, ni escribía jamás. Se abu-

rría ante un libro y se quedaba extática ante una planta en flor. Era pura como la naturaleza en medio de la cual se había criado. Sus ojos azules tenían la serenidad impasible del cielo. Su alma núbil tenía la luminosa transparencia de la luz.

Se llegó el día de la boda y aquella pobre niña entró en el gran salón de la casa señorial, cohibida, deslumbrada, absorta; pero llena de confianza y de fe.

Los arreglos y preparativos matrimoniales habían sido tan rápidos, la hacienda estaba tan alejada de los centros, que casi nadie se dió cuenta de ellos. Angelita lo supo un día antes de efectuarse el enlace por una carta cariñosa y breve de Andrés. Se quedó estupefacta. Y en el acto se puso a garrapatear una contestación llena de tiernos reproches y de maternales consejos.

XVII

DOS ALMAS QUE LLORAN

En tanto, Elena, ignorante de todo, esperaba, esperaba con la ciega confianza que da el amor. El ansia de la espera se había convertido, al fin, en una angustia tan grande, que un día, sintiéndose morir, se resolvió a escribirle a su amado. Su carta era muy extensa. Vació en ella toda su alma. La verdad y el cariño vibraban en cada palabra como una luz. Daba en ella una explicación de los hechos que tanto los habían torturado y terminaba con estas tres palabras que escribió en medio de una explosión de llanto: «Te adoro, perdóname, ven».

Leyó muchas veces la carta, cerciorándose de que nada faltaba, de que no había ni un solo detalle que hubiera sido suprimido.

Aquella vez con nadie consultó; y, temblando de emoción y de esperanza, la depositó ella misma en el correo.

Desde aquel instante no tuvo más que una sola idea; más que un solo pensamiento: recibir la respuesta.

Tenía la certeza de que Andrés le contestaría a vuelta de correo. Quizás, se decía con un orgasmo que la ahogaba, vendrá él mismo.

Los días pasaban y su orgasmo aumentaba y la fiebre de la espera era tan intensa que la hacía sufrir. Cada vez que tocaban la puerta corría a abrir temblando de emoción, creyendo que era el cartero, el buen cartero, que, sonriendo, comprendiendo que le devolvía la vida, sacaba de su gran bolsa de cuero la carta esperada.

Al fin, cinco días después de aquél en que ella había puesto su carta en el correo, tocaron a la puerta; corrió ella a abrir y el buen cartero sacó de su gran bolsa de cuero un ancho sobre lacrado en la que ella, sintiéndose morir de alegría, reconoció la letra de Andrés.

Entró a su cuarto; sus manos trémulas rompieron el sobre y sus ojos, inmensamente abiertos, vieron que era una esquela impresa que decía: «Andrés Fernández de Lara y Josefina González de Fernández de Lara, participan a usted su efectuado enlace, y se ofrecen a sus órdenes en la ciudad de México, Paseo de la Reforma, 2106.

Elena abrió la boca, sintiendo que se ahogaba; extendió los brazos sintiendo que se hundía y cayó al suelo sin sentido.

¿Qué había pasado? Una jugarreta del destino. Si Elena hubiera mandado la carta directamente a la hacienda hubiera llegado a tiempo, pero la mandó a la capital, de donde la reexpidieron para la hacienda. Debido a esto aquella carta que debería haber cambiado tres destinos había llegado demasiado tarde. Había llegado pocas horas después de efectuado el enlace. Horas después de que Andrés, para

satisfacer sus deseos de venganza, le había enviado la esquela de matrimonio. Había llegado en las primeras horas de la noche, cuando ya todo estaba sumido en el reposo y en la sombra; cuando Josefina, la núbil desposada, esperaba al esposo en la alcoba nupcial.

¡Pobre niña! ¡pobre virgen! Después de una cena silenciosa Andrés le había indicado cual era su alcoba y le había dicho que lo esperara ahí, mientras él ojeaba la correspondencia que acababa de llegar. Y ella, confusa, trémula, sintiéndose invadida de tristeza y de miedo, entró sola en la alcoba nupcial. Durante un rato sus miradas vagaron por la espaciosa estancia. Después se posaron inquietas en la ancha cama matrimonial.

De pie, en medio de la alcoba, esperó largo rato. Creía que la puerta no tardaría en abrirse, que su esposo no tardaría en llegar, pero la puerta permanecía cerrada; el esposo no se daba prisa en entrar.

No sabiendo qué hacer se acercó a la ventana y la abrió.

Era una noche de luna, de luna llena. Una noche tranquila, tibia, embalsamada.

El paisaje resurgía vagamente de aquel baño de luz. Resurgían los árboles del huerto, los maizales, las torrecillas del templo, las pobres cabañas de los peones; y a lo lejos, muy a lo lejos, en una lejanía que la luz de la luna volvía quimérica, se adivinaban las crucecitas santas del cementerio.

Había en la naturaleza una inmensa paz,

un silencio inmenso. De la campiña y del huerto subía, como una tenue nube de incienso, el perfume de las flores y el vaho de la tierra húmeda y fecunda.

La luz de la luna plateaba las copas de los árboles, se filtraba por entre sus movibles ramazones y llenaba el huerto de poesía y de encanto.

La desposada permanecía inmóvil en la ventana. Era tan blanco su rostro, era tan blanco su traje, era tan blanca la luz de la luna que la bañaba, eran tan vagos sus contornos, tan vaporosa su túnica, tan inmóvil su actitud, que más que una figura real parecía una aparición, un rayo de luna que tomaba forma, algo irreal hecho de quimera y de ensueño.

La virgen esperaba. Subían hasta ella los ruidos vagos y misteriosos de la noche. Rumor de hojas, batir de alas, arrullo de palomas, susurro del viento, melodiosa música del río. Mil y mil rumores, vagos, indefinibles, de las palpitaciones augustas de la naturaleza dormida.

Las miradas de la virgen se posaron en el estanque. Sus aguas eran tan claras que el cielo se reflejaba en ellas como en un espejo de cristal.

Bajo los árboles se oyó un rumor. Era un rumor de voces humanas, un rumor quedo y ardiente. Josefina se fijó en el lugar de donde venía y vió a un mozo y a una moza del pueblo que, creyéndose solos, se besaban. El apagado rumor de aquellos besos llenó a la virgen de confusión. Las actitudes ardientes de aquella pareja de labriegos fueron para ella una revela-

ción. Empezó a comprender que ella no era amada. Una tristeza inmensa invadió su alma. Sintió que de nada le servía vivir en aquella soberbia mansión, ni vestir aquel lujoso traje, ni ocupar aquella linda alcoba, si no era amada. Presintió el amor, presintió sus dichas infinitas, sus infinitas ternuras, y sintió envidia de aquella pareja de aldeanos, en cuyos corazones se reflejaban, como en las aguas del estanque, el firmamento, el infinito. Se sintió abandonada, se sintió sola. Sus ojos buscaron en la vaga lejanía del horizonte las crucecitas santas del cementerio ; de aquel humilde cementerio en donde estaba sepultada su madre. Su alma evocó la cara imagen y dos lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas.

En la estancia contigua se oyó un rumor indefinible. Josefina pensó que era su marido que llegaba. Se acercó a la puerta y la abrió tímidamente. Nadie había llamado. Sus ojos asombrados vieron a Andrés en el fondo de la alcoba sollozando amargamente sobre una carta abierta. ¡Era la carta, la pobre carta de Elena, que acababa de llegar a su destino!

Josefina creyó que se trataría de alguna mala noticia de familia. La pura fuente de ternura que aquella pobre niña tenía en el corazón brotó dulcemente. Avanzó hacia su esposo. Su alma ignorante y buena se estremecía en sus ojos. Su actitud era dulce y sumisa. Nada pedía ni exigía nada. Se ofrendaba con la obscura inconsciencia conque una esclava se ofrenda a su señor. No adivinaba, ni pre-

sentía el drama. No comprendía el papel que se le había hecho representar. Su maestra había sido la naturaleza, y esa maestra augusta no le había enseñado ni la mentira, ni el doblez. Avanzaba tímidamente. Andrés volteó y la vió. Se sintió abochornado y molesto de haber sido sorprendido durante aquella crisis. Levantó su altanera cabeza y, sin conmoverse ante la actitud cohibida de su esposa, exclamó con áspero acento:

—Te ruego que jamás entres a mi cuarto sin anunciarte.—Hizo una pausa y añadió con acento más suave:—Es tarde, ve a acostarte, hasta mañana.

Josefina tartamudeó una excusa y volvió lentamente a la alcoba nupcial desierta y fría.

Aquella noche, y otras muchas, saboreó en la señorial alcoba las amarguras de la soledad y del abandono. Se pasaba la mitad de la noche sentada frente a la ventana abierta, extática frente al cielo estrellado; absorta ante la calma inmensa de la naturaleza. Llegaban a ella, confundidos en un mismo rumor dulce y lejano, los cantos misteriosos de la naturaleza dormida y el cuchicheo ardiente de la pareja de labriegos que seguían amándose junto a las aguas cristalinas del estanque.

En sus ojos candorosos había tristeza y asombro. Su alma inocente y divinamente ignorante se preguntaba: ¿Esto es el amor? ¿Esto es el matrimonio? Y el aliento embalsamado de la campiña, el arrullo de las avecitas en sus nidos; el rumor de los besos de la pareja de campesinos,

contestaba dulcemente, quedamente, suavemente:

Amor es misterio, fragancia, poesía. Amor es dulzura, intensa armonía... Amor forma los astros que esplenden en los cielos. Amor forma los nidos que cuelgan en las ramas. Amor abre las flores al beso de las brisas. Amor fecunda mundos al beso de los soles. Amor forma y transforma. Convierte noche en día. Hace luz de la sombra, de la prosa poesía... Amor une a los seres; y al beso del cariño, hace del hombre un niño, hace del niño un hombre. La mujer que ama es ángel. El hombre que ama es bueno... Cuando los dos se unen... Cuando los dos se besan... Cuando los dos confunden sus almas y sus labios, dejan de ser humanos; se convierten en dioses; se tornan en creadores; se vuelven inmortales...

Esto decía la voz vaga y dulce de la noche. La virgen escuchaba mirando absorta el horizonte. Su alma estaba llena de tristeza y de confusión.

XVIII

SUPREMA IMPLORACION

La vuelta de Elena a la vida, había sido en realidad la vuelta a la muerte. Su dolor no conocía límites, ni admitía consuelo. Toda compañía, toda palabra le era odiosa.

Se sentía fuera de la vida. Se sentía sola, inmensamente sola. Comprendía que su porvenir, que su dicha, habían sido para siempre sepultados.

Durante la noche vagaba, como una sombra, por los obscuros corredores de su casa. Durante el día se alejaba al azar, sin rumbo fijo, con la obscura inconsciencia de una sonámbula. Se alejaba con una sola idea: la de buscar un lugar solitario en donde dar rienda suelta a su inconsolable dolor.

Una tarde, precisamente la del cuarto día del matrimonio de Andrés, se encaminó hacia Tzitzuntzan. Quiso atravesar en la misma lancha aquel lago que con él había atravesado. Quiso recorrer sola aquellos lugares que había recorrido colgada de su brazo.

—Espérame aquí—dijo el barquero al llegar a la orilla.

Descendió de la lancha y se dirigió lentamente hacia el pueblo.

Entró en el antiguo cementerio. La tarde empezaba a declinar. Era una tarde infinitamente apacible. No había ni una nube en el cielo, ni una ráfaga de aire en la tierra. Todo parecía inmóvil. Todo tenía la mística quietud de una tumba. Todo tenía la tristeza infinita de una ruina. Elena se detuvo sobrecogida. Un espíritu invisible parecía salir de cada una de aquellas cosas muertas. Miró hacia todos lados con estupor, casi con miedo. Su alma llena de melancolía se puso a pensar en la vanidad de las cosas humanas. Al ver que a su alrededor, como dentro de su propio sér, todo se derrumbaba, todo iba entrando lentamente en el olvido y en la sombra, sintió que su alma se fundía con la Gran Alma Universal; que su dolor se confundía con el dolor que palpita en el fondo de todas las cosas humanas. De aquella desolación, de aquellas ruinas, surgía una inmensa verdad: lo efímero de todas las cosas y de todos los afectos.

Veía a su alrededor. De aquel gran pasado, de aquella gran ciudad, capital del reino Tarasco nada quedaba ya. La huella que habían dejado ahí los conquistadores hispanos se iba también borrando poco a poco.

El convento se venía abajo. Los olivos estaban casi muertos. Los nichos estaban vacíos. Sobre las tumbas no había ni lápidas, ni cruces, ni ofrendas. ¿Quién podría saber los nombres de aquellos que ahí habían sido enterrados?

El olvido y la sombra se iban posesionando de todo. La tierra iba reconquistan-

do sus derechos. Todo era polvo y todo volvía lentamente al polvo.

La luz se hizo en su cerebro. Comprendió que no debía aferrarse a nada; porque nada podía ser verdaderamente suyo. Comprendió que entre todos los afectos, que entre todos los amores, que entre todos los sueños, se levanta un espectro formidable: la muerte. Comprendió que aferrarse a lo humano, querer volver eterno lo transitorio, es aferrarse al dolor.

Levantó los ojos al cielo, miró fijamente al sol, y se preguntó ansiosa: ¿También eso es efímero? ¿También eso es transitorio?

El alma le respondió con su voz insonora: «También los soles y los mundos pasan. También los soles y los mundos mueren».

¿Qué hay entonces verdadero? ¿Qué hay entonces eterno? se preguntó anhelante, y, por respuesta, la voz insonora llenó su mente con una palabra estupenda: DIOS.

Agobiada por tantos pensamientos se sentó en el tronco agrietado de un viejo olivo. Cerró los ojos, inclinó la cabeza y la apoyó sobre una de sus manos. Meditaba. ¿Cuánto tiempo pasó? ¡Quién sabe! Cuando se medita, el tiempo es lo que realmente es: un instante inmutable.

En el desierto cementerio resonaron unos pasos, unos pasos que Elena conoció. Levantó la cabeza, abrió los ojos, miró. ¡Era Andrés!

Se puso de pie como galvanizada, y un grito inarticulado, indescriptible, convulsionó su ser entero.

Durante un largo rato ni él ni ella supieron qué decir. Se miraban embargados, absortos, alucinados.

El fué el primero en romper el silencio.

—Elenita—dijo con la voz ronca por la emoción,—recibí tu carta demasiado tarde. No quise contestártela, desde el primer momento en que la leí pensé venir.

—¿A qué?—preguntó ella con una voz apenas perceptible.

—A darte una explicación de mi conducta—contestó Andrés.—Debo decirte que no te he sido infiel, que no he dejado ni un instante de amarte.

—Cómo puedes decirme esto, si te casaste.

—Me casé porque tenía desesperación, rabia, porque quería vengarme de ti.

—¡Vengarte de mí! ¿Qué te había yo hecho?—murmuró Elena.

—Una persona que estuvo acá me aseguró que tenías relaciones amorosas con el fraile español.

—¿Pudiste creerlo?

—Sí, lo creí. Perdóname. He sido cruelmente castigado.

—¡Castigado! ¿Por qué? Supongo que tu señora será hermosa y buena.

—Sí, es hermosa y es buena, pero no la quiero. Su presencia me fastidia. Su fría belleza de estatua me encoleriza. No la quiero. Te juro que no la quiero. Te juro que no le he dado aún el primer beso, te juro, solemnemente, que no se lo daré jamás.

—¿De veras, de veras?—exclamó Elena, y por sus ojos pasó una chispa fugaz de egoísta alegría.

Andrés dijo con su voz pastosa y grave:

—De veras, te lo juro. Mira, te quiero a ti mucho más de lo que yo mismo pensaba; mucho más de lo que yo había imaginado que me fuera posible querer. Eres mi tormento. Llenas toda mi alma, llenas todo mi pensamiento. Sin ti no comprendo la alegría de una caricia, la embriaguez de una mirada, el éxtasis de un beso. Cuando te apareciste en mi camino, me pareció que todo a mi alrededor se iluminaba; cuando te alejastes de mí sentí lo mismo que si hubiera cegado. Me pareció que me quedaba para siempre en tinieblas. En este mismo momento no te veo más que a ti, como si el mundo fuera un inmenso vacío en el que sólo tú existieras. Todas las maravillas del Universo no valen para mí nada junto a tus ojos. No te veo más que a ti como si fueras una radiante luz en medio de una tenebrosa noche. Tu recuerdo llena totalmente mi vida. Lo llena de tal modo que no pienso más que en ti. Constantemente repaso en mi memoria todos los episodios de nuestra novela de amor. Desde el día que te conocí. ¿Te acuerdas? Era un crepúsculo gris y lluvioso. Estabas junto a mi madre. Tu carita, tu carita ahora tan pálida, tenía los tintes sonrosados de la aurora y las suavidades del terciopelo. Tu cabecita tenía movimientos de golondrina. En tus ojos reía la vida. Las líneas turbadoras de tu cuerpo cantaban un himno al amor. Tu actitud era honesta y cohibida. Tu frente estaba llena de adivinaciones. Tus labios sonreían. Estabas vestida de muselina clara. Olías a rosas

frescas, a salud, a violetas. Desde aquel instante no sé lo que me pasó, sentí que renacía, sentí que entraba en mi alma la primavera. Pero que... ¿lloras?—exclamó Andrés, viendo que los ojos de la que había sido su prometida estaban llenos de lágrimas.

La muchacha no pudo contenerse más. Se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar amargamente. Su dolor era sincero, profundo. Sus sollozos aumentaban la desolación inmensa del cementerio.

El la hizo sentarse, se sentó junto a ella. Tomó con ternura infinita su cabeza. Se la reclinó sobre el corazón y se puso a consolarla y a besarla como a una niña.

El amor hace prodigios, el amor todo lo purifica, todo lo engrandece. Aquel hombre ardiente, aquel hombre voluptuoso, tenía en sus brazos a la mujer que amaba más en la vida; la tenía en sus brazos en medio de una crisis de infinito dolor, de amor infinito; la tenía en sus brazos rendida, indefensa, y, sin embargo, sus palabras eran castas, devotas sus caricias, alados sus besos.

La acariciaba como a una niña. Su voz varonil tenía inflexiones de inmensa ternura. Sus labios tocaban apenas sus cabellos, rozaban apenas su frente.

La hizo quitarse las manos de la cara Aparecieron sus ojos negros, divinos, bañados de lágrimas. Andrés puso en cada uno de ellos un prolongado y dulcísimo beso.

Los dos callaban. El sol que se hundía tras las montañas los envolvía en sus últimos reflejos.

La campana del templo dió el toque de oración. Las iglesitas lejanas dieron una a una el místico toque. Elena se santiguó y rezó en voz baja la salutación angélica. El instante era dulce y solemne. En el cielo y en la tierra había una inmensa paz.

—Siento una tristeza intolerable—dijo Elena, después de un prolongado suspiro.

—No, no te aflijas, nuestro mal tiene remedio.

—¿Tiene remedio? Qué, ¿acaso no te casaste por la iglesia?—preguntó Elena, sintiendo que en su alma sonreía la esperanza.

—Desgraciadamente me casé por la iglesia y por lo civil.

—¿Entonces?—interrogó la doncella con hondo desconsuelo.

—¿Qué importa eso si me quieres?—replicó Andrés.—El matrimonio no lo hace la firma del juez, ni la bendición de un cura; el matrimonio lo hace el amor.

—¿Qué quieres decir?

—Yo tengo mi plan hecho. Verás. Me separo de mi mujer, le designo una pensión y...

—Y quedaríamos en la misma situación. Ni nuestras leyes ni nuestra religión no permitirían casarnos.

—Las leyes y las religiones son farsas convencionales—dijo Andrés.—El mundo es muy grande. Nos iremos muy lejos, adonde tú quieras, adonde nadie nos conozca. Te llevaré a tierras muy hermosas, a países muy cultos, donde es moneda corriente divorciarse y volverse a casar.

—A donde quiera que vayamos, irá con

nosotros nuestra conciencia. En donde quiera que nos ocultemos, escucharemos el reproche de Dios.

—No seas niña, Dios no existe.

—Cállate—exclamó la virgen,—no niegues a Dios frente a esta naturaleza augusta que está hablándonos de él; frente a ese Sol inmenso que es su imagen. No, no lo niegues, frente a mis lágrimas donde él se refleja, frente a mi conciencia donde él me señala el deber.

En su actitud y en su voz había recogimiento, unción. Aquellas palabras surgían de las más obscuras raíces de su sér, denotaban sentimientos hondamente arraigados, creencias atávicas, legendarias convicciones.

Durante largo rato Andrés se esforzó en violentar su fe, en torcer su recta conciencia. Todo fué inútil. Para Elena el matrimonio católico era indisoluble, y cualquier alianza que ellos formaran sería ilícita y reprobada por la sociedad y por Dios.

Obscurecía. Fué preciso pensar en el retorno. Se dirigieron hacia las márgenes del lago.

La lancha en que había llegado Elena se mecía suavemente en el agua. El barquero tirado, a lo largo, sobre la playa cantaba una monótona canción.

—¿En qué viniste tú?—preguntó Elena viendo que no estaba más que su barca.

Andrés respondió:

—Vine en una lancha de gasolina que despedí para que te vieras obligada a llevarme en tu barca.

—No me has dicho cómo supiste en dónde me encontraba.

—Te espié durante horas; te vi salir de tu casa, dirigirte al lago, te vi embarcarte, tomé un bote y te seguí.

El remero ocupó su sitio. Elena y Andrés se sentaron a su espalda.

La lancha empezó a bogar suavemente sobre las ondas. Anochecía. Las últimas claridades de la tarde se confundían con las primeras sombras de la noche. Se adivinaban en la penumbra blancas velas de barcos lejanos. Las montañas semejaban negros y gigantescos blocs de confusos contornos. Venus, la divina estrella vespertina, irradiaba en el Poniente. De trecho en trecho rojizas claridades rompían la sombra, denotaban el humilde y honesto hogar, la llama luminosa y caliente en torno de la cual se agrupaba la familia.

Elena dijo con lenta y suave voz:

—En torno de cada una de esas llamas hay un hogar, una familia. Si el divorcio existiera, como tú deseas, esos hogares se disolverían, perderían su santidad, su grandeza.

Andrés respondió:

—En todos los lugares de la tierra la familia tiene la misma grandeza, la misma santidad; no obstante que muchos de esos lugares existe el divorcio y no se practica la religión católica. La santidad de la familia, no viene de las leyes ni de las religiones humanas, viene de una ley y de una religión más alta, dimana de la naturaleza, radica en el genio de las especies. El verdadero amor será siempre san-

to. En sus manifestaciones no puede haber bajeza ni pecado. La maternidad será siempre augusta. Una madre rodeada de sus hijos es sagrada en todas partes del mundo, bajo todas las leyes, bajo todas las religiones. La trinidad augusta a que aspira el amor no puede ser reprobada. La naturaleza, que es salud y alegría, la bendice. La vida que comienza nos enternece siempre; lo mismo que la veamos en un frágil nido tejido por dos aves, que en una cuna formada por dos esposos.

—Esposos, esposos, tú lo has dicho; hay que casarse para consagrar el amor.

—No, no digas eso. El verdadero amor no necesita ser consagrado. Por el contrario él es el que lo consagra todo. Digo esposos porque un amor de altos fines convierte en esposos a los amantes. De la misma manera que un bajo amor convierte en amantes vulgares a los esposos.

La virgen dijo con una voz dulce como un cántico:

—Todo eso que me has dicho lo comprendo, lo siento. Quisiera partir contigo, quisiera cruzar la vida bajo la salvaguardia de tu cariño y de tu fuerza. Quisiera formar contigo mi hogar. Sé que el hogar por nosotros formado, estaría consagrado por un alto cariño, pero...

—¿Pero qué?—preguntó Andrés ansiosamente.

—Pero no puedo. Hay algo superior a mí, más fuerte que mi amor, más fuerte que yo misma, que me detiene.

Andrés exclamó colérico:

—Sí, el fanatismo, el fanatismo secular;

el fanatismo que destruyó nuestra dicha. ¡Ah, fanatismo maldito! Lucharé por arrancarlo de raíz, por derribar todos los templos.

—Los que creemos, encontraremos siempre un templo en donde orar—dijo Elena dulcemente.

—Los derribaremos todos—exclamó Andrés exaltándose.

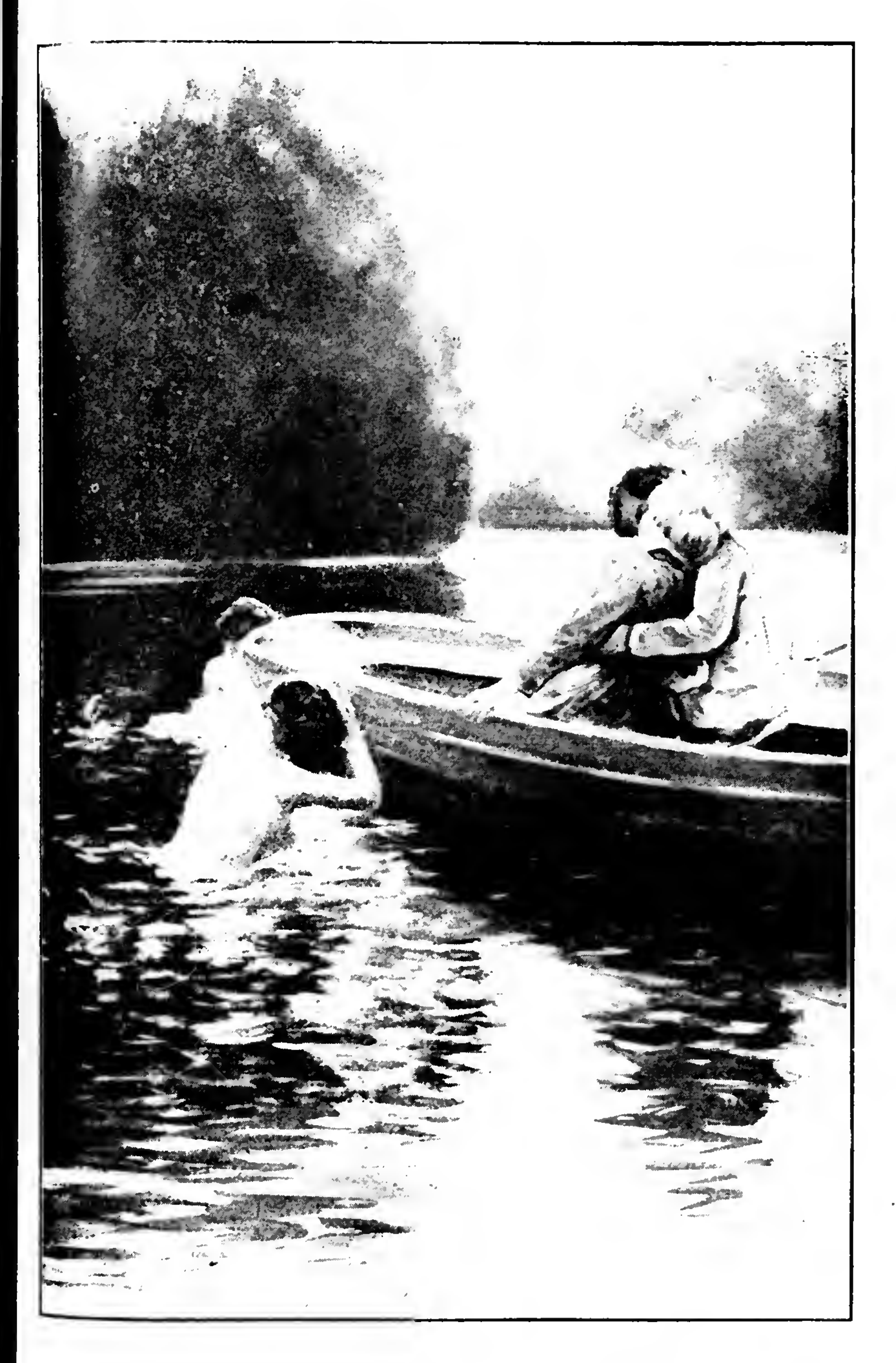
—El templo de que yo hablo, no lo podría nadie derribar: es el cielo.

Andrés calló, desalentado de su vana lucha.

Aquel voluptuoso, aquel descreído, se sintió estupefacto. La resistencia de aquella niña lo desconcertaba. El no había comprendido otro amor que el carnal. Y estaba ahí frente a un amor que nulificaba la carne, que renunciaba a sus placeres.

Aquella virgen frágil y palpitante, que se estremecía en sus brazos, que palidecía bajo sus besos, se resistía, se resistía llorando a la suprema ventura de unirse con él para siempre. ¿De dónde venía aquella resistencia? ¿De la carne acaso? No, porque aquella carne, sonrosada y frágil, sollozaba ante el dolor de la renunciación. ¿De dónde venía entonces? ¿Quién le daba resistencia y valor? ¿El alma acaso? Por primera vez en su vida aquel descreído, aquel ateo, se hizo la solemne pregunta: ¿Existe el alma?

Su resistencia, pensó luego, será un fenómeno de la educación y de las preocupaciones de nuestro país. Eso le pareció lo más probable, y se dijo a sí mismo: Esta niña en otro medio social, en otro país, entre otras costumbres y otras creencias religiosas, obraría de diferente manera.



Ella había reclinado la cabeza sobre el hombro de el que la contemplaba con religioso amor. *(Pág. 145.)*

Una voz interna le dijo: «Esa niña, siempre que no hubiera sido desde niña pervertida, siempre que hubiera sido desde niña educada, obraría de acuerdo con la más estricta moral, en cualquier país que hubiera sido educada.»

¿Qué hay, pues, en ella que dignifica su carne? ¿Qué irradia en su frente, qué brilla en sus ojos como una llama sagrada? ¿Será acaso su innata virtud? ¿Pero qué es la virtud? ¿De dónde viene? El descreído volvió a formular la solemne pregunta: ¿Existe el alma? ¿Existe Dios? Levantó al cielo los ojos y buscó la respuesta en el Infinito.

Anocheció. La barca bogaba suavemente sobre las ondas. En las aguas del lago se reflejaba el estrellado cielo con tal nitidez que la barca parecía flotar entre dos firmamentos. Elena y Andrés callaban, como si comprendieran que el amor se engrandece en el silencio. Sus manos estaban enlazadas. Ella había reclinado la cabeza sobre el hombro de él, que la contemplaba con religioso amor.

Fué entonces cuando su cariño tocó el instante solemne, en que las palabras ya no tienen valor, en que los sentidos duermen. La meta sagrada en que el amor humano se convierte en divino amor. Se cumplía en ellos el instante augusto en que dos almas se unen, se dilatan, penetran en el infinito, comprenden a Dios.

Aquellos dos seres se sentían fuera de la vida. En sus ojos y en sus almas flotaba la visión del infinito.

Contemplaban el cielo, contemplaban absortos los mundos y los soles que gravitaban en el Universo. Se sentían parte de aquella inmensidad. Se sentían centro de aquel prodigio. Se efectuaba en ellos el milagro estupendo del verdadero amor; sentían dentro de sí la eternidad; sentían dentro de sí a Dios.

—Hemos llegado—dijo el barquero atracando en el muelle de Pátzcuaro.

Andrés y Elena despertaron como de un sueño. Descendieron de la lancha torpemente, ebrios aún de amor y de infinito.

Convinieron en que irían juntos hasta alguna de las paradas del tranvía de Pátzcuaro, que Elena tenía que tomar y ahí se despedirían.

Se pusieron en camino. Iban con los brazos unidos; con los labios mudos; poseídos de una sensación de angustia que a cada paso aumentaba y se hacía intolerable. El instante de infinito y de cielo había pasado. La carne reconquistaba sus derechos. La vida volvía con su séquito de candentes dolores, con su cortejo de esperanzas rotas, de sueños desvanecidos.

Llegaron a la vía, se detuvieron en un lugar cercano a la parada; en un lugar sumergido en la sombra. A lo lejos, muy a lo lejos aparecieron los fanales rojizos del tranvía. Andrés y Elena se miraron desolados. Sintieron que el instante irrevocable se acercaba, que sus destinos se cumplían.

—Adiós para siempre—dijo Elena con la voz ahogada por comprimidos sollozos,—adiós sin retorno, eterno adiós.

—No, no, no es posible—exclamó Andrés

casi fuera de sí.—Yo no puedo dejarte. Eres mi vida. Tienes que ser mía para siempre.

En los ojos sumisos de la virgen brilló la voluntad como una llama. Su frente honesta se coloreó como bajo una luz. Su voz dulce de inflexiones graves se elevó en medio de la noche.

—No, no puedo aceptar el amor que me ofreces; el único que puedes ofrecerme. Soñé con ser tu esposa; la señora de tu hogar, la honra de tu casa. Y después de ese sueño tan puro, después de ese sueño tan santo convertirme en tu... amante. ¡Ay, no, ay no, ay no!

Su alma entera parecía sollozar en aquellas sencillas palabras.

Andrés, aferrado a su anhelo, decía, con la voz ronca por las lágrimas, que no era posible separarse así voluntariamente, que era un crimen profanar así la vida, hollar así el amor. Que el amor era una ley de la naturaleza, que oponerse a él era oponerse a Dios. El hombre voluptuoso despertaba; la bestia volvía a rugir; la carne reconquistaba sus derechos. No sabía qué hacer. Se sentía poseído de desesperación. Tomó a Elena en sus brazos y la estrechó con locura.

La virgen no se defendía. Estaba convulsa, trémula, física y moralmente se sentía desfallecer.

—Eres buena, debes ser misericordiosa, apiádate de mí.

—No debo.

—¿Quieres que te lo pida de rodillas?

—Es inútil.

—Todo se arreglará, me divorciaré, nos casaremos en otro país.

—No, no.

—Esperaré en el hotel hasta que te resuelvas.

—Esperarás en vano. No nos torturemos más, adiós.

El tren llegaba. Se miraron fuera de sí, exaltados, calenturientos, alucinados. Se abrazaron convulsivamente y sus labios se unieron en un ardiente y desolado beso.

Ella se alejó en dirección a la parada.

—¡Elena, Elena!—exclamó Andrés extendiendo los brazos hacia aquel fantasma luminoso que huía, hacia aquel sueño de amor que se desvanecía. En su actitud y en su voz había una suprema imploración. La virgen sintió un vértigo, vaciló, se detuvo. Dos voces hablaban en su corazón. Una la llamaba hacia su amor, la otra hacia su deber. Fué un instante angustioso y breve. Física y moralmente se sentía desfallecer. Las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Andrés seguía anhelante sus movimientos. La vió retroceder, volver hacia él; pero fué sólo un momento. Reaccionó, y siguió su camino hacia adelante, hacia su casa, hacia su deber. Siguió su camino bañada de lágrimas y de estrellas. Subió al tren y todo concluyó.

Andrés esperó en vano varios días en un hotel de Pátzcuaro. Diariamente le escribía pidiéndole una entrevista. Nada consiguió. Decidido a seguir insistiendo por correo, partió para la capital.

XIX

EL HIJO DESCONOCIDO

Habían pasado treinta días y Andrés continuaba en la capital, sin resolverse a volver a su hacienda, sin saber qué partido tomar con la infeliz y taciturna Josefina.

Una tarde paseando en automóvil con su hijo y el profesor pasaron casualmente por un teatrillo. El niño quiso entrar. Andrés y él entraron. El maestro se excusó de acompañarlos y se quedó en el automóvil.

Pronto se arrepintió Andrés de su condescendencia. Se representaba una zarzuela del género ínfimo. Una de esas zarzuelas insulsas, malsanas y viles, en que autores y comediantes hacen punto omiso de la dignidad humana. Una de esas zarzuelas en las que se ven a hombres, en la plenitud de la vida, y mujeres, apenas salidas de la pubertad, hundirse en el fango, recrearse en él con el deleite bestial conque los marranos se revuelcan en las inmundicias. En las que se ve a seres racionales, a seres conscientes, ponerse a más bajo nivel que la sucia bestia y abdicar de los más altos principios del hombre, para glorificar los más desenfrenados apetitos.

Se multa, y aún se encarcela, al que adul-

tera los comestibles; y se presencia tranquilamente que en el teatro, en el libro o en el periódico se infiltre el veneno de la lujuria; que relaja las costumbres, que degrada a una raza, que la empuja hacia el abismo de la decadencia moral y de la ruina física.

Ya que hay hombres que olvidan el respeto que a sí mismo se deben. Ya que hay mujeres que descienden de su pedestal de diosas, para exaltar con sus gestos lúbricos las más bajas pasiones; preciso es que la ley haga sentir su peso; preciso es que se les ponga una mordaza, que se les marque un límite.

En lo más animado de la grotesca farsa, salió la característica. Era una mujer baja de cuerpo y horriblemente obesa. Sus postizos, sus escandalosas piruetas, su extravagante indumentaria, hacían de ella un verdadero mamarracho. A su lado entró un niño vestido de hombre, llevaba levita y bigotes postizos. La pobre criatura tenía a su cargo un repugnante papel de afeminado. La característica lo cortejaba descarada y brutalmente.

Andrés se quedó estupefacto. Aquel espantajo, aquella ridícula característica, era Enriqueta, era la madre de su hijo. Un momento de atención le bastó para comprenderlo. Comprendió también, en medio de un estremecimiento de vergüenza, que el niño que representaba el papel de afeminado era su otro hijo.

Como los niños eran gemelos el parecido era extraordinario. Ciertamente que el uno, Carlos, era vigoroso, fornido y son-

rosado. Y el otro era amarillento y endeble. Pero ambos tenían idénticas facciones. Ambos tenían los mismos hermosos ojos grises, grandes y luminosos. Solamente que mientras que la expresión de los ojos de Carlos era extremadamente candorosa; la mirada del niño histrión era descarada y maliciosa.

La representación continuó. Las majaderías, insulsas y subidas de tono, se sucedían sin interrupción. La característica y el afeminado se pusieron a bailar un grotesco cake-walk.

El público reía.

Carlos volteó su gentil cabecita hacia su padre y le dijo:

—Que mujer tan fea, a mí no me da risa, me da miedo, no sé que.

—Nos iremos—dijo Andrés levantándose.

Salieron del teatrillo y subieron a su poderoso automóvil.

Andrés estaba pensativo. Aquella mujer, aquel niño, en que hacía tantos años no pensaba, se levantaban en su camino como dos espectros. Sus imágenes se aferraban a su mente y parecían decirle: «Mira lo que has hecho de nosotros». ¿Era posible? Aquella característica obesa, aquella mujer degenerada y grotesca ¿era Enriqueta? ¿La agraciada empleadita que él había conocido niña y pura, que él había asediado, que él había deshonrado y abandonado después?

Del fondo de su ser se levantaba como una tenue nube el remordimiento. Surgía en su mente la imagen de Enriqueta; la antigua; la de diez años atrás. Recordaba

su resistencia, sus lágrimas y luego su sumisión, su abandono. La recordaba, la recordaba bien. Era niña y pura cuando él la conoció. El había deshojado aquella juventud; destruído aquel candor. Después la había abandonado. La había abandonado sin escrúpulos, ni remordimientos; con la altanera arrogancia conque el fuerte arroja de su lado al débil. La honra de una muchacha indefensa y pobre, ¿qué le importaba a un rico y alegre calaverón? Nada, absolutamente nada. ¡Para los de arriba vale tan poco la honra y el corazón de los de abajo!

Andrés jamás se había preocupado de aquella mujer que él había perdido, ni de aquel niño por él traído al mundo y por él en el mundo abandonado. Recogió a Carlos, lo educó y pensó que hasta ahí llegaba su compromiso, que nada más le exigía su deber. Y de pronto, aquellos dos seres se levantaban frente a él como dos espectros. La imagen del niño histrión se le reproducía con viveza. Veía su cuerpecillo endeble, su carita exangüe, sus ojos de expresión dura y maliciosa, casi descarada. Como hombre de mundo que era, adivinaba el fango moral en que flotaba aquel pobre ser indefenso.

Su dormida conciencia habló, le indicó la necesidad de salvar a aquel niño; de arrancarle de aquel medio infecto; de impedir que se continuara ejerciendo la vil explotación.

Entretanto Carlitos y su profesor charlaban. El niño le preguntaba que por qué no había querido entrar al jacalón.

Y el maestro decía:

—Tengo el deber de conservar limpios mi alma y mi cuerpo, tengo el deber de conservarlos sanos. De la misma manera que existe el contagio físico, existe el contagio moral. Si la permanencia junto a un leproso puede enfermar el cuerpo; la permanencia entre degenerados puede relajar al individuo moral. Así como hay reglas de higiene física, hay reglas de higiene moral. La higiene física nos prescribe el perfecto aseo, la sana alimentación, el ejercicio al aire libre. La higiene moral nos prescribe un perfecto aseo en los pensamientos, una sana alimentación intelectual y el saludable ejercicio de la meditación.

El discípulo preguntó:

—¿Debemos huir de los enfermos y de los malvados para no contagiarnos?

—No — contestó el maestro. — Debemos acercarnos a ellos, cuando de curarlos se trata. Nuestra sana intención nos hará fuertes; nuestra salud fortificará la del ser a quien vamos a curar. Pero al leer un libro inmoral, al presenciar un espectáculo grosero, no nos lleva la idea piadosa de corregir un error, o de aliviar una pena, nos lleva una curiosidad malsana que debemos dominar. El primero de nuestros deberes, amiguito, es nuestro propio perfeccionamiento. El perfeccionamiento es una ley universal. Lo pequeño y lo grande está sujeto a esa ley. La planta, el animal, el individuo, la raza, que se sustraen a esa ley, perecen irremisiblemente. Llevemos pues como punto de mira en todas nuestras acciones el perfeccionamiento. Procu-

rémonos todo aquello que ensanche la parte consciente de nuestro ser; todo aquello que aumente nuestras posibilidades espirituales; todo aquello que disminuya nuestras necesidades físicas; todo aquello que nos ayude a tomar el control de la parte animal de nuestro cuerpo.

Los días pasaron. Andrés olvidó sus buenos propósitos, con respecto a su otro hijo, y aquel pobre niño siguió viviendo en medio de aquella grosera infección. Se llamaba Antonio y llevaba el apellido de su madre.

Enriqueta se había degenerado rápidamente. Una vez dado un paso hacia el abismo había rodado hasta el fondo. En los momentos en que hemos vuelto a encontrarla estaba en amoríos con un comediante, y se había prestado a hacer algunos papeles. El niño la seguía, veía las peores cosas sin asombrarse. Lo vil, lo infecto, lo sucio, no le sorprendían ni le repugnaban; como que era el medio en que siempre había vivido. Seguía a su madre por costumbre, más que por cariño. Era tratado bien o mal según el humor materno. Unas veces era estrujado y cubierto de besos. Otras veces, las más, Enriqueta descargaba sobre él una andanada de injurias y de golpes. Según corrían las monedas en los bolsillos de la madre, la hacía de amo o de criado. Hubo veces, en las peores épocas, cuando Enriqueta ingresaba al hospital, que él andaba por las calles descalzo, desgarrado, enlodado y hambriento. No sabía leer. Seguía a su madre adonde quiera; la oía blasfemar y la veía beber hasta embriagarse. Había per-

dido la salud y el candor. Sus labios estaban marchitos, amarillentas sus mejillas. En sus ojos, en sus hermosos ojos claros, no había ya inocencia. Aquel niño, como tantos otros que pululan por las calles, había sido moralmente asesinado.

Era un pilluelo. Se escapaba por temporadas de su casa y vagaba al azar con otra parvada de pilluelos, desventurados como él, vagabundos como él. Y jugaban entre el fango, y reñían en las plazuelas, y mendigaban en las calles, y dormían en los portones, sin que el Gobierno se preocupara de ellos.

Era preciso esperar a que crecieran incultos, irresponsables como salvajes. Era preciso esperar a que todas sus malas pasiones se desarrollaran y estallaran. Era preciso esperar a que se convirtieran en ladrones o asesinos, para echarles el guante, para llevarlos al presidio o al patíbulo. ¿No sería mejor prevenir que curar? ¿No sería mejor hacer una constante y cuidadosa batida y recoger y educar a los muchachos vagabundos, y a los que viven en centros de inmoralidad y de abyección?

Esos niños abandonados, esos náufragos de la vida, contaminados desde su nacimiento de enfermedades y de vicios, tienen derecho a ser salvados, protegidos. Indiscutible es que si se tuviera especial cuidado en educarlos disminuiría la criminalidad.

Educar a un adulto, corregir a un vicioso empedernido es obra dificilísima y de problemáticos resultados. En cambio, las almas de los niños son libros en blanco

y podemos escribir en ellos lo que nos plazca.

El estipendio que los Gobiernos se evitan no obligando a los muchachos vagabundos a concurrir a escuelas y talleres, lo harán más tarde, en cárceles, hospitales, policía, para defender a la sociedad de los actos vandálicos de esos niños que ahora nos dan lástima y que mañana nos darán miedo.

XX

EL DIVORCIO

Andrés continuaba en la capital en la casa de su madre. La conciencia rectilínea de aquella excelente señora le dictaba siempre la misma orden: «Unete con tu esposa, procura amarla, procura hacerla feliz». Y él se encolerizaba y evadía aquel deber, diciendo que era inmoral unirse con una mujer a quien no se ama.

—¿Qué piensa usted del caso de mi hijo, señor Keller?—preguntó Angelita al profesor un día que delante de él se suscitó aquella cuestión.

—Es un caso, señora, que me ha hecho pensar mucho, es un caso difícil. Por una parte el señor Fernández de Lara tiene razón para no unirse con su señora. No la quiere, y usted convendrá conmigo en que, una unión material sin amor es inmoral, es repugnante.

—Convéncete, madre—exclamó Andrés exaltándose;—en mi caso, como en tantos otros, el divorcio está indicado.

—Cállate, cállate—exclamó Angelita sobresaltada.—El divorcio es inmoral, es inconveniente, lo prohibe nuestra santa religión.—¿Verdad que estoy en lo justo, señor Keller?

—Diré a usted, señora; yo jamás autorizaría las libertades que para divorciarse hay en algunos países de la tierra. Sería tanto como autorizar el libertinaje. Sería tanto como quitar al matrimonio su santidad, su grandeza. Sería tanto como destruir la base fundamental de la familia. Pero creo también que en toda nación civilizada debe existir el divorcio; con muchas restricciones, con muchísimas, pero debe existir. Peligrosos son los venenos y, sin embargo, tiene que beberlos en las farmacias ; pues, por malos que sean, hay momentos en que su empleo es benéfico. Venenos mortales hay que, aplicados en determinados casos, y en determinadas dosis, salvan la vida. Yo creo que no hay nada enteramente bueno, ni nada enteramente malo. Un mismo hecho puede ser bueno o malo, según las circunstancias que concurran.

—Está claro—exclamó Andrés con la vehemencia que le era característica;—el divorcio debe existir; será un mal si se quiere, pero es un mal que se impone, es un mal necesario. Hay casos en que causa verdadera indignación que no exista esa ley. Conozco mujeres, jóvenes y buenas, casadas con hombres que las tienen en absoluto abandono, que ni en la misma ciudad viven, que no proveen a ninguna de sus necesidades; y sin embargo estas pobres mujeres no pueden formar un nuevo hogar. ¿Por qué? ¿En honor de qué ley moral están sujetas a ser fieles a un hombre que les es infiel? Hay jóvenes que han sido vilmente engañadas, que han

creído casarse con un hombre sano y se encuentran con un marido de tal manera enfermo, de tal manera asqueroso que les causa invencible repugnancia su contacto. ¿Con qué derecho obliga la sociedad a aquella mujer a vivir toda la vida con aquel hombre? ¿Con qué derecho la exponen a contraer sus enfermedades y a dar a luz hijos contaminados del mismo mal? ¿Con qué derecho se impide a esa mujer que forme un nuevo hogar, que de a la Patria hijos sanos y vigorosos?

Angelita dijo:

—La buena esposa no abandonará a su compañero porque tenga o contraiga una enfermedad contagiosa, o porque sea malo. La moral y la religión le ordenan que redoble su cariño y su abnegación y que procure salvar a aquella alma descarriada y a aquel cuerpo enfermo.

—Ciertamente, madre—exclamó Andrés, —que nadie se meterá a impedir que las mujeres que quieran cumplir un penoso deber lo cumplan. Pero hay ciertos deberes que no todas tienen la abnegación de cumplir. Y ya que dejamos a las unas la libertad de cumplirlos, demos a las otras la posibilidad de evadirlos.

—Yo creo—dijo Keller—que un deber no se debe evadir más que para cumplir un deber más alto. Y en este caso justo es convenir en que, si la mujer tiene una alta misión que cumplir como esposa, tiene también una misión aún más alta que cumplir como madre, como generadora de la vida. La moral y la religión que usted evoca, señora, se conduelen de los espo-

sos que por sus vicios y enfermedades fueren abandonados por sus esposas; y no se conduelen de los hijos que de esas uniones nacieren. Hay que pensar en los niños ciegos, en los epilépticos, en los sifilíticos, en los locos, en los imbéciles; en todo ese séquito de desventurados sobre los cuales pesa la tremenda sentencia bíblica: «El pecado de los padres caerá sobre los hijos hasta la cuarta generación».

—Ya que cita usted la Biblia—exclamó Angelita,—recuerde usted que en ella Jesús reprueba el divorcio.

—En cambio—replicó Keller,—Moisés lo autoriza ampliamente.

—No puede ser, señor.

—Es muy fácil convencerse. Abra usted una Biblia y encontrará en Deuteronomio XXIV estas palabras: «Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella, si después no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa torpe, escribirle ha carta de repudio, y dársela ha en su mano, y enviar la ha de su casa. Y salida de su casa, irse ha, y casarse ha con otro varón».

Angelita lo miró asombrada. Ella como la generalidad de las católicas no conocía de la Biblia más que una u otra cita aprendida casualmente en algún sermón. Después de un rato de silencio dijo:

—Los católicos, creo yo, debemos atenernos a la ley de Jesús, no a la ley de Moisés.

Keller replicó:

—Sin embargo, vuestra religión se apoya en los diez mandamientos dados por Moisés a los israelitas. De aquí resulta una de-

ducción. O Moisés era un iluminado, y sus mandamientos son perfectos; en cuyo caso debe tenerse en cuenta su opinión sobre el divorcio, o no lo era, y puesto que no se le tiene en cuenta en una cosa, no hay razón para tenerlo en otra. Así es que sus mandamientos, según eso, deben dejar de ser considerados como divinos mandatos dados por Dios al mundo, por su intervención, y deben juzgarse imperfectos, puesto que se le concede que estaba sujeto a errar, toda vez que autorizó una cosa que Jesús reprobó luego. Así pues al leer en los mandamientos «no matarás», hay que decir: «Al ordenar esto Moisés pudo estar equivocado, como lo estuvo cuando aprobó el divorcio. Vivamos según los mandatos de nuestras conciencias y no según los de los sabios o de los sacerdotes, puesto que esos mandatos pueden ser imperfectos y sujetos a ser reprobados después.

—Yo no sé razonar—dijo Angelita;—yo sólo sé sentir. Y según mis sentimientos digo a usted; que la mujer verdaderamente casta; que la esposa verdaderamente cristiana, no debe pertenecer más que a un solo hombre. Y si esa mujer es madre extremará su paciencia y su abnegación, para no permitir que su hogar se deshaga, y para no permitir que sus hijos vean que en la alcoba de su madre, que debe ser para ellos un santuario, entre un extraño. Yo no puedo creer que una mujer honesta reciba sin ruborizarse los besos de un segundo marido delante de los hijos

de su primer esposo. Yo no puedo creer que un hijo pueda tener por su madre la veneración que debe tener, si la ve profanada por las caricias de un hombre que no es su padre. Además es una ley injusta. El hombre y la mujer no están en igualdad de circunstancias. La mujer no queda intacta como el hombre. La mujer queda para siempre mancillada, para siempre marchita. En esto, como en todo, la mujer llevaría la peor parte. Fácil le sería al hombre divorciado volverse a casar, pero ¿se casaría la mujer divorciada? ¿Quién querría cargar con un cuerpo marchito y deformado por la maternidad, y por las enfermedades que la maternidad trae a veces aparejadas? ¡Si al repudiar a una mujer se le pudieran devolver las gracias de su virginidad y de su juventud sacrificadas! Bueno. Pero hacer con las mujeres, como con las flores, llevarlas consigo, colocarlas en el lugar preferente, mientras están llenas de lozanía y de fragancia, y arrojarlas luego lejos de sí, cuando por ofrendarlas han perdido su fragancia y su frescura. No es justo, no es justo. Esa ley se prestaría a que los hombres hicieran muchas iniquidades.

—Señora—dijo Keller,—la razón engaña muchas veces, pero la intuición, la intuición de una alma buena como la de usted no engaña nunca. Tiene usted razón, una conciencia recta puede transigir con la separación, pero no con el divorcio absoluto...

—Hace un rato parecía que usted lo aceptaba.—Exclamó Andrés, impaciente.

—Dije que en mi opinión la ley debería existir, porque hay casos en que se hace necesaria.

—Pero ¿su conciencia de usted lo autoriza?—Preguntó Angelita.

—En rarísimos casos, sí; en general, no.— Después de una pausa añadió:—Es de sentirse que no se de a la juventud una educación más sólida. Es de sentirse que no se les prepare convenientemente para ese acto tan solemne y tan trascendental. Muy pocos, poquísimos de los contrayentes se dan cuenta al casarse de que realizan el acto más serio de su existencia. Se casan con la única idea de satisfacer materiales deseos. Creen que la ventura suprema consiste en besos y caricias interminables y muy pronto sienten la amargura del fracaso, la desolación infinita de no hallar la dicha en donde tenían la certeza de encontrarla. ¡Pobres seres! Ignoran que muy pronto se pasa el delicioso sabor de los besos, cuando el impulso que junta dos bocas no parte de algo más profundo que el mismo amor, de algo más serio que el deseo: del religioso sentimiento del deber.

Los que al casarse sólo llevan la idea de disfrutar perennes satisfacciones materiales, van a un fracaso cierto, y la mayor parte de los que se casan sólo esa idea llevan.

Los seres que entran en el matrimonio como en la muerte de sí mismos, y saben morir, para renacer en un individuo nuevo que se amolde como cera líquida, como cristalina agua, a los gustos, costumbres e

ideales, del ser a quien se unieron. Los seres que al casarse renuncian a su propia dicha para sólo pensar en la dicha del compañero y de los seres que de tal unión nacieren, no encontrarán jamás decepción en el matrimonio. Porque al tratar de elaborar la dicha de otro ser se labra irremisiblemente la de sí mismo ; pues el bien y el mal rebotan y caen de nuevo sobre el que los produce.

Los que tienen de la santidad del matrimonio una idea exacta, no efectúan la unión material como un placer, sino como un medio para fines más altos. Los seres que así sienten dejan de ser, como la vulgaridad de los esposos, un par de individuos atraídos por un bestial instinto. Son dos seres que juntos cooperan para un mismo y noble fin. Son dos seres que sienten la divinidad de su misión; que se sienten como Dios creadores; que se sienten como Dios inmortales. Que sienten la grandeza de la vida, la sublimidad de todos los instantes.

Por eso, señor Fernández de Lara—dijo mirando a Andrés,—al pedirme su madre mi opinión sobre el caso de usted, le contesté concediéndole a usted la razón sólo en parte.

—¿Qué quiere usted decir ?

—No sé hasta qué punto deba decirle mi opinión.

—Hable con entera franqueza. Su opinión es para mí muy valiosa y quiero conocerla.

—Pues bien, señor.—dijo el maestro.—Creo, como dije antes, que no debe usted

unirse materialmente con su señora mientras no la ame; pero creo también que el deber de usted es procurar amarla.

—¡Amarla, amarla!—dijo Andrés descorazonado.—Eso es imposible.

—Nada es verdaderamente imposible, señor; ni nada es más fácil que amar cuando uno se propone amar. Procure usted querer a su esposa y llegará a quererla. Procure usted olvidarse de sí mismo para labrar la dicha de ella, y el resultado será que labra su propia dicha; pues el bien es así; se convierte en felicidad para el que lo practica. Ya que la señorita Elena, en la rectitud de su carácter, ha encontrado la abnegación suficiente para sacrificarse por la señora de usted, a quien ni siquiera conoce, no haga usted estéril su sacrificio; no haga inútil su acto heroico. La grandeza de ella exige de usted igual grandeza.

—El amor, señor mío—dijo Andrés,—nace espontáneamente, no se hace.

—El amor—dijo el maestro—se cultiva como una preciosa planta.

—No, no opino así—dijo Andrés.

—Pues seguramente ha visto usted muchos casos en que el amor no ha nacido espontáneamente, sino que ha sido el resultado de la voluntad de amar.

—No, no he visto caso tal.

—Yo creo que sí. ¿No ha visto usted matrimonios sin hijos que adoptan un huérfano? ¿No ha visto usted que al poco tiempo el huerfanito es adorado como si fuera un hijo? Aquel matrimonio al adoptar a aquel niño se propuso amarlo y lo

amó con el más grande de todos los amores: con el amor paternal. ¿No ha visto usted a mujeres que se han casado sin amor y que al poco tiempo están profundamente enamoradas de sus esposos? Y usted mismo, dígame: ¿Al conocer a Carlitos lo amaba?

—No, señor—dijo Andrés,—recuerdo que sentí por él repulsión, hostilidad, casi odio.

—Pero se propuso usted cumplir hacia él un deber; un deber que entrañaba amor, y bien pronto ese niño le fué profundamente amado. La vida os pone frente a otro nuevo deber. No debéis eludirlo, debéis aceptarlo con la grandeza de alma con que aceptásteis aquél. De nuevo un ser indefenso, un ser débil, toca a las puertas de vuestro corazón. De nuevo una pobre alma sin guía, sin alegría, y sin luz, os pide una migaja de cariño; no se la neguéis. El amor es un huésped divino, no le cerréis vuestra puerta. La verdadera superioridad del hombre no consiste en ser el maniquí de sus pasiones. Consiste en ser el dominador de ellas; consiste en conservar siempre una libertad absoluta de acción; consiste en saber afrontar y cumplir todos los deberes que le imponga la vida.

XXI

LA ESTATUA DESAPARECIA Y SURGIA LA MUJER...

Habían pasado dos meses desde el día de su matrimonio cuando una buena mañana Andrés se levantó de buen humor y exclamó: Keller tiene razón; el deber no debe jamás evadirse, debe afrontarse y cumplirse con valor.

Y, como hombre que era de decisiones violentas, partió rápidamente para su hacienda.

Cuando llegó a su propiedad empezaba la noche. Por las abiertas ventanas de la señorial mansión la luz rojiza de las lámparas se desbordaba. Los empleados y los criados se acercaron al coche a dar la bienvenida a su señor. Un hermoso perro, ágil y nervioso, saltó a su lado, solicitando sus caricias.

Josefina esperaba en el dintel de la sala. Su actitud era humilde y cohibida.

Andrés avanzó hacia ella y la saludó afectuosamente. Entraron al salón. Un salón demasiado vasto, demasiado grande, demasiado frío. Se sentaron.

—¿Cómo has estado?—preguntó Andrés. —Vamos—añadió viendo que ella nada contestaba.—¿Qué has hecho en mi ausencia? ¿Deseabas mi vuelta? ¿No has tenido huéspedes? ¿Qué tal has hecho los honores de tu casa?

Ante tales interrogaciones se despertaron en el alma de aquella pobre niña todas las amarguras de su soledad, todas las torturas de su incertidumbre y de su abandono, todos los dolores de su situación indefinida y angustiosa.

Sus labios se movieron, intentando formular una respuesta; intentando expresar todo lo que había de cruel en el comportamiento que con ella se había tenido. No pudo pronunciar ni una sola palabra; la emoción la ahogaba. Ocultó la cabeza entre las manos y se puso a llorar. Su llanto era desolado y silencioso, como llanto del que sabe que llora solo, enteramente solo. Como llanto del que sabe que sus lágrimas no han de encontrar otras lágrimas con quien mezclarse; que su dolor no ha de encontrar eco en otro dolor.

Lloraba con el llanto más amargo conque puede llorar el ser humano. Con el llanto que siente de antemano la negación absoluta del consuelo. Hay otros llantos que llevan en sí el germen de la esperanza. Lágrimas a través de cuyos cristales se vislumbra el iris de la consolación. Lágrimas de los seres que se sienten amados. Lágrimas que brotan dulcemente porque quien las vierte sabe que encontrarán un corazón que las comprenda, una mano que las enjugue, unos labios que las recojan con sus besos.

Andrés contemplaba desconcertado a Josefina. Había creído encontrar una estatua; y aquella estatua había sido vivificada por el dolor. Aquella carne marmórea se estremecía bajo la angustiosa convul-

sión del llanto. La estatua desaparecía y surgía la mujer. Una mujer humilde, que nada le reprochaba, que nada le pedía, pero cuya actitud y cuyas lágrimas parecían decirle: «Yo no merecía lo que conmigo has hecho.»

El corazón de Andrés empezó a enternecerse. Una voz insonora repetía vagamente, en lo más recóndito de su conciencia, las palabras de Keller: «De nuevo un ser indefenso, un ser débil, toca a las puertas de vuestro corazón. De nuevo una pobre alma, sin guía, sin alegría y sin luz, os pide una migaja de cariño; no se la neguéis. El amor es un huésped divino, no le cerréis vuestra puerta».

—No seas niña—dijo Andrés sentándose junto a su esposa,—serénate y hablemos. ¿Qué te pasa?

Con voz lenta y dolorosa, interrumpiéndose a menudo por comprimidos sollozos, Josefina dijo:

—Mi situación en esta casa, señor, es muy penosa. Mi madrastra y mis hermanas se burlan de mí; los criados me miran a hurtadillas, cuchichean y se ríen... Yo me sentía extraña en mi casa; pero aquí me siento aún más extraña... Allá ocupaba el peor cuarto; pero en aquel cuarto había un retrato de mi madre y un cofre que había sido suyo... Por triste que yo estuviera, junto a aquellos objetos me sentía consolada... Cuando estaba junto a ellos, me parecía que no estaba sola en la vida... Aquí, en esta inmensa casa, me siento sola, muy sola... En la casa de mi padre, alguien me amaba: los animales. Cuando

yo entraba en el corral se alegraban con mi presencia. La vaca y la ternerita, las palomas y las gallinas, conocían mi voz y me demostraban de diversas maneras su cariño... Aquí, nadie me quiere, nadie.

En aquel momento sus ojos se fijaron en un hermoso perro, que, rozándose contra ella, daba muestras de gran inquietud. Acarició la inteligente cabeza del mastín y dijo:

—No, no es verdad que en esta casa nadie me quiera. Su perro me quiere mucho. El es el único que ha comprendido mi dolor... Es el único que conmigo lo ha compartido... Cuando usted se fué, entró en mi cuarto, vió que estaba llorando y se echó a mi lado... Desde aquel día casi no me ha dejado sola un momento. ¡Parece mentira que las bestias sean, a veces, más compasivas que los seres humanos!

Todas aquellas cosas, tan sencillas, estaban dichas con tanta amargura, que el noble corazón de Andrés se sintió conmovido.

—Josefina—dijo, tomando una de sus manos;—las circunstancias me han hecho ser cruel contigo. Algún día conocerás esas circunstancias y, sin duda alguna, me disculparás. Te ruego olvides lo que por mí has padecido. De hoy en adelante el preferente objeto de mi vida será hacerte dichosa. Tu familia y tus criados comprenderán, desde hoy mismo, que quien te ofende a ti a mí me ofende, y cambiarán su actitud. El cofre y el retrato de tu madre serán traídos mañana y ocuparán el lugar que tú designes. Ahora—dijo, levantándose,

—es preciso que te serenes. No quiero que la servidumbre se de cuenta de que has llorado. Siéntate un rato aquí, frente a la ventana, para que el aire de la noche borre las huellas de tu llanto.

Josefina obedeció sumisamente.

Después de la cena los esposos bajaron al jardín. Se sentaron junto al estanque y permanecieron largo rato en silencio. Una tristeza inmensa invadía el corazón de aquellos dos seres. Estaban juntos y se sentían solos. Estaban cerca y se sentían lejos, muy lejos uno del otro.

Junto a aquella niña taciturna, Andrés evocaba, a su pesar, la cara imagen de Elena. Le parecía verla discurrir por el jardín; deleitándose con las flores; maravillándose de las estrellas; ocultándose, por travesura, tras los tupidos ramajes; adornándose los negros cabellos con sonrosadas ramitas de durazno en flor; llenando el huerto, la casa entera, con los cristalinos arpegios de su risa, con la alegría de su carácter, con el calor de su alma. Si ella estuviera aquí, pensaba; si las notas de su piano poblaran de harmonías la vetusta mansión; si entre las enredaderas que encuadran las ventanas de la alcoba nupcial, apareciera ella, llamándome a su lado, yo, el incrédulo; yo, el ateo, creería en Dios. Sí, creería en Dios y lo reverenciaría de rodillas.

Poseído de una tristeza intolerable, se levantó, acompañó a Josefina hasta la puerta de su alcoba, se despidió de ella, se encerró en su cuarto y se puso a escribir a Keller.

XXII

CARTA DE ANDRES A KELLER

«Señor don Otto Keller.

Muy estimado y fino amigo:

Llegué sin novedad a esta finca. He procurado poner desde luego en práctica sus sabias indicaciones. La tarea me descorazona. Creo que nunca podré amar a mi infeliz esposa. Como no soy del todo malo esto me aflije. Josefina no tiene la culpa de lo que ha pasado y, sin embargo, siento hacia ella inquina. Siento hacia ella el despecho, la rabia, que se siente hacia el obstáculo que se opone a nuestra dicha. Soy injusto, lo comprendo, pero no puedo remediarlo.

La acabo de dejar a la puerta de la alcoba nupcial. No, no puedo entrar ahí. No puedo ver a otra mujer en esa alcoba que era para mi Elena.

¿Por qué amo a aquella mujer y no a esta? me pregunto. Josefina es casi tan perfecta, es casi tan hermosa como Elena. ¿Por qué la una me deja impasible y el menor contacto de la otra me hacía desfallecer de placer?

La razón vulgar dice: Porque a Elena la amas. Pero, en esencia, ¿qué quiere decir eso? ¿Qué es el amor? ¿Por qué

amo a Elena? ¿Por qué he sentido por ella lo que jamás había sentido por otra mujer? ¿Por qué se estremecía todo mi sér cuando mis ojos se encontraban con los suyos? ¿Por qué a su lado sentía toda la plenitud de la vida? ¿Por qué al perderla sentí que el aire me faltaba, que el corazón me ahogaba, que me quedaba para siempre en tinieblas? ¿Qué hay pues en ella tan en armonía conmigo que al encontrarla sentí que mi sér se ensanchaba; que mis potencialidades se aumentaban; que mi horizonte se dilataba; que se hacía consciente en mí la percepción del infinito?

Si sólo somos carne, como yo siempre he creído, mi carne debería sentir igual sensación ante cualquier mujer hermosa. Las sensaciones que yo sentía por Elena, sólo ella era capaz de producírmelas. No radicaban únicamente en la materia. Radicaban en algo más sutil que la carne; más ardiente que el deseo; más misterioso que el pensamiento; más íntimo que la conciencia; más profundo que la vida.

Penetraban mi sér entero, como penetra la luz un cristal. Estaban en todas las partes de mi cuerpo, pues todas se estremecían por igual a su contacto. Radicaban en lo más íntimo de mi substancia, en la esencia de mi esencia.

Me parece que el amor que yo siento por ella no nació al encontrarla. Me parece que era un germen que ya vivía en mí; en la parte más viva de mi vitalidad; en lo más recóndito de mi pensamiento. Un germen que empezó a vivir cuando empecé a vivir yo; que era parte de mí mis-

mo; que se nutría de mi vitalidad; que condensaba en sí todos mis sentimientos, todas mis aspiraciones, todos mis ideales.

Y ese germen vivía de mi vida. Era la esencia misma de mi vida. Y yo no me daba cuenta de su existencia. Como un ciego no se da cuenta de la luz que le hiere los párpados. Fué preciso conocer a Elena para que ese germen divino se desenvolviera; para que yo me diera cuenta de su existencia; para que yo me diera cuenta de cómo puede efectuarse la expansión de un ser, la dilatación de una alma, la absorción de una vida por otra vida.

¿Por qué Elena y no otra mujer despertó mi ser íntimo? ¿Por qué ella y no otra desenvolvió el divino germen de amor que dormía en lo más recóndito de mí mismo? ¿Por qué fué ella y no otra de las muchas mujeres que me habían gustado en la vida? ¿Quién le concedió a ella esa divina virtud? ¿Quién le dió a ella el dominio de mi ser, de mi vida, de mis sensaciones? ¿Quién le dió a ella la divina potencia de hacerme desfallecer de placer con sólo tocarme con sus manos, con sólo rozarme con la tela de su traje? ¿No son sus manos semejantes a otras manos femeninas? ¿Por qué entonces, sólo cuando sus manos me tocaban me sentía bueno, anhelante de purificaciones y de blancuras; deseoso de ser como ella bueno, de ser como ella puro?

Afinaciones, armonías, dicen algunos. Pero ¿de dónde nos vienen a nosotros esas afinaciones, esas armonías? ¿De la igualdad de educaciones? No, ella se educó en

un poblacho, yo me eduqué en el gran mundo. Su educación es mediana, la mía es refinada. ¿Igualdad de ideas? No, ella es religiosa, yo descreído. ¿Igualdad de costumbres? No, ella es pura, yo soy impuro. ¿Igualdad de caracteres? No, ella es humilde, yo soy altivo; ella es dócil, yo rebelde; ella es sumisa, yo soy dominador. ¿Por qué pués a un ser tan diferente del mío ; a un sér desconocido, extraño por completo a mi vida, de quien la ausencia o presencia me eran totalmente indiferentes, le bastó cruzarse en mi camino para posesionarse para siempre de mí?

Espero su contestación. La espero ansiosamente. Le ruego que no la retarde. Mi espíritu está lleno de tristeza y de confusión.

Cuando era feliz, me mofaba de la filosofía. ¿Se acuerda usted de nuestra visita al Tepeyac? Elena iba con nosotros, iba de mi brazo... Usted hablaba de cosas muy profundas. Yo lo oía distraídamente. Ella estaba conmigo, y yo no quería oir nada más que su voz. Pero ahora que la he perdido, ahora que estoy solo, necesito que usted me comunique algo de su fortaleza, algo de su serenidad.

Suyo afectísimo,

Andrés Fernández de Lara».

XXIII

CARTA DE KELLER A ANDRES

«Señor don Andrés Fernández de Lara.

Muy distinguido y fino amigo:

El Dolor y el Amor enseñan lo que ningún maestro, lo que ningún libro pueden enseñar. El Amor y el Dolor os han hecho levantar una punta del velo que encubre el Divino Misterio y os ha revelado algunos de sus secretos.

Sólo un gran amor pudo haberos mostrado la verdad que encierra esta frase que escribísteis en vuestra carta: «Me parece que el amor que yo siento por Elena no nació al encontrarla. Me parece que era un germen que ya vivía en mí; en la parte más viva de mi vitalidad, en lo más recóndito de mi pensamiento». Esa frase vuestra, señor, encierra, a mi entender, una gran verdad.

El amor que vos y la señorita Elena os profesáis viene de un pasado muy lejano; tan lejano, que viene más allá de vuestra presente vida, más allá de todos vuestros recuerdos. Nació, quizás, en vidas anteriores, en existencias vividas, por la parte más espiritual de vuestros seres. En esas pasadas existencias la señorita Elena y vos fuísteis forjando vuestro mutuo amor; fuís-

teis alimentándolo como se alimenta una llama ; puliéndolo como se pule una joya ; cultivándolo como se cultiva una flor.

Quizás empezó, por una momentánea atracción, por un bajo instinto. Y las circunstancias y el tiempo lo hicieron desarrollarse y crecer. Fué por esto que al encontraros os pareció que ya os conocíais. Fué por esto que al miraros fuísteis uno hacia el otro, con tanta alegría, como dos amantes ausentes que se encuentran de nuevo.

El ser de Elena y el vuestro se compenetran y se completan ya de tal manera que, entre vosotros, no puede haber una separación definitiva. Podréis haber perdido en esta existencia la posesión de vuestros cuerpos físicos ; pero lo que hay en vosotros de eterno ; lo que hay en vosotros de inmutable os pertenece para siempre. Os encontraréis ; a través de nuevas existencias ; a través del tiempo ; a través de la eternidad. Hasta que vuestro amor sea de tal manera perfecto que perdáis la noción de la separatividad y os convirtáis en un solo ser, grande como Dios y como Dios inmortal.

El objeto de nuestra existencia debe ser desarrollar al máximo nuestra potencialidad de amar.

El que odia se empequeñece. El que ama se engrandece. El más poderoso y el más feliz, no es el que tiene más honores o más dinero, sino el que siente más amor. Muchos potentados ha habido ; y ya nadie recuerda ni sus nombres. Son menos que

sombras de una sombra. En cambio son profundamente venerados los que, como Jesús o como Buda, sintieron el más noble de los amores, el que los comprende a todos, el que a todos los diviniza: el amor por la humanidad.

Nos engrandece el amor por un solo individuo, pero más nos engrandece el amor por la familia. Más el amor por la raza. Y más aún el amor por la humanidad.

La grandeza del amor individual consiste, precisamente, en que desarrolla en nosotros lo que en nosotros hay de bello y de bueno; en que aumenta nuestra potencialidad de amar; en que nos enseña a romper los dinteles de la separatividad individual; y nos prepara para el amor de la familia y de la raza, hasta llevarnos al amor de la Humanidad.

A medida que el individuo eleva su nivel moral, mejora la calidad de su amor.

El amor del salvaje es semejante al de las fieras, está hecho como el de ellas únicamente de instinto. El amor del hombre refinado es refinado como él. Se nutre de lo mejor de su espíritu. Se viste con los mejores ropajes de su intelectualidad.

A medida que un individuo mejora su nivel moral, aumentan sus posibilidades de sufrimiento y de placer. Aumentan sus deberes, porque aumentan sus certezas.

El salvaje no puede ni sospechar siquiera las infinitas sutilezas de que se reviste el placer del hombre intelectual.

El hombre intelectual no puede ni sospechar siquiera la dosis de infinito que hay en el amor del Super-Hombre. Pues

si media un abismo entre el salvaje y el hombre intelectual; media un abismo aún más profundo entre el hombre intelectual y el Super-Hombre.

El intelectual sospecha. El Super-Hombre sabe.

El intelectual busca. El Super-Hombre ha encontrado.

El intelectual duda. El Super-Hombre cree.

El intelectual estudia. El Super-Hombre medita.

La mente del intelectual está llena de dudas. La mente del Super-Hombre está plena de certezas.

El corazón del intelectual está lleno de confusión. El corazón del Super-Hombre está lleno de serenidad.

En donde termina el pensamiento del intelectual, empieza el pensamiento del Super-Hombre. El fin del pensamiento del Super-Hombre se toca con el pensamiento de Dios.

El intelectual busca la belleza. El Super-Hombre la encuentra en todo lo que le rodea. Su vida está hecha de devoción y de éxtasis. Su alma flota en el infinito. Siente que vive en lo sublime. Siente el valor de todos los instantes. Reverencia y ama todas las cosas. Para él no hay grande y pequeño, bueno y malo, feo y hermoso. Todo le merece la misma atención reverente. Todo le inspira la misma devoción. Su alma se queda extática ante una estrella, lo mismo que ante el ala de un mosquito o ante el pétalo de una flor. Pues para él todo entraña el mismo pro-

digio, el mismo estupendo misterio. Siente en sí, la eternidad de la Vida; la continuidad de la Conciencia. Reverencia a Dios en todo y a todo en Dios. Para él todo es sagrado. Su vida es una perpetua adoración.

Os he manifestado la diferencia que hay entre el intelectual y el Super-Hombre, para invitaros a no deteneros en los estrechos dominios de la intelectualidad.

Nada retrasa tanto como el circunscribir el corazón a un solo amor y la mente a una sola idea.

«Es preciso, ha dicho D'Annunzio, hacer la vida propia, como se hace una obra de arte. Es necesario que la vida de un hombre de inteligencia sea su obra propia. La verdadera superioridad está ahí. Precisa conservar, a toda costa, la libertad absoluta ; hasta en la embriaguez.»

Pensad en esto y no esclavizéis vuestra voluntad a otra voluntad. Sed libre. Haced que vuestro corazón sienta lo que debe sentir y no lo que quiera sentir.

No hagáis estribar la verdadera dicha en la posesión de una criatura humana. El alma del hombre es infinita; su amor puede y debe extenderse al infinito. No encerréis vuestra alma y vuestros pensamientos en un círculo de hierro. Sed libre, romped todos los círculos; romped todas las cadenas; sed el amo de vos mismo. No apaguéis la llama de vuestro amor; al contrario, avivadla, engrandecedla. Para que no se circunscriba a un solo ser; para que no sea como una débil lámpara que sólo calienta y alumbra una alcoba, para que

sea como un potente sol que a todos vivifica con su calor y con su luz.

Termino deseando ardientemente que sepáis extraer del Deber el néctar exquisito que encierra.

Que la paz siempre os acompañe,

Otto Keller».

XXIV

TRISTEZAS Y DULZURAS

Aquella carta, y otras que Keller escribió a Andrés, fueron, poco a poco, serenando su espíritu y calmando su ansiedad. Cumplía en gran parte su deber hacia su esposa. Lo cumplía con tristeza, con forzada voluntad; pero lo cumplía con el desprendimiento, con la hidalguía, que le era peculiar.

La respetaba y la hacía respetar. La trataba y la hacía tratar como a la señora de la casa. En las tardes la llevaba a pasear al campo en carretela descubierta. En las noches jugaba con ella al dominó, la acompañaba a la casa de su familia o daba con ella largos paseos bajo los árboles del huerto.

Procuraba ponerse al pequeño nivel intelectual de ella y le hablaba como a una niña, como a una hermanita pequeña. Estudiaba sus gustos y los satisfacía. Conociendo su predilección por las gallinas y por las palomas, mandó edificar cerca de la casa un moderno gallinero y un bonito palomar; y llevó su benevolencia hasta pedir a la capital una fina colección de palomas y de aves de corral.

No se puede mirar mucho tiempo una flor, por humilde que sea, sin maravillarse

de la exquisita tonalidad de sus colores, de la delicada suavidad de sus pétalos, de la penetrante dulzura de su perfume. No se puede mirar mucho tiempo a una mujer bonita, sin maravillarse de la turbadora gracia de sus formas ; de la suavidad aterciopelada de su cutis ; de su exquisita gracia femenina ; de su dulcísimo perfume de mujer.

Andrés encontraba cada día una gracia nueva en su esposa. Era una gracia humilde, como la suave gracia de una florecita silvestre. Pero aquella gracia unida a otras iba destacando una dulcísima personalidad.

Su carácter silencioso, sus actitudes reposadas, armonizaban deliciosamente con el oro pálido de sus cabellos y con la blancura enfermiza de sus mejillas.

Rara vez se atrevía a mirar a su esposo. Pero, había en sus ojos, cuando lo veía, una expresión maravillada, extática. Parecían los ojos de una santa mirando arrobada una celestial aparición.

En aquella pobre niña, ignorante y desgraciada; en aquella pobre criatura que jamás había sido amada, las bondades de Andrés habían despertado un profundo cariño, una profunda gratitud.

Y aquel cariño y aquella gratitud dimanaban de ella, como dimana el perfume de una flor; y envolvía a Andrés en una muda y devota adoración.

Así como un perfume, por suave que sea, acaba por invadir todo lo que se le aproxima ; así el perfume de aquel cariño fué invadiendo el corazón de Andrés. Lo fué lle-

nando de un sentimiento indefinible; de un sentimiento de que él mismo no se daba cuenta; de una sensación tenue, sutilísima, apenas perceptible. De una sensación mística como una plegaria, cristalina como una lágrima, deliciosa como un ensueño, blanca como un amanecer.

Sentía tristezas y dulzuras de convaleciente. El recuerdo de Elena persistía, pero no lo torturaba ya. La comparación que constantemente le sugería la frialdad de estatua de Josefina y la ardiente vivacidad de Elena, era cada día menos punzante. El juramento que había hecho a Elena de no besar jamás a su esposa empezaba a pesarle. He decidido, se decía, cumplir mi deber hacia Josefina. ¿Lo cumplo privándola de mis caricias? Si mi esposa me quiere, como todo parece indicármelo, ¿no es crueldad en mí tratarla como a una hermana? Si esa niña bajo su aparente frialdad tiene sueños de amor, anhelos de maternidad, ¿no es indigno y ridículo en mí cumplir a Elena mi juramento?

¿Quién sugería a Andrés aquellos pensamientos? ¿Sería el deber? ¿Sería un nuevo amor que empezaba?

XXV

NOCHE DE BODAS

Una noche de otoño serena y tibia. Una noche en que ya la señorial mansión se hallaba sumergida en el reposo y en la sombra, Andrés se dirigió hacia la alcoba de su esposa. Se dirigió hacia ahí sin una idea determinada, sin un pensamiento fijo. Se sentía turbado y calenturiento. Una voz murmuraba dentro de él, como un eco lejano: «Elena, te juro que no he dado a mi mujer el primer beso; te juro que no se lo daré jamás, jamás».

A cada paso que daba, la voz era más clara, parecía acercarse, parecía repetir, acentuándolo: «Jamás, jamás».

No obstante Andrés avanzaba. Llegó a la alcoba nupcial, abrió suavemente la puerta, entró.

Una lámpara, a media luz, con abatour rosa, bañaba la estancia de tenue claridad. Los contornos de las cosas se perdían en la vaguedad de la luz. Al fondo se destacaba un ancho lecho totalmente cubierto por amplios velos níveos. Había en la alcoba una inmensa paz, un silencio inmenso. Andrés se detuvo sobrecogido. Se sentía turbado y calenturiento. Ya no oía la voz que en él hablaba como un eco lejano. ¡Sólo oía los latidos de su propio corazón!

Se acercó al lecho y descorrió el velo.

Josefina dormía. Dormía castamente cubierta con una sábana de lino. Una de sus manitas pálidas reposaba sobre su corazón. La otra, extendida hacia el borde del lecho, sostenía una corona de azahares. ¡La corona de sus desposorios! ¿Por qué estaban ahí aquellas simbólicas flores? Sin duda Josefina se había quedado dormida contemplándolas... ¿Cuántas veces en la soledad de su alcoba se había entretenido en aquella contemplación?

La virgen dormía. Bajo la luz rosada de la lámpara explendía vagamente el oro pálido de sus cabellos y la blancura marmórea de sus mejillas. Dormía...

De aquel ancho lecho, de aquellos blancos velos, de aquella pálida virgen, parecía surgir un nupcial misterio, un sacro perfume de himeneo.

Andrés de pie, inmóvil frente al lecho, la contemplaba absorto.

Una extraña luz se iba haciendo en su alma. Le parecía que por vez primera la veía. Le parecía que aquel rostro dormido, que aquel cuerpo en reposo, tenían una expresión nueva, una belleza sobrenatural. Aquella frente inmóvil, aquellos párpados cerrados, aquella boca silenciosa, parecían revelarle el oculto secreto de la íntima bondad, de la belleza íntima de aquel ser. El alma taciturna de aquella virgen parecía hablarle, parecía decirle con infinita tristeza: «Yo no merezco tu abandono».

Aquellas dos manitas pálidas, casi diáfanas, reposando la una sobre el corazón y la otra sobre la simbólica corona, pare-

cían revelarle un mundo de caricias comprimidas, de ternuras ahogadas, de ensueños de amor acariciados en la soledad de aquella alcoba.

De aquel ancho lecho, de aquellos blancos velos, de aquella pálida virgen, parecía surgir un nupcial misterio, un sacro perfume de himeneo.

Un sentimiento nuevo, dulcísimo, invadió el corazón de Andrés. Era un sentimiento sutilísimo en que la carne y el espíritu tomaban parte; en que la voluptuosidad y la devoción se mezclaban; en que el respeto por la esposa, ahogaba la codicia por la mujer.

El espíritu habló en aquel hombre que se decía materialista. Le pareció que aquella alcoba era un santuario; que aquel lecho era un tabernáculo. Y él, que jamás había doblegado las rodillas ante nadie, se arrodilló murmurando palabras de adoración.

Josefina abrió los ojos, vió a su esposo junto a ella. Un vivísimo carmín coloreó su carita. Llevó rápidamente las manos a la sábana y se cubrió hasta la barbilla.

—¿Quieres darme un beso?—dijo Andrés extendiendo hacia ella los brazos.

La virgen cerró los ojos y murmuró dulcemente:

—Soy toda tuya.

En su actitud y en su voz había el candor exquisito con que una flor ofrenda su perfume; la divina sumisión con que una esclava ofrenda su belleza a su señor.

XXVI

MISTERIOS

La vida continuó para aquel matrimonio, sin grandes dichas, pero sin grandes amarguras. Una vida algo monótona, algo triste en el fondo.

Aquellos dos seres, a fuerza de procurar congeniar, congeniaban. Pero no habían podido llegar a la suprema meta, a la dicha suprema.

Se querían. Pero su cariño hecho de piedad, de gratitud, de deber, se parecía mucho al cariño fraternal. Era un afecto tranquilo, reposado, sin las ardientes alegrías del amor, sin sus desmayos, sin sus torturas, sin sus celestiales éxtasis.

Ella, empero, era más feliz que él, porque su ignorancia y su corta mentalidad, le impedían hacer comparaciones. Empezaba, además, a sentirse madre. Y el séquito de infinitas ternuras, de vagos ensueños, de dulcísimas melancolías, que trae aparejada la maternidad embargaban su alma.

Cuando Josefina dió a luz su primer hijo, la abuela, con la inconsciente crueldad de los felices, mandó a sus parientes de Pátzcuaro una esquela del bautizo.

La salud muy quebrantada de Elena recibió un golpe tan duro que su madre, alar-

mada, hizo que, para distraerse, fuera a pasar una temporada a Guadalajara con Pedro, el hermano mayor, que allá estaba establecido.

Con grandes muestras de cariño recibió Pedro a su hermana. La colmó de agasajos, e insistió en que conociera la ciudad y que frecuentara sus paseos y sus teatros.

Elena obedecía por complacerle, pero no sentía la calma ni el alivio que buscaba.

La torturaba constantemente la misma visión. Veía en una alcoba una mujer amamantando a un niño; veía a Andrés inclinarse solícito sobre aquellos dos seres. Pero ¿es posible? se decía casi fuera de sí; en la alcoba que debía ser mía hay otra mujer; el hijo que debía ser mío es de otra, lo amamanta otra mujer, lo amamanta otra mujer. Los besos, el alma, de Andrés, ya no son míos. ¿Pero es eso posible? ¿Pero es eso posible? ¿La firma de un juez y la bendición de un sacerdote pueden separar para siempre dos destinos? Cuando Andrés me propuso partir con él al extranjero, formar allí nuestro hogar, yo debí haber aceptado. Las creencias que me han imbuído me dicen que no debí hacerlo. Pero mis creencias innatas, mis sensaciones espontáneas, mis sentimientos más íntimos, me reprochan, me acusan de haberme sustraído, por preocupaciones, quizás vanas, a la ley sagrada del Amor y de la Vida. ¿Hice bien? ¿Hice mal?

Aquella visión y aquellas dudas la torturaban continuamente.

En vano buscaba distracción en teatros y paseos. La música la hacía llorar, las

risas le hacían daño. Acabó por negarse a salir de paseo, y buscó, como en su pueblo lo hacía, la compañía de los desgraciados.

Visitaba los hospitales y las cárceles. Se pasaba horas enteras rodeada de seres sombríos y dolorosos. Llevaba en sus visitas una imitación de Cristo. Leía en voz alta algunas líneas y después, con dulce acento, explicaba el significado de ellas. Sus palabras caían, como gotas de bálsamo, sobre aquellos desventurados. Bajo la magia de su voz los enfermos dejaban de quejarse y los rostros sombríos de los presos se dulcificaban.

En aquellos antros tenebrosos, era una estrella. Entre aquel fango, era una flor. En aquella sombría noche, era la aurora. En aquel abismo de dolor, era una sonrisa.

Su cuerpo respiraba tanta juventud, su carita era tan hermosa, su voz era tan dulce, que los miserables, acostumbrados a ver sus mutuos dolores, sus mutuas fealdades y sus mutuas desesperaciones, la contemplaban extasiados.

Ella tan triste, ella tan pálida, era para ellos la alegría, la salud y la vida.

Poco a poco, al enterarse de los enormes sufrimientos de otros seres, su dolor se empequeñecía. Había creído que sus sufrimientos eran inmensos y ante otros sufrimientos verdaderos su pena le parecía insignificante. Al infundir valor, lo sentía. Al aconsejar la resignación, se sentía resignada.

Y ella, que al entrar a la sombra se sentía sombría, al salir se sentía iluminada

por el goce interior que producen las buenas acciones.

Y ella que, al descender al fondo del dolor humano, se sentía desesperada, al aliviar aquel dolor se sentía consolada.

Aquellos antros tenebrosos, tenían para ella resplandores. En aquellos océanos de dolor, ella encontraba ocultas divinas perlas. En aquellas obscuras conciencias, ella encontraba estrellas. Aquellos seres sombríos y dolorosos la consolaban. El alma humana es así; tiene esos abismos misteriosos.

XXVII

ANA ROSA

Un día, acompañada de su hermano, Elena visitó un orfanatorio.

Los niños que son poesía, que son amor, que son alegría, estaban ahí abandonados por centenares.

Las aventuras callejeras habían dejado ahí aquel triste sedimento.

Elena recorría lentamente el asilo. Estaba convulsa, tenía en los ojos humedades de llanto. Se sentía presa de angustia y de piedad. Aquella alma toda ternura; aquel cuerpo desbordante de vida; aquella mujer hecha para la maternidad; aquel amplio busto y aquellas caderas divinamente vigorosas, sentían, ante el abandono de tantos niños, una rebelión sagrada, una indignación santa.

Se detuvo frente a una cuna. Una niña, tendiéndole los bracitos, le sonreía.

Era una pequeñuela de seis meses. Una deliciosa muñeca sedosa y torneada. Le sonreía...

Lectora. ¿Te ha sonreído alguna vez un niño? ¿Has comprendido todo lo que hay de infinito y de cielo en la sonrisa de un ángel? ¿Has adivinado el misterio profundo que encierran las miradas divinamente inconscientes de un niño? ¿Te has

deleitado con la gracia incomparable de una boquita desdentada que sonríe enseñando sus encías de rosa? ¿Se han tendido hacia ti dos manitas más lindas y frágiles que las manitas de una muñeca? Si has tenido esa dicha y si eres buena, fácil te será adivinar lo que Elena sintió ante aquella inesperada y celestial sonrisa.

Tomó a la pequeñuela en los brazos y la cubrió de besos.

—¿Te has fijado, te has fijado, hermano? Se ha sonreído conmigo, me ha echado sus bracitos. ¿Me habrá tomado por su madre? ¡Pobrecita!

Su profundo instinto maternal se desbordaba. La casualidad misteriosa que preside a todas las acciones de la vida la había puesto frente a lo que ella necesitaba para consolarse. Creía padecer por haber perdido a su prometido y, en realidad, y sin saberlo, sufría por necesidad de amar. Su naturaleza ardiente, su temperamento religioso y exaltado, necesitaban un ídolo a quien dedicarle adoración. Su instinto maternal era tan profundo que comprendía que para salvar su amor y su honra, necesitaba ser madre aunque fuera en apariencia.

Sintió, de pronto, que su salvación, que su vuelta a la vida sería aquella niña. Y, mirando a su hermano, con sus grandes ojos luminosos y ardientes, exclamó:

—Yo quiero adoptar a esta niña.

El hermano se quedó estupefacto.

—Vaya una locura—dijo enfadado.—Deja a esa chiquilla y vámonos. Vaya un dispa-

rate. Adoptar a un niño a tu edad, cuando puedes casarte y tener una docena.

—Jamás querré a ningún hombre para marido; ni nadie me querrá a mí para mujer. El disgusto con Andrés fué de tal índole, que toda la gente sospechó que se me había encontrado de una manera muy inconveniente con el sacerdote. En un pueblo una muchacha de cuya honra se ha hablado no se casa. Yo no me casaré. Ni querré, ni podré. Así pues ya que tanto me gustan los niños y que no podré ser una mamá de veras, quiero ser una mamá postiza.

—No seas loca, no seas loca, vámonos, vámonos—repetía el hermano.

Elena no se resolvía a dejar a la pequeñuela. Se sentía atraída hacia ella por misteriosa simpatía. ¿Cuál será la causa de esas atracciones? ¿Cuál será el verdadero origen de esos afectos que brotan al encontrarse dos seres? ¿Por qué aquella muñequita de seis meses, generalmente huraña, sonrió a Elena y extendió hacia ella sus bracitos? ¿Por qué la virgen ante aquella inesperada sonrisa sintió que se despertaba en su alma un tiernísimo afecto por aquella criatura?

Cuando Elena dejó a la niña en su cuna y se alejó, la pobre criaturita se soltó llorando. Elena se devolvió, y le prometió, entre miles de besos, que volvería por ella.

Alejándose ya le preguntó a la empleada que los acompañaba:

—¿Cómo se llama la chiquita?

—Ana Rosa.

—¿Se conocen a sus padres?
—No, es hija de padres desconocidos.
—¿Quién la trajo aquí?
—No sabemos. Al amanecer la encontramos en la puerta. Recuerdo que estaba casi muerta de frío, pues era una mañana de invierno y acababa de nacer; ni aún siquiera la habían bañado. Nos supusimos que pertenecía a alguna persona de alta clase porque estaba envuelta en un finísimo edredón de seda. Por lo demás su color y sus facciones parecen confirmar esa creencia.

Elena escribió a su madre solicitando su permiso para adoptar a la niña. Varias cartas se cambiaron madre e hija. Con grandes dificultades logró convencer a doña Catalina y al fin el permiso fué obtenido.

Los arreglos con la administración fueron rapidísimos, y una mañana de primavera Ana Rosa, gorjeando como un pájaro, salió del asilo en brazos de Elena.

Al día siguiente la señorita Iriarte, su hermano, la niña y su nodriza partieron para Pátzcuaro.

Desde aquel momento la vida de Elena tuvo un objeto. Su adoración tuvo un ídolo; y su espíritu se serenó.

Dedicó a aquella niña todas las ternuras de su alma. La rodeó de exquisitos cuidados y de apasionada y maternal vigilancia.

Tenía aquel cariño algo del que siente una chiquilla por su muñeca. Le hacia infinidad de trajecitos, y se deleitaba engalanándola y jugando con ella como si fuera una verdadera rorra.

Leía, sin tortura, las cartas de Angelita, en que le relataba las gracias de su nieto, y contestaba relatando a su vez los encantos de Ana Rosa.

Al saber Andrés que Elena había adoptado a una niña se conmovió profundamente. Adivinó que aquella decisión entrañaba la idea de no casarse jamás. Le escribió una carta tiernísima, enviándole para la niña una preciosa canastilla, y rogándole que aceptara para su hijita adoptiva un regalo anual en metálico, que depositaría él en un Banco a su nombre y que la niña retiraría al cumplir dieciocho años.

Contestó Elena brevemente aceptando en nombre de la niña y enviándole un retrato de la pequeñuela.

Andrés escribió declarándose enamorado de la belleza de Ana Rosa, y suplicando se le enviara cada seis meses una fotografía y se le permitiera escribir a menudo para informarse de ella. Era un ardid de él para hacer consentir a Elena en escribirle. El ardid dió buen resultado. Elena y Andrés se escribían, a menudo, con uno u otro pretexto.

Pronto las cartas dejaron de circunscribirse únicamente a Ana Rosa. Se deslizaron, casi sin darse cuenta, a un estilo cariñoso y sentimental que cada vez fué siendo más íntimo.

Sus cartas acabaron por ser para ambos una necesidad. Se confiaban en ellas sus pesares, sus esperanzas, todos los episodios de su vida cuotidiana. Estaban impregnadas de melancolía. A su pesar re-

cordaban, a su pesar lloraban por un pasado que no podía renacer. A su pesar revelaban el secreto de su mutuo amor que era más profundo y exquisito, cuanto más trataban de ocultarlo con los múltiples velos del misterio.

Con infinitas precauciones, para no alarmar a Elena, Andrés empezó a solicitar de ella una secreta entrevista. Ponía por pretexto que tenía vivísimos deseos de conocer a la niña y juraba que la entrevista sería enteramente amistosa.

Tanto insistió, que Elena cedió, pensando que era posible entre ellos la amistad.

Venciendo un sinnúmero de dificultades tuvieron algunas entrevistas secretas. Pero su exaltación fué tan aguda, su delirio tan intenso, que Elena azorada y convulsa se negó terminantemente a continuarlas, comprendiendo que su valor se debilitaba y que su honor estaba próximo a naufragar.

—Quiero que tu amor dure mi vida entera—le decía en una carta,—y desde el momento que yo sea para ti una mujer vulgar, dejaré de ser la novia ideal que ha ocupado tu mente tanto tiempo y que piensa ocuparlo tanto tiempo aún.

—Volveremos a vernos—le decía en otra carta—cuando la amistad sea posible entre nosotros. Cuando nuestras manos puedan tocarse sin estremecerse. Cuando nuestros labios puedan besarse sin hacernos desfallecer. Cuando nuestras miradas puedan encontrarse sin que nuestra carne palpite, sin que vibre nuestra alma, sin que se agite nuestro corazón. Volveremos a ver-

nos cuando nuestros cabellos estén blancos; cuando nuestra carne haya muerto para el amor.

Andrés febril, desesperado, casi loco, partió solo para París y se entregó con enfermizo ardor a todo género de placeres.

XXVIII

VEINTE AÑOS DESPUES

La vieja morada de la familia Iriarte, permanecía casi intacta. Doña Catalina y sus hermanas habían muerto. Pedro y José se habían casado. Sofía era abuela.

En aquella casa demasiado vasta, sólo vivían Elena y Ana Rosa.

Esta última acababa de cumplir veintiún años, estaba esplendente de belleza, de gracia y de juventud.

Elena había cumplido cuarenta y seis años.

El tiempo no había tenido compasión de su belleza. Estaba marchita, totalmente marchita. Su negrísimo pelo empezaba a volverse gris. Las puras líneas de su cuerpo habían perdido su armoniosa perfección. Su cutis había perdido su tersura. Sus mejillas, sus brazos, sus senos, sus caderas, sus formas todas tan elásticas, tan duras, tan repletas de vida, tan divinamente modeladas, se habían aflojado como una cuerda que pierde su tensión; como una fruta que pierde su jugo; como una flor que pierde su savia. Sus movimientos, tan llenos antes de vivacidad y de seductora arrogancia, era reposados, casi torpes. Sólo conservaba su conversación fácil y caliente y sus lindos ojos llenos aún de inteligencia, de bondad y de luz.

En toda su persona había una marcada expresión de desencanto y de fatiga. Se veía bien que estaba vencida, que nada esperaba, ni nada quería ya de la vida. En su rostro noble y marchito había el profundo, el infinito desencanto del ser que ha debido cumplir una misión y que no la ha cumplido. En aquel rostro noble y marchito se veía la honda amargura de la mujer que nació para la maternidad y que la maternidad le fué negada.

Aquellas caderas vigorosas habían caducado sin haber sido consagradas por la maternidad.

Aquel amplio busto se había marchitado sin haber sentido la divina deformación de la onda láctea.

En aquel rostro noble y marchito había el dolor incurable de algo frustrado para siempre. En aquel sol que iba lentamente hacia su ocaso había una infinita melancolía.

En el momento en que recomenzamos nuestro relato, Elena y Ana Rosa estaban en el patio de su casa; plácidamente sentadas en unos silloncitos de mimbre. Elena tejía. Ana Rosa cantaba mirando a las golondrinas que aquel año, como en años anteriores, habían invadido los corredores de la casa.

Las gentiles avecitas iban y venían diligentes, bulliciosas y parleras. Sus finos cuerpecitos atravesaban como saetas el azul espacio. Algunas revoloteaban por el patio, eligiendo el mejor sitio para sus nidos; iban y venían, se detenían, piaban, parecían consultarse, parecían dialogar, movían

sus gentiles cabecitas y charloteaban en su lenguaje de trinos.

Las que ya estaban fabricando sus nidos lo hacían con bulliciosa alegría, con infatigable actividad. Iban y venían certeramente a su nido, sin la menor equivocación, sin el menor titubeo.

Ante los ojos absortos de Ana Rosa el nido iba tomando forma; una forma tanto más admirable, cuanto que, sin perder las proporciones precisas para el fin a que estaba destinada, era diversa según la requería el lugar elegido.

No obraban a ciegas, no tenían indecisiones, ni tanteos, ni torpezas. Parecían ejecutar una idea premeditada, libremente preconcebida.

En algunos nidos las hembras estaban ya echadas. Su bulliciosa actividad, su ruidosa garrulería, su inquieto ir y venir, se habían tornado en silencio y reposo. Ellas, tan ávidas de movimiento y de luz, permanecían casi inmóviles en la semiobscuridad del nido.

En otros nidos se oía ya el tierno piar de los polluelos recién nacidos. La hembra curvaba su fino cuerpecito, ahuecaba sus alas, impartiendo delicados cuidados a sus crías. El macho iba y venía, con incansable actividad, trayendo para ellos el alimento. Cuando él llegaba, había en el tibio nido un estremecimiento de regocijo. Los implumes polluelos piaban, movían sus desnudas alitas, alargaban sus pescuecitos y abrían desmesuradamente sus picos. A veces el macho se detenía en el borde del

nido, pavoneaba su gentil cuerpecito y cantaba satisfecho de su obra.

Había nidos en que los polluelos, vigorosos ya, y cubiertos ya de plumas, piaban ruidosamente, moviéndose inquietos y saliéndose fuera del nido. En este momento el macho y la hembra, en vez de volar con su acostumbrada rapidez, hacían lentos y pequeños vuelos invitando a sus crías a seguirlos. Elegían, al principio, un lugar muy cercano al nido; 40 ó 50 centímetros a lo más, y ahí se iban. En tanto los polluelos abandonados piaban furiosamente, se movían inquietos de un lado a otro ansiando irse con ellos y no atreviéndose a lanzarse al vacío.

La hembra y el macho, alborozados e inquietos, los llamaban, incesantemente, con insistente piar. Mas los polluelos, palpitantes y medrosos, gritaban angustiosamente, sin atreverse a volar. Los padres entonces iban y venían repitiendo el vuelo para que sus crías los imitaran. Iban y venían y se detenían luego en un lugar cercano; y su piar era tan amoroso, tan insinuante, que había en él algo que hacía recordar a los padres humanos cuando enseñan a sus hijos a dar los primeros pasos. Los medrosos se decidían al fin; abrían las alas y se lanzaban al lugar en donde sus padres los esperaban. ¡Qué bulliciosa alegría entonces la de la alada familia! ¡Qué alegre y ruidoso piar!

Y continuaba la lección. Los vuelos muy cortos al principio se hacían más y más grandes. Cuando se trataba de abarcar el patio entero, muchas aves se reunían a

ayudar a los padres a enseñar a volar a sus crías. Volaban en pequeñas parvadas llevando en medio a los pequeños. Después de cada vuelo había un reposo. Los vuelos eran cada vez mayores, hasta que, al fin, todas las avecitas se perdían en la lejanía azul.

—¿Qué contemplas tan absorta?—preguntó la solterona a la jovencita.

—Las golondrinas, madre. Me parecen maravillosas.

—Todo lo que existe, hija mía, te parecerá maravilloso si le dedicas tu atención. Si fuéramos verdaderamente atentos, estaríamos constantemente maravillados. Vivimos en lo prodigioso, en lo sublime, pero no sabemos darnos cuenta. Tocamos a cada instante lo estupendo, lo milagroso. Pero entretenidos siempre en vanos pasatiempos no nos damos cuenta.

—Dime, ¿tendrán alma las aves? ¿Tendrán inteligencia?

—Yo no tengo bastante ilustración, hija mía, para explicarte eso. Algunas veces se me ocurrió a mí la misma pregunta y escribí sobre ese asunto al señor Keller, el sabio amigo de quien tantas veces te he hablado.

—¿Y qué le contestó a usted?

—Tal vez yo no sabría explicártelo bien. Es mejor que tú leas su carta. Tráeme la caja en que guardo su correspondencia.

Ana Rosa corrió hacia una pieza y poco después volvió con una caja en la mano.

La carta de Otto Keller decía así:

XXIX

CARTA DE KELLER A ELENA

«Señorita Elena Iriarte.

Muy estimada amiga:

Me pregunta usted si las aves tienen alma.

Según mi entender todo lo que vive tiene alma. El alma es la vida. En donde hay vida hay alma.

Las palabras con que distinguimos los fenómenos de la manifestación, son puramente convencionales. La última expresión de todas las cosas es una unidad indivisible que llega a nuestra percepción por medio de la Conciencia, de la Fuerza y de la Materia. Y así como no podemos dividir la Materia porque es Una, Indivisible, Absoluta, que no sólo abarca nuestro mundo, sino el Infinito ; tampoco podemos subdividir la Fuerza, ni la Conciencia, pues son también absolutas, y no sólo abarcan nuestro mundo, sino el Infinito.

A las diversas agrupaciones de la Materia las llamamos con diferentes nombres, para poderlas distinguir, pero en realidad es la misma Materia indivisible.

Nos parece que estamos aislados de las personas y de las cosas que nos rodean,

porque nuestra vista sólo está acondicionada para ver la materia densa. Si nuestro órgano de la visión hubiera llegado ya, como llegará algún día a la suprema perfección, vería que la separación de los cuerpos es aparente, y que las vidas que los forman se pasan, compenetran y vibran tan estrechamente que la división es puramente ilusoria. El día que esta verdad sea comprendida, la fraternidad imperará, pues comprenderemos que el daño que hacemos a los demás recaerá irremisiblemente sobre nosotros.

Cada organismo es un microcosmos, en donde está contenido el Macrocosmos. Cuanto existe en el Universo está elaborado con los mismos principios fundamentales. La diferencia está en la forma, posición, densidad, etc., en que la materia está empleada y en la dirección y mayor o menor actividad de movimiento a que está sujeta.

Nuestro cuerpo está formado con los mismos principios que todas las cosas. Si se analiza químicamente un ser humano, un animal o una planta, se encuentra que contiene los mismos principios. Así pues es un tonto orgullo en los hombres, creerse tan diferentes y tan superiores a todo lo que les rodea.

Respecto a la Fuerza es también una sola a la que damos diversos nombres; según el aspecto en que se manifiesta, según la dirección y mayor o menor rapidez de sus movimientos. Es así que la llamamos luz, calor, electricidad, atracción, repulsión, etcétera, siendo una sola y misma fuerza.

La fuerza que mueve el ala de un mos-

quito es la misma que mueve nuestro sistema solar; la misma que mueve a todos los astros que irradian en la inmensidad.

La misma fuerza que impulsa nuestro crecimiento, abre las flores y forma los astros.

Nuestros cuerpos surgen de la misma fuente de que surgen las aves, de que surgen las flores, de que surgen los mundos. Nuestras almas vienen de la Gran Alma Universal, que se estremece en la molécula y que irradia en la estrella.

Nuestro destino es estupendo. Somos un todo con el Universo; somos parte integrante de Dios. Vivimos en lo sublime. Lo que vemos no es nada junto a lo que podremos ver. Lo que sabemos no es nada junto a lo que llegaremos a saber. La divina realidad que en el porvenir nos espera, superará a nuestros más bellos sueños, a nuestros más altos presentimientos. Somos viajeros del infinito. Vamos, de astro en astro, hacia Dios. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! Palabra formidable. Misterio estupendo. He llegado a pronunciar este nombre sin premeditarlo; porque se impone a mi razón; porque se impone a mi inteligencia; porque no se puede hablar de la Fuerza y de la Materia, sin mencionar ese Misterioso Principio de que ellas dimanan; de que ellas toman conciencia y vida.

Sí, Dios se impone a nuestra razón. Podremos cambiarle nombres, podremos llamarle Conciencia, Suprema Esencia, Inteligencia. Eso no importa. El hecho contundente es que exista un Principio In-

ligente que dirige la acción de la Fuerza sobre la Materia.

Indebidamente podemos poner en duda esta verdad; puesto que nosotros mismos, que es donde mejor podemos estudia la naturaleza, tenemos de ello la demostración evidente.

Si nos reconcentramos y nos estudiamos a nosotros mismos, nos daremos cuenta de los siguientes e innegables hechos:

Primero. Algunos miembros de nuestro cuerpo se mueven a nuestra voluntad. De esto se deduce lógicamente que hay en nosotros un principio al cual está subordinada parte de nuestra fuerza. Dichos movimientos son ejecutados con un fin preconcebido, de lo cual se deduce que el principio que los ordenó es consciente.

Segundo. Vemos que nuestro cuerpo obra, a veces, sin el mandato de nuestra voluntad. Impulsado por una fuerza que no podemos controlar, y que nos domina. Luego no podemos considerarnos enteramente libres, ni podemos negar que hay sobre nosotros un principio más fuerte y más consciente que nosotros, puesto que nos domina.

Tercero. Vemos que nuestro cuerpo crece y toma color y forma sin que podamos evitar ni dirigir su acción, nos damos cuenta de que nuestro corazón palpita; de que nuestra sangre circula; de que nuestro estómago digiere. Pero no podemos dirigir ni controlar su acción. Nosotros no podemos, ni sabemos, ordenar sus movimientos, ¿quién los ordena?

En nosotros mismos, dentro de nuestro

propio sistema, hay un principio inteligente que obra independientemente de nuestra voluntad. Debe sernos superior; pues estamos de tal manera a su merced, que le bastaría paralizar unos segundos la circulación de nuestra sangre, o detener unos momentos los latidos de nuestro corazón, para que, con o sin nuestra voluntad dejáramos en el acto de vivir.

Si ese principio no es inteligente como dicen los materialistas, ¿por qué obra tan inteligentemente, y por qué nos domina a nosotros que nos reputamos los seres más inteligentes de la tierra?

Cuarto. Nos damos cuenta de que nuestro organismo está formado por billones de moléculas, que nacen, viven, se atraen, se rechazan, se reproducen, mueren, sin que nosotros podamos intervenir absolutamente para nada en su vida.

Tenemos que convenir en que vivimos en nuestro cuerpo como dentro de una máquina complicadísima; de la que no somos dueños; en la que no tenemos absoluto dominio, y de la que desconocemos la mayor parte de sus secretos y de sus ocultos resortes.

Nuestro nacimiento y nuestra muerte no dependen de nuestra voluntad. Luego debe haber alguna voluntad, superior a la nuestra, de la cual nuestro nacimiento y nuestra muerte dependan.

En cualquier partícula de nuestra carne, en cualquier gota de nuestra sangre, hay millones de átomos, de cuya vida no nos damos precisa cuenta, y cuyo trabajo inteligente y maravilloso no dirigimos nosotros.

¿Quién coordina y dirige esas vidas, cuyo dominio se nos escapa totalmente; y en cuyo trabajo estupendo y misterioso nuestra conciencia humana no toma parte? Puesto que nosotros no tenemos dominio sobre las moléculas de nuestro cuerpo, ¿quién las forza a agruparse en determinada forma y a moverse en determinada dirección?

Los materialistas dicen que son fenómenos de la fuerza bruta inconsciente y ciega. Si así es, ¿por qué la materia sigue en cada organismo un plan determinado y en perfecta relación a la especie a que el organismo pertenece? ¿Cómo es que la fuerza inconsciente puede producir al hombre consciente? ¿Se puede decir que el principio fundamental de todas las cosas es ciego, después de contemplar un rato nuestro estupendo aparato de visión; que lo mismo nos permite ver lo infinitamente pequeño que lo infinitamente grande; que lo mismo nos permite contemplar las palpitaciones del corazón de una avecita, que las palpitaciones de miriadas de mundos y de soles en una noche estrellada? ¿Por medio de qué inexplicable fenómeno la fuerza bruta, que vemos obrar ciegamente en los elementos, en los explosivos, que vemos doblegarse pacientemente a la voluntad del hombre que la sujeta y guía por medio de aparatos mecánicos; por qué inexplicable fenómeno, pregunto, esa misma fuerza se convierte en vitalidad en la molécula, en sensibilidad en la planta, en inteligencia en la bestia, en pensamiento en

el hombre? ¿Quién la guía a ir elevándose constantemente hacia la perfección?

La Inteligencia prescide de tal manera a las manifestaciones de la Fuerza y de la Materia, que, después de meditar profundamente en el origen de la Vida; encontramos que la Fuerza y la Materia se funden totalmente en un Solo Principio Consciente, Inteligente, y tan profundamente misterioso, tan asombrosamente estupendo, que la mente humana no encuentra expresiones para definirlo y lo sintetiza en el nombre augusto de DIOS.

De todo lo que os he dicho se deduce que el espíritu que anima nuestro cuerpo es de la misma esencia; y surge de la misma fuente que el que anima a los animales, a las plantas, a las montañas, a los astros, a todo lo que existe. A lo que nos parece vivo y a lo que nos parece muerto. A todo lo que vemos y a lo que nos es invisible.

No hay nada en donde no irradie la Divinidad. Esta Divinidad se manifiesta más o menos vigorosamente, según el mayor o menor grado de evolución del objeto que la contiene.

Algunos creen que es un disparate decir que la Divinidad irradia en las rocas, en las montañas; en lo que el hombre llama materia inerte. Nosotros, los que todavía hace algunos años no sabíamos que nuestra sangre circulaba; nosotros, los que todavía a mediados del siglo pasado no sabíamos que existían los microbios, ni nos dábamos cuenta de que iban millares de vidas en nuestró aliento, qué cuenta po-

demos aún darnos del secreto de las rocas, de la vitalidad íntima de la materia que llamamos inerte.

La imperfección de nuestros medios de percepción es la que nos hace ver inerte a la materia. Recordemos que hasta que no conocimos el microscopio, ignoramos la extraordinaria vitalidad de un cadáver; ignoramos que, en los cuerpos que llamamos muertos, las vidas se multiplican de una manera pasmosa.

A nosotros no nos es dable ver más que una parte insignificante de la manifestación.

Tal vez la relación que hay entre nuestra personalidad consciente y una de las moléculas que forman nuestro cuerpo, haya entre nosotros y otros seres de quien sin darnos cuenta formemos el organismo. Quizás la muerte y el nacimiento de los seres humanos obedezca a las necesidades de renovación de ese magno organismo. Que estará sujeto sin duda a la ley universal de la evolución. Quizás nuestro progreso corresponda al progreso de él. Quizás nuestras grandes pestes y nuestras grandes guerras sean determinadas por una necesidad o enfermedad de ese organismo que tal vez formamos sin darnos cuenta que la que se dan de nuestra existencia las moléculas que forman nuestros cuerpos. Posible es que, todo lo que nos es dable ver, forme parte de ese organismo. Probable es que nosotros, los que nos titulamos reyes de la creación, no seamos más que parte integrante de la masa cerebral de algún dios.

La escala ascendente y descendente de la manifestación es tan infinita y tan prodigiosa que, descendiendo de nuestra idea anterior, puede afirmarse, cuando menos, que la diferencia que hay entre la hormiga y el hombre, pueda haberla entre el hombre y otros seres. De los cuales nuestra insignificancia nos impida darnos cuenta. Quizás de la misma manera que la hormiga pasa junto a nuestro cuerpo, creyéndonos, tal vez, una montaña, de la misma manera que la hormiga no pueda darse cuenta de nuestra individualidad, de nuestra inteligencia, de nuestros ideales, así quizás nosotros pasemos cerca de otros seres que nos sean tan infinitamente superiores que no podamos darnos cuenta de su existencia. Como la hormiga no puede dársela de nosotros. Y así como nosotros nos divertimos mirando los esfuerzos de una hormiga para transportar una arenita, así ellos se divertirán viendo nuestros ferrocarriles y nuestros aeroplanos.

Y esos seres que, al sernos infinitamente superiores, tienen que ser infinitamente más religiosos que nosotros, se maravillarán al ver las necedades en que incurrimos. Pues hay hombres que se creen sabios y que niegan la existencia de un Principio Inteligente. No obstante que la inteligencia de ellos debe de haberles venido de alguna parte. Fácil es suponer que si el hombre, a pesar de su inteligencia, no puede hacer más que toscas copias de la naturaleza; hay sobre el hombre una inteligencia que le es superior. ¡Cuántos ensayos, cuántas vidas, cuántos años, ha necesitado

el hombre para imitar torpemente el vuelo de las aves! Puesto que el aparato que el hombre ha fabricado está en uso en la naturaleza desde muchísimo antes que él lo ideara; justo es convenir que hay una inteligencia superior a la suya; justo es convenir que sobre el artífice humano está el Artífice Divino; que sobre el pensamiento del hombre está el pensamiento de Dios.

Deseando que el pobre rayo de luz que mi inteligencia proyecta sobre la obscura noche que nos rodea os sirva de algo, soy como siempre vuestro devoto

Otto Keller».

XXX

LOS RAZONAMIENTOS DE ANA ROSA

Cuando Ana Rosa hubo terminado de leer la carta de Herr Otto Keller, exclamó:

—¡Me gusta mucho esa carta! Déjamela, como has hecho con las otras, algunos días para estudiarla.

—Guárdala pues—dijo Elena.

—¿Por qué no me la habías enseñado antes?

—He querido dártelas a conocer gradualmente, tal como a mí me fueron escritas. La demasiada luz deslumbra, cuando se muestra de improviso. Todavía quedan algunas que algún día leerás.

—¿Cuándo?

—Cuando seas capaz de comprenderlas.

—Dime, ¿hay quién ponga en duda que los animales piensan y que las plantas sienten?

—Sí, hija mía, muchos hay que lo dudan y muchos más aún que lo niegan absolutamente.

—Esas personas no habrán observado, creo yo, a las flores y a los animales, pues si lo hubieran hecho no podrían negarles la facultad de sentir y de pensar.

Si los animales no tienen pensamiento, ni voluntad, ni inteligencia, ¿cómo explicar la perfección prodigiosa conque tra-

bajan las abejas? Es imposible comprender que sin esos atributos, pueden distinguir las flores venenosas de las que no lo son, ni puedan comprender cuál es la celdilla que encierra a la reina madre, ni sepan darle diferente alimentación que a las obreras. ¿Cómo podrían sin esos atributos, fabricar el panal con la perfección que lo hacen, sin perder sus exactas medidas, sin cometer el menor error? En los colmenares que tenemos en el huerto, he observado cosas maravillosas. ¿Te acuerdas de aquel día que las abejas se negaban a entrar a su caja y que volaban alocadas y ansiosas de un lado a otro? ¿Te acuerdas que inquiriendo la causa encontramos a la reina madre oculta en un cercano lugar?

—Sí, sí, lo recuerdo—dijo Elena.

—La metimos a la caja y todas las abejas la siguieron, pero un momento después volvieron a salirse todas, examiné entonces la caja y encontré dentro un feo animalucho; lo saqué, y al instante volvieron a su caja todas las abejas. ¿A qué facultad atribuirán este hecho los que le niegan la inteligencia a los animales? ¡Y las golondrinas! Si no piensan, ¿cómo saben que deben emigrar? ¿Cómo comprenden qué lugares son cálidos y les convienen? ¿Por qué no se equivocan y se van a países fríos? Nosotros, sin previos estudios y sin previas informaciones, no sabríamos de qué lugares nos convendría el clima. Si no piensan, ¿cómo es que eligen tan apropiadamente el lugar para sus nidos? ¿Cómo es que fabrican éstos con tanta

perfección? Yo he visto que algunas golondrinas hacen sus nidos de lodo y otras de briznas, según conviene mejor al lugar elegido. ¿A qué atribuir esto? Se dan cuenta de las distancias pues hacen su nido del tamaño necesario. Se dan cuenta de que van a ser madres, y del tiempo en que lo serán pues terminan sus nidos en los momentos en que les es necesario. ¿A qué se debe esa previsión, esa relación, entre la necesidad y la acción? ¿Por qué se echan en el nido en el momento de poner sus huevos? Si fueran inconscientes los pondrían en cualquier parte y los abandonarían. ¿Cómo se dan cuenta de que deben estar echadas determinado tiempo? ¿A qué se debe que el macho comprenda que debe alimentar a su familia y lo haga con tanta actividad y solicitud? ¿Cómo es que comprenden y cumplen su decir hacia sus hijos mejor que muchos padres humanos? Ya ves lo que conmigo hicieron mis padres. ¡Me abandonaron! Pudieron suponer que su abandono me causaría la muerte y nada les importó. Los animales que creemos tan inferiores a nosotros no hacen eso con sus hijos. Todas las hembras, hasta las más repugnantes como las marranas, revelan un profundo instinto maternal.

Escucha, escucha—dijo Ana Rosa, interrumpiéndose al oir el concierto que daban en sus jaulas los zenzontles, los ruiseñores, los clarines de la selva.—Escucha, escucha. Fíjate como aquel zenzontle canta los sonesitos que yo le he enseñado. Debe tener oído cuando los ha aprendido y memoria cuando los repite.

—Dices muy bien—murmuró Elena.

—Y que la memoria ¿no es una de las facultades del intelecto; no es una de las ramificaciones del pensamiento?

—Por supuesto que sí—dijo Elena.

—Yo estoy de acuerdo con tu sabio amigo. Los animales vienen de la misma fuente que nosotros, tienen los mismos principios físicos y espirituales que nosotros. Tienen cerebro, vista, olfato, tacto, oído, gusto. Puesto que reciben las impresiones de la vida exterior por sentidos iguales a los nuestros, y en ocasiones mucho más desarrollados a los nuestros, no hay razón para creernos absolutamente distintos.

Ellos son como nosotros susceptibles de sentir amor, celos, odio, cólera, alegría, temor, predilecciones. ¿Cómo explicar que tengan estas facultades si les negamos un cerebro semejante al nuestro? Su máquina de pensar será muy inferior a la nuestra y sus pensamientos serán infinitamente más reducidos que los nuestros; pero eso no quiere decir que no piensen del todo. Eso me parece tan injusto como si se afirmara que los salvajes no tienen la facultad de pensar porque entre sus cortos pensamientos y los de un sabio media un abismo. El salvaje no podrá pensar todo lo que piensa el sabio, pero eso no quiere decir que no piensen del todo. Pues eso digo yo de los animales, no podrán pensar lo que nosotros pensamos, pero eso no quiere decir que no piensen del todo. Estas ideas, que he tomado en los libros que el señor Keller nos envía, me hacen ver a los animales como a hermanos inferiores y retra-

sados a quienes debemos compadecer. Yo creo lo que dice tu sabio amigo que hay seres infinitamente superiores a nosotros. ¡Quién sabe si para esos seres seamos animales inferiores! ¡Quién sabe si ellos pongan en duda si nosotros pensamos o no, al ver, tan a menudo, a los hombres matándose los unos a los otros, por conseguir bienes enteramente materiales. ¿Pero qué sucede? ¿No me escuchas? ¿Por qué no me contestas?

Elena dijo dulcemente:

—Sí, te escucho. ¿Cómo no había de escucharte? No te respondo por no interrumpir tus pensamientos. ¡Me agrada tanto ver que piensas, que razonas, que diciernes! ¡Mi mayor orgullo es haberte enseñado a pensar, a resolver por ti misma los problemas pequeños o grandes que se te presenten en la vida!—Hizo una pausa y luego añadió con honda melancolía:—Si yo a tu edad hubiera sabido emplear mi inteligencia. Si no hubiera sujetado mi razón a otra razón y mi conciencia a otra conciencia, no habría llorado, como lloro, el naufragio de todos mis sueños, la ruina de toda mi vida.

—Dime. ¿Qué página fué esa de tu historia a la que, tan a menudo y con tanta amargura, te refieres?

—Algún día lo sabrás—murmuró la solterona.

—Se trata de un amor... ¿Verdad?

—Sí... De un amor...

—¿De un amor que no fué correspondido...?

—No, hija mía, de un amor inmenso, correspondido por un inmenso amor.

—¿Por qué entonces te quedaste soltera? —preguntó la joven.

—Hubo un disgusto, escribí una carta con la que todo se habría arreglado. Pero en vez de enviarla, como mi corazón y mi razón me lo indicaban, fuí a pedir consejo a una persona, quien me ordenó que rompiera la carta.

—Y esa persona ¿era tu padre o tu madre?—preguntó la niña.

—No, era un sacerdote.

Hubo un largo silencio. Elena suspiró hondamente y añadió:

—Esa amarga experiencia me hizo comprender que debemos sujetar nuestras decisiones a nuestra propia conciencia y no al criterio de ninguna persona, aunque esa persona sea un sacerdote.

XXXI

PENOSO DESPERTAR

Una mañana tocaron a la puerta. Ana Rosa corrió a abrir.

En el dintel estaba un caballero. Saludó con exquisita cortesía y preguntó si ahí vivía la señorita Elena Iriarte.

—Sí, sí, señor, aquí vive. Tenga usted la bondad de pasar—contestó Ana Rosa.

Precedido por la doncella, el caballero entró a la sala.

—Tenga usted la bondad de sentarse. Voy a llamarla—dijo la joven y salió.

Momentos después entró Elena. El caballero avanzó hacia ella; contestó afectuosamente a su saludo y le preguntó sonriendo:

—¿No se acuerda usted de mí, señorita?

La solterona palideció intensamente. Aquella voz, aquellas facciones, aquel pelo castaño de tonos cobrizos, avivaron de golpe una visión que ella llevaba en la mente, y que los años empezaban a volver confusa. Y, ante aquel joven, la imagen borrosa resurgía de pronto tan lozana, tan rediviva que Elena se quedó absorta.

El joven sonreía.

—¿Qué dice usted, señorita, no se acuerda de mí?

La solterona hizo un esfuerzo penoso, como el que en sueños ve una visión muy bella y se siente obligado a desvanecerla, despertando.

—Se parece usted mucho al señor don Andrés Fernández de Lara, ¿es usted acaso su...?

—Su hijo—interrumpió el joven con vehemencia.

—¡Su hijo, su hijo!—exclamó Elena con un acento indescriptible.

—Sí, su hijo Carlos.

—¡Ah Carlos! ¡Es usted Carlos, Carlitos!—dijo atropelladamente Elena, y, ahogándose de alegría y de emoción, lo estrechó entre sus brazos.—¡Qué alegría, qué alegría tan grande me reservaba el destino para este día! ¡Ya lo creo que me acuerdo de usted! ¡Cómo no había de acordarme! Su recuerdo se liga con una infinidad de recuerdos que me son muy caros. ¡Dios mío! Si debí reconocerlo en el acto. ¡Se parece usted tanto a él! digo, al señor su padre.

El joven dijo:

—Me parezco muy poco. Ciertamente mis facciones recuerdan las suyas, y el color de mis ojos recuerda el color de los suyos. ¡Pero qué diferencia en todo lo demás! El debe haber tenido una bellísima y arrogante presencia, pues a pesar de su edad y de su enfermedad...

—¿Sigue enfermo?—interrumpió Elena anhelante.

—Sí, señorita, desgraciadamente sigue muy enfermo.

—¿Pero qué es pues lo que tiene? Des-

de hace muchos años me venía diciendo en sus cartas que no se sentía bien de salud. Me aseguraba que se trataba de un reumatismo muy rebelde. Hace ocho meses poco más o menos, recibí su última carta. Era muy breve. Su letra era casi ininteligible. Creí que el reumatismo le había pasado a las manos. He estado muy inquieta.

—Durante muchos años pudimos engañarle y hacerle creer que tenía reumatismo. Pero, desgraciadamente, un médico le dijo la terrible verdad.

—¿Qué es, pues, lo que tiene?—preguntó Elena ansiosamente.

—Ataxia locomotriz. Una enfermedad espantosa, incurable, necesariamente mortal.

—¡Incurable! ¡Mortal!—murmuró Elena sordamente.

—No tiene usted idea de lo que mi pobre pabre ha sufrido moralmente, al irse sintiendo quedar paralítico.

—¡Paralítico! ¡Paralítico! — exclamó Elena con suprema angustia.

—Sí—dijo Carlos,—paralítico. Hay en la vida ironías horriblemente trágicas. ¡El tan activo estar para siempre encadenado! Mientras pudo andar, aunque lo hacía con creciente dificultad, no se desalentó, no perdió su energía. Pero desde hace algún tiempo que, a pesar de enormes esfuerzos, le fué imposible ponerse en pie, ha caído en un abatimiento espantoso. Es por esto que he venido a molestarla. Mi padre nos dice muy a menudo que tiene ganas de verla a usted y a la niña que adoptó. Repite frecuentemente que toca usted muy bien el piano, que le serviría de distracción,

quizás de alivio oirla tocar. Como no sabemos negarle nada he venido en nombre de él, de mi madrastra y en el mío propio, a suplicarle que se digne pasar con nosotros una temporada. Supongo que no se negará usted a dar a mi padre esta última satisfacción.

Elena no pudo responder. Hasta aquel instante ella había esperado. ¿Qué? No lo sabía a punto fijo, pero esperaba. Le parecía que los años no habían hecho en ella estragos irremediables. Le parecía que Andrés estaría casi igual a la imagen que de él llevaba en la mente. Esperaba un milagro. Creía que, el día menos pensado, Andrés quedaría libre. Que la vida le reservaba aún instantes tanto más dulces, cuanto más habían sido esperados. En todas las cartas de ella y de él ; porque en los veinte años transcurridos a menudo se habían escrito, dejaban claramente traslucir el mismo persistente ensueño. Y ahora, de pronto, se sentía bruscamente despertar. ¡Andrés estaba paralítico, desahuciado! ¡Iba pues a morir! Todo el viejo castillo de sus ilusiones penosamente conservado se vino abajo. A su alrededor sólo vió ruinas, desolación, sombras y un espectro espantoso: la muerte.

—¿Ira usted, verdad?—preguntó el joven.

—Sí, iré, iré cuanto antes—respondió Elena con esfuerzo. Las lágrimas la ahogaban.

—No se aflija usted así—dijo Carlos notando su pena.—Tengamos fe. Sobre la sabiduría de los médicos, está la sabiduría de la Naturaleza. Lo que los hombres no pueden hacer, lo puede hacer Dios. He

conocido personas desahuciadas, que han vivido muchos más años que los médicos que las desahuciaron.

—¡Paralítico! ¡Paralítico! — murmuró Elena con la voz apagada y angustiosa de quien habla en medio de una horrorosa pesadilla.

XXXII

RECUERDOS INDELEBLES

Pocos días después partieron para la hacienda del señor Fernández de Lara.

Carlos y Ana Rosa, sentados en el mismo asiento, charlaban. Con juvenil alegría se cambiaban impresiones, ideas, pensamientos, ensueños. Su juventud irradiaba en sus ojos. Su alegría de vivir se desbordaba en un límpido torrente de venturosas frases y de musicales carcajadas. Las cosas más insignificantes dichas por el uno o la otra, tenían para ellos un sentido profundo.

El sol entraba, a menudo, por la ventanilla y los bañaba de luz. Estaban esplendentes de juventud. La fe en el porvenir irradiaba en sus ojos. Un mutuo cariño que nacía, y del que ellos no se daban aún cuenta, parecía envolverlos en una nube sonrosada. De vez en cuando se veían en los ojos y se sonreían. Sus miradas eran límpidas y serenas, como de seres que nada tenían que reprocharse, como de seres que nada tenían que ocultar.

Elena, en tanto, sentada frente a ellos, soñaba despierta. Le parecía verse llena de gracia y de juventud, viajando en un tren como aquel, al lado de su prometido.

La imagen de Andrés resurgía en su mente. Lo veía tal como había sido. Con sus ojos ardientes; con sus labios turbadoramente sensuales; con su altanera cabeza arrogante como la de un león ; con su cuello hercúleo, bajo cuya blanquísima epidermis circulaba tanta y tan poderosa sangre que lo teñía de rojo. Le parecía oirlo hablar, con aquella voz de tonos graves y calientes, con que la hacía desfallecer.

Todo resurgía. Sus primeras ilusiones, sus primeros ensueños, las primeras alegrías de su cariño, sus primeras torturas. Le parecía volver a vivir aquellos instantes vividos en la biblioteca cuando él, enloquecido y calenturiento, la estrechó en sus brazos. Recordaba su visita al Tepeyac. La fe sincera, inmensa, con que aquella tarde había rezado. Todo, todo, pasaba por su mente. La quiebra, inesperada, brutal. Los días de espera, eternos como siglos. La tremenda noticia del matrimonio de su prometido. Su agonía mortal, inmensa, indecible, sin nombre.

Recordaba la entrevista en Tzintzintzan. Veía de nuevo el cementerio, la barca, el lago, el cielo. Le parecía sentir aún en su cara la aspereza del traje de él, cuando ella, vencida por el dolor, se había reclinado en su hombro. Sentía de nuevo el calor de aquellas manos. Le parecía sentir aún el sabor del ardiente y desolado beso en que fundieron su supremo adiós. Le parecía volverlo a ver en su actitud de suprema imploración, cuando ella se dirigía al tranvía que debía conducirla a su

casa y lo dejaba desesperado, solo, en medio de la noche impasible.

Recordaba, ya sin bochorno y sin remordimiento, las citas que con él había tenido. La lucha heroica, desesperada, con que logró salir pura, en medio del fuego devastador en que él la envolvía. ¡Ah, qué vigoroso era él entonces! ¡Cómo la anonadaba entre sus brazos! ¡Qué desesperación la suya ante su resistencia! Y, ahora que todo lo veía perdido, irrealizable; ahora que aquel titán había sido derrumbado, que aquella divinidad había caducado, que aquel potente ardor había muerto, su alma se lamentaba con un lento y desolado lloro. Sentía remordimientos de no haber tenido la suprema abnegación de ofrendarse. Le parecía que había pecado contra la vida, contra la naturaleza, contra Dios.

Mi vida ha sido inútil, se decía con honda amargura. Pude conocer la suprema ventura y sólo conocí la suprema desesperación. Pude ser madre y sólo soy una pobre solterona, caduca, desolada, inservible.

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?—exclamó, de pronto, Ana Rosa viendo que la cara de Elena se demudaba y se contraía.

—Nada—dijo la solterona con esfuerzo.

—¡Cómo nada, si hay en tu rostro una inmensa desolación, una inmensa desesperanza! ¿Qué te pasa, qué te pasa?

—He perdido la vida—dijo Elena. No pudo decir más. Una horrible mueca convulsionó su cara. Su ser entero se agitó bajo convulsiones espasmódicas.

Carlos, Ana Rosa y algunos pasajeros corrieron a atenderla.

Un joven que se la echaba de hombre de mundo, le dijo, riéndose, a un compañero de viaje:

—Es una solterona histérica; no le quepa a usted duda.

Se atusó el bigote y siguió con aire burlón los movimientos convulsivos de la infeliz.

Se creía hombre de mundo y no, no lo era. Si lo hubiera sido realmente se habría descubierto ante aquella mujer. Si lo hubiera sido realmente no se habría burlado de una solterona. Habría comprendido la grandeza, la heroicidad que encierra la que, a pesar de su debilidad, ha tenido la fuerza de sofocar la rebeldía de su carne y de su alma.

XXXIII

UNA CLARIDAD ENTRE DOS SOMBRAS

Llegaron a la hacienda. Josefina las recibió cordialmente.

Elena, palidísima por la emoción, entró en aquella casa que debía haber sido la suya.

Se dirigieron al salón. Andrés estaba ahí. A no haberlo sabido, no se habría pensado que estaba enfermo. Su aseo era perfecto. El buen gusto y la exquisita pulcritud de su traje revelaban el refinamiento de su educación.

Tenía puesta una bata regiamente bordada; unos escarpines finísimos y un gorro de seda completaban su atavío, y hacían resaltar su aspecto verdaderamente real...

Carlos había dicho bien. El señor Fernández de Lara, a pesar de la edad y de su enfermedad, conservaba algo de su pasada arrogancia.

Las nobles líneas de su rostro se habían acentuado vigorosamente y le daban el aspecto sereno y magnífico de un bronce.

Había encanecido casi por completo. Sus ojos se habían hundido profundamente; pero estaban llenos de fulgor. Se diría que la vida que, poco a poco, se iba alejando de otras partes de su cuerpo, se iba re-

concentrando ahí. Una mirada le bastaba para hacerse obedecer. Su carácter dominador se revelaba enérgicamente en la expresión de sus ojos. Su mujer, sus hijos, sus criados, temblaban más ante sus miradas coléricas, que ante su voz de trueno.

Conservaba perfectamente lúcidas sus facultades intelectuales. Continuaba siendo el señor absoluto de su familia y de su hacienda. Desde el sillón, donde la enfermedad lo obligaba a estar, dictaba diariamente la correspondencia, y acordaba y resolvía todos los negocios.

Había luchado bravamente antes de dejarse vencer, pero al fin, la enfermedad pudo más. Llegó un día que comprendió, con terror, que sus músculos no lo obedecían ya.

Cuando oyó que Elena llegaba, olvidóse momentáneamente de su enfermedad. Intentó levantarse.

—Imposible, imposible—dijo con sorda desesperación, al comprender la inutilidad de su esfuerzo.

Pocos minutos después él y Elena estaban frente a frente. Se miraron desconcertados. Cada uno llevaba en la mente una imagen del otro, bien diferente de la imagen real. La tarea mental de coordinar la vieja imagen con la imagen nueva, duró un instante y, sin embargo, les llenó el corazón de amargura.

La nueva imagen al presentarse borraba la cara imagen que ellos habían acariciado tantos años.

El pensó, con doloroso estupor que aquella mujer agotada y marchita, era muy di-

versa de la esplendente Elena de sus recuerdos y de su pasión.

Y ella pensó también, con el corazón oprimido, que aquel anciano, de ojos hundidos y de cabellos blancos, no era el Andrés de su juventud y de sus sueños.

—Bienvenida, amiga mía, bienvenida—dijo él.—Perdona que no me levante. Ya sabrás...

Ella se acercó, intentó hablar, pero movió solamente los labios. Un temblor nervioso la cernía.

Se dieron la mano. Ella notó que la mano de él estaba helada y que no hacía la menor presión. Con un escalofrío de angustia, comprendió que la parálisis se iniciaba también ahí.

—¿Esta es la niña que adoptaste?—exclamó el enfermo viendo a Ana Rosa.

—Sí—murmuró Elena.

—¡Qué bella es! ¡Dios mío, qué bella es! Acércate, muñeca, ponte frente a la luz para que te vea bien.

Ana Rosa obedeció sonriendo. La luz le dió de lleno en la cara.

—¡Qué hermosa eres, muñeca, qué hermosa eres!—repitió el enfermo.

Ana Rosa sonreía. Había en su sonrisa todo el mundo de ilusión, de misterio, de encanto, que hay en las poéticas fulguraciones de una aurora. Estaba esplendente de juventud. Su cutis tenía finuras y tonalidades de pétalo. Sus mejillas semejaban dos encendidas rosas. Sus labios, carnosos, eran incitantes como frutas. Sus ojos negrísimos parecían dos abismos en cuyo fondo irradiaba el cielo.

—Eres muy bella, niña, muy bella. Sólo a una mujer, conocí en la vida, que te sobrepasaba...

Elena se sonrojó.

—Es usted muy bueno, señor—dijo la doncella.—Estoy encantada de conocerlo y de darle personalmente las gracias por el obsequio que anualmente se ha dignado hacerme.

—No hables de eso, no vale la pena.

—¡Cómo no ha de valer la pena, señor! Yo estoy tan profundamente agradecida, que, si usted me lo permite, me quedaré a su lado hasta que sane. Lo curaré, le contaré historietas, le cantaré canciones, tocaré el piano, jugaré con usted al ajedrez, le traeré unos ramos de flores muy lindos; no lo dejaré entristecerse ni un instante.

Los ojos del enfermo se humedecieron.

—¡Gracias, niña, gracias! Acepto tu ofrecimiento. ¡Cómo no había de aceptarlo! Eres alma y poesía, alegría y calor. Traes en tus manitas encantadoras los dones más bellos de la vida: bondad, belleza y juventud. Vamos a ver, Carlos, enseña la casa y los jardines a esta niña. Poco a poco irán conociendo toda la hacienda. Saldremos a caballo. Yo creo que ayudado por ti y por Keller, que sois tan vigorosos, podré aún montar. Hace dos meses montaba todavía...

Los jóvenes salieron.

—Sería bueno que dispusieras que sirvieran ya la comida—dijo el enfermo a su mujer.

Josefina salió.

Andrés y Elena se quedaron solos. Durante un largo rato guardaron silencio, como si comprendieran que con ninguna palabra humana podrían expresar los sentimientos que embargaban sus almas.

Estaban sentados frente a una ventana abierta que daba al campo. A su vista se extendía un paisaje otoñal. Las hojas de los árboles eran amarillentas. Los trigales, ya en sazón, eran amarillentos también. La naturaleza parecía agonizar. Las hojas caían lentamente, lentamente, lentamente...

—Hace veinte años dos meses que nos vimos la última vez—dijo él.

—Sí, veinte años dos meses—repitió ella como un eco.

—Parece que fué ayer—dijo él.

—Sí, parece que fué ayer—murmuró ella.

—Que buena has sido en haber venido... No quería morir sin volverte a ver... No quería partir sin decirte adiós. Me acordaba siempre de que me habías dicho que nos volveríamos a ver, cuando nuestra carne hubiera muerto para el amor. Al sentir que mi carne moría, pensé que ya no tendrías escrúpulos y te llamé... Estuve nervioso, febril, pensando si aceptarías o no mi invitación. ¡Cuánto te agradezco que la hayas aceptado! Ya no te irás, ¿verdad? Me sería imposible verte partir... Te quedarás aquí. No será mucho tiempo, no. Ya te lo han de haber dicho: mi enfermedad es incurable...

Elena se había apoyado en uno de los brazos del sillón del inválido y lloraba en silencio...

XXXIV

EL INFINITO

Josefina, la anémica virgen de años atrás, se había convertido en una robusta matrona. Había engruesado extraordinariamente. Su cutis fresco y terso conservaba su lechosa blancura.

Los esfuerzos de su esposo, para hacerla vestir a la moda, habían sido infructuosos. No iba casi nunca a la capital por no verse forzada a la tortura de usar corsé y trajes estrechos que la incomodaban atrozmente. Vestía, como en su juventud, trajes muy holgados de hechura y telas muy vulgares. Los usaba generalmente de colores claros, muy limpios y almidonados, lo que aumentaba su aire de campesina rica, sana y frondosa.

Era una excelente ama de casa. No obstante ser muy numerosa su servidumbre, ella iba y venía, constantemente, vigilando que hubiera, en donde quiera, un orden y un aseo perfectos. Diariamente iba un rato a la cocina y hacía alguna exquisita golosina para su esposo.

Ella y Andrés jamás se cambiaban pensamientos ni ideas. Más que una esposa, cerca de él, parecía una ama de llaves. Sobre ser ella ignorante y de inteligencia escasa, estaba además siempre tan atareada

en las ocupaciones domésticas; la maternidad le quitaba de tal manera el tiempo, que Andrés, poco a poco, había acabado por tener con ella rarísimos momentos de intimidad.

Había tenido cinco hijos. Los dos mayores eran hombres, habían querido seguir carrera y hacían sus estudios en colegios europeos.

En la casa permanecían una niña de catorce años que se llamaba Margarita, un niño de diez años que se llamaba José, y un pequeñuelo de siete años llamado Juan. Este último era la constante preocupación de sus padres. Era un niño débil, enfermizo, extremadamente retrasado. Hablaba con esfuerzo seis o siete palabras, y sólo ayudado podía andar y eso muy torpemente como si sus articulaciones estuvieran flojas.

José y Margarita eran educados por Keller.

Este maestro vivía aún en la casa. Había educado a todos los hijos del señor Fernández de Lara.

Permanecía casi inmutable. El tiempo parecía no tocarlo. Como si fuera un macizo roble. Estaba tan vigoroso aún que cuando Carlos y él luchaban, el triunfo era muy disputado y ganaba indistintamente, uno u otro, como campeones de la misma fuerza.

Su salud era perfecta. Su rostro y su cuello hercúleo, eran tan sanguíneos, como en su juventud.

Dividía el tiempo entre sus clases, sus ejercicios físicos, sus estudios y sus meditaciones. Parecía fuera de la vida. No le

interesaba nada de los asuntos que generalmente preocupan a la humanidad. Jamás leía la prensa diaria. Decía que era insulsa y que en toda ella no había una sola idea, ni un solo pensamiento, que no fuera pueril, vulgar e inútil.

Los asuntos políticos eran vistos por él como juegos infantiles. Las novelas y obras dramáticas no le agradaban. Decía que, con rarísimas excepciones, eran obras triviales, sin fondo, sin arte, sin belleza y sin objeto útil.

Le agradaba profundamente la buena música. Sobre todo la música sacra, la de cámara y los conciertos sinfónicos.

Se interesaba por las revistas científicas y filosóficas. A varias de las cuales enviaba artículos llenos de sabiduría y de profunda erudición.

Había publicado algunos libros; y tenía en preparación una obra a la que dedicaba varias horas de la noche. A pesar de su modestia y de su vida apartada del mundo, su nombre era conocido y a menudo recibía cartas pidiéndole su opinión sobre asuntos científicos y filosóficos.

Su biblioteca se componía de un centenar de libros, que contenían para él el summus de la sabiduría. Aquellos libros eran sus más grandes amores en la tierra. Se remiraba en ellos como si fueran joyas de inapreciable valor. Sus anchas manos tenían al hojearlos delicadezas de manos femeninas.

Era un enamorado del cielo. En las noches estrelladas pasaba largas horas extasiado en la contemplación del Infinito.

Tenía, a veces, alucinaciones. Le parecía que la tierra se transformaba; dejaba de ser una obscura esfera, en donde una humanidad desesperada se consumía en una lucha angustiosa y continua. Le parecía que era un enorme barco, flotando en el cielo, bogando hacia un puerto desconocido; llevando a bordo aquella humanidad semiconsciente y angustiada; cuyos dolores parecían eternos; cuyas inquietudes no terminaban nunca. Porque apenas un ser caía vencido, ya otro ser venía a recoger su bagaje de dolores y a continuar la lucha sin fin, sin tregua. Le parecía ver a la humanidad engrandecerse, crecer. Sus mismos dolores la dignificaban. Sus ideales, apenas alcanzados, y ya cambiados por otros ideales más altos, la ennoblecían.

El pensamiento de aquel hombre, acostumbrado a lo desmesurado, a lo inmenso no veía a la humanidad, como generalmente se la ve, formada por seres separados con diferentes destinos. La veía como un solo ser con un mismo estupendo destino. Como un ser único que se renovaba como se renueva un árbol. El nacimiento, la personalidad humana, la muerte, le parecían tan efímeras como el nacimiento y la caída de las hojas de un árbol secular. Y todos los aspectos de la vida y de la muerte, a que damos tanta importancia, se fundían para él en aquella sacra renovación.

Le parecía que aquel barco fantástico flotaba en la inmensidad como un buque en el Océano. Lo seguía con la mente en su ruta estupenda. Y, agrandando, agrandando su pensamiento, veía el Infinito como

un inmenso Océano y a todos los astros como gigantescos barcos que en él navegaban llevando a bordo su tripulación de seres. ¿A dónde iban? pensaba. ¿Qué clase de pasajeros llevaban...? ¿Llevarían humanidades como la nuestra...? ¿Algunos de ellos llevarían a bordo semidioses...? ¿A dónde iban en su vertiginosa carrera de centenares de leguas por minuto? ¿Por qué no chocaban entre sí...? ¿Quién dictó las leyes estupendas que los rigen...? ¿Quién ordenó sus movimientos rítmicos, precisos, armoniosos...?

Ante aquellas interrogaciones su mente se sumía en cavilaciones tan profundas que ya el pobre verbo humano no tiene palabras para expresarlas.

XXXV

CONSECUENCIAS

La enfermedad del señor Fernández de Lara era, según hemos dicho, ataxia locomotriz progresiva.

El tremendo mal lo había cogido arteramente en París, durante uno de los viajes conque después de su matrimonio se regalaba a menudo, y en los que hacía una vida muy dada a los placeres. Como si la continencia del tiempo dedicado a su familia y a sus negocios, avivara sus pasiones y despertara en él los licenciosos apetitos de su juventud.

Al sentir los primeros síntomas, no se alarmó, ni le dió importancia. Creyó que se trataría de un reuma pasajero. Volvió al país, tornó a su hacienda e hizo una vida metódica, casi conventual.

El terrible mal avanzaba lenta pero inexorablemente. Lo que él había tomado por reuma iba teniento caracteres que lo alarmaban extraordinariamente.

Acompañado de su mujer y de sus hijos pasó una larga temporada en la metrópoli. Consultó los médicos más notables, quienes, comprendiendo el terrible mal de que se trataba le ocultaron piadosamente la verdad.

Un médico imprudente le reveló su nombre. «No, no puede ser—exclamó Andrés.—

No puedo tener semejante cosa. Sé que ese mal viene por herencia o es consecuencia de una vida relajada. Ahora bien, no ha habido en mis ascendientes ninguno con tal enfermedad; y en cuanto a mi vida, si bien es cierto que he tenido épocas de relajación, no puede decirse que haya sido la de un degenerado. He pasado largas temporadas en mi hacienda, ocupado de mis negocios, llevando una vida irreprochable».

Conforme el tiempo pasaba, los síntomas fueron siendo tan alarmantes, que le fué preciso convencerse de la tremenda realidad. Acariciando aún vagas esperanzas fué a Europa, consultó con las eminencias médicas. El diagnóstico de los médicos mexicanos fué ratificado por los médicos europeos. Andrés lo escuchó poseído de intensa desesperación.

Cuanto le recetaron se aplicó o se dejó aplicar. Se sujetó pacientemente a la electroterapia. Visitó los baños minerales más famosos del mundo. Fastidiado, al fin, ante la inutilidad de todos sus esfuerzos y de todas las medicinas, volvió a su hacienda decidido a no permitir que lo molestaran más.

Desde el día siguiente de su llegada Carlos y Ana Rosa inauguraron sus paseos a caballo. Los acompañaban Keller, Margarita y José. Eran excursiones gozosas, a través de los valles y de las montañas, de las que volvían con las mejillas encendidas y los ojos radiantes.

Don Andrés intentó montar a caballo. Pero, ante la imposibilidad de hacerlo, desistió de su empeño y se resolvió a salir

en coche descubierto. Lo acompañaban Elena, Josefina y Juanito. Eran paseos silenciosos, a veces sólo interrumpidos por los gritos inarticulados del niño enfermo y por las palabras cariñosas con que la madre trataba de calmarlo.

Si no hubiera sido por la enfermedad de Andrés y por el estado de Juanito la vida se hubiera deslizado dulcemente. En las mañanas Carlos salía al campo a dirigir las faenas agrícolas. Andrés dictaba la correspondencia y acordaba diversos asuntos. Josefina entretenía al niño, le preparaba personalmente sus alimentos, iba de un lado a otro de la casa vigilando que todo estuviera en orden y hacía algunas golosinas para Andrés que cada día estaba más desganado. Elena salía a visitar a los enfermos, a quienes, a veces, aplicaba personalmente las medicinas que el médico indicaba. Ana Rosa asistía a las clases que Keller daba a Margarita y a José.

En las tardes todos salían al campo. Después de la cena se reunían en el salón. Se leía en voz alta la prensa, se charlaba, se jugaban juegos de estrado. A veces Elena se sentaba al piano y llenaba la señorial mansión y el umbroso huerto de melancólicas y armoniosas melodías. Cuando las noches eran tibias y la luna envolvía a la tierra en su blanca claridad, bajaban al huerto, se sentaban en cómodas mecedoras y pasaban deliciosas horas, aspirando el perfume de las flores, escuchando el rumor del río, contemplando la luz de la luna, comunicándose sus pensamientos.

XXXVI

CARLOS

A menudo Carlos acompañaba al maestro en sus contemplaciones del Infinito. Pasaban largas horas mirando el cielo y sosteniendo conversaciones llenas de profundos pensamientos.

Si Keller hubiera sido capaz de enorgullecerse, se habría sentido orgulloso de los resultados que con su educación había obtenido en aquel discípulo. Carlos era un hermoso ejemplar de la raza humana. Física y moralmente nada dejaba que desear. Era alto, vigoroso, bien conformado. La expresión de su rostro denotaba la firmeza y la bondad de su carácter. En la mirada abierta y pensativa de sus ojos grises, se reflejaba un bello y profundo espíritu. Su aire arrogante se realzaba por el exquisito corte de su ropa y por el perfecto aseo de su persona. Tenía una vasta ilustración. Hablaba correctamente tres idiomas. Conocía bastante las matemáticas. Era muy afecto a la ingeniería, en la que había adquirido mucha práctica. Algunas de las obras de irrigación de la hacienda, habían sido dirigidas por él acertadamente.

Teniendo, como desde niño había tenido,

a su lado un mentor de una raza tan avanzada, que le hablaba constantemente de los adelantos que la agricultura y el pueblo habían alcanzado en algunos países europeos, germinó en su alma el anhelo de poner su hacienda y sus peones a la altura de la civilización moderna.

Dirigido por su maestro y alentado por su padre se esforzaba constantemente en la realización de aquel ideal. Comprendiendo que el clima y la calidad de sus tierras se prestaban admirablemente para el cultivo de la fruta, había convertido una gran parte de la hacienda en un inmenso y maravilloso bosque de árboles frutales. No obstante que tenía las mejores variedades para la exportación, no obstante la belleza de sus frutos, trataba constantemente de mejorar su calidad.

En grandes parcelas minuciosamente cuidadas, erguían los árboles frutales sus copas frondosas. Como estaban plantados en líneas rectas y a iguales distancias formaban bellísimas avenidas.

Los resultados de aquel inteligente esfuerzo habían sido muy satisfactorios. El valor de la hacienda se había cuadruplicado, pues sus productos habían aumentado extraordinariamente. Debido a esto los sueldos y las condiciones de los jornaleros se habían mejorado. Poco a poco se les iba dotando de casas confortables. Tenían gratuitamente servicio médico y medicinas, escuela para los niños, clases nocturnas para los adultos y maestro de música que había formado con los más aventajados una orquesta.

Las tierras que no habían sido planta-

das de árboles, se les habían dado a medias a los peones.

Las obras de irrigación daban riego a casi todas las tierras.

Por doquiera se veían nuevos plantíos de árboles frutales; almácigas en que las plantitas tiernas elevaban en la luz sus finos tallitos hornados de sonrosadas hojas; parcelas sembradas de verduras, en que llamaba la atención el cuidado, pulcritud y perseverancia del medier; extensos campos donde los trigales levantaban al cielo la alegría de sus espigas.

Keller y Carlos daban muy a menudo a los peones lecciones prácticas sobre el mejoramiento de los cultivos, sobre el abono, la manera de labrar la tierra, de seleccionar las semillas, de hacer las podas y los ingertos. Debido a esto y a la buena voluntad con que trabajaban, porque sabían que la mitad de los productos serían suyos, el esfuerzo era muy fecundo en buenos resultados.

El bienestar y la abundancia aumentaban día a día. Al impulso vigoroso de aquel joven y de aquel maestro; al calor de aquellas dos voluntades, a la luz de aquellas dos inteligencias poco a poco se iba todo transformando.

La escuela se levantaba en medio del caserío, blanca y airosa como un templo.

Carlos no estaba aún satisfecho. Quería más progreso, más bienestar aún. Lleno de infatigable ardor se esforzaba constantemente en mejorarlo todo, en corregir las deficiencias, en aumentar la producción, en perfeccionar constantemente la belleza y la

calidad de sus frutos. Su ocupación preferente, su mayor preocupación, era elevar el nivel moral de sus jornaleros, mejorar su suerte, asegurar su porvenir.

La nobleza de aquel esfuerzo, la grandeza de aquel ideal, resplandecía en sus ojos y se difundía por sus facciones dándoles una expresión de íntima bondad. Su sonrisa era dulce como la de un apóstol. Sus manos hermosas y fuertes se posaban sobre los cabellos crespos de los niños indígenas. Los acariciaba suavemente y un anhelo santo de redimir al indio llenaba su alma. Era tan vigoroso, tan profundo su anhelo, que la grandeza de su pensamiento irradiaba en sus ojos y parecía llenarlos de luz.

A veces iba a la escuela, se sentaba junto al humilde maestro y presenciaba encantado la obra de redención. Los pobres niños indígenas lo miraban asombrados con sus ojos negros, melancólicos y brillantes. Sentados frente a sus pupitres estudiaban. Por sus frentes trigueñas y tersas pasaban los pensamientos, sus manecitas torpes escribían, escribían. Carlos los miraba sonriendo. El anhelo que cuando niño habían despertado en su alma las palabras del maestro se realizaba. La promesa inconsciente y sagrada que había brillado en sus ojos infantiles, se cumplía.

El hombre, decía a veces, no puede hacer que la humanidad sea mejor y más feliz; pero sí puede y debe hacer que todos los que lo rodean, que todos los que de él dependen, lo sean.

XXXVII

AURORA Y OCASO

La enfermedad del señor Fernández de Lara avanzaba inexorablemente. Ya no tomaba interés en los negocios, ni dirigía sus asuntos. Se pasaba las mañanas en la sala, sentado frente a una ventana abierta. Elena estaba casi siempre a su lado. Leía en voz alta o tocaba el piano. El la escuchaba en silencio, con los ojos cerrados como si durmiera.

La falta de coordinación en sus brazos se había acentuado de tal modo que era preciso ayudarle a comer y vestirlo. Su mujer y su camarista lo vestían. Y en cuanto a la comida era una dulce y triste tarea que voluntariamente se había impuesto Elena. Ella partía los manjares en pequeños trocitos, los pinchaba con el tenedor, tomaba la mano del enfermo y le ayudaba a llevar el alimento a la boca.

Desistió de salir en coche, pues, según decía, lo molestaban al subirlo. En las tardes todos se iban a pasear al campo, hasta Josefina para distraer al niño enfermo.

Andrés y Elena se quedaban solos, generalmente en el huerto, viendo en silencio caer las hojas, volar las aves y ponerse el sol. Aquellas horas de soledad eran infinitamente melancólicas. Sus manos se buscaban y se encontraban; pero las pobres manos del paralítico ya no sentían el contacto de aquellas manos adoradas que en otra época lo hacían desfallecer de placer.

Hablaban a media voz. Sus palabras tenían la monótona dulzura del crepúsculo que los envolvía.

A veces se quejaban de su destino, encontrándolo injusto. A veces lo aceptaban con resignación. Sus conversaciones versaban siempre sobre el pasado, sobre aquel pasado inolvidable ya tan lejano, tan lejano ya.

Cuando obscurecía por completo; cuando una sombra impenetrable los envolvía, ella reclinaba la cabeza sobre el pecho de él. Y permanecían así largo rato, desolados, tristísimos, inconsolables. Como si la sombra que los rodeaba estuviera dentro de ellos mismo en el fondo de sus propios corazones.

Cerca de aquellos dos seres llenos de melancolía; junto a aquel triste idilio; frente a aquellos dos soles que se hundían lentamente en el ocaso de la vida, surgía radiante una aurora de amor. ¡Carlos y Ana Rosa se amaban! ¡Se amaban! ¿Cómo explicar lo que hay de infinito en estas sencillas palabras? ¡Se amaban...! ¿Hay alguna otra frase que pueda expresar cosas más deliciosas y más profundas?

Decir de dos seres jóvenes, sanos y libres, que se aman, es lo mismo que decir que viven en el cielo. Así pues, Carlos y Ana Rosa, vivían en el cielo. La vida era para ellos una perenne embriaguez. El amanecer, el mediodía, el crepúsculo, las noches estrelladas, todo, todo, tenía para ellos un encanto profundo. No se habían revelado aún el secreto de su cariño, pero la ventura que irradiaba en sus ojos proclamaba que las almas de aquellos dos seres felices sabían el secreto que sus labios no osaban decir.

XXXVIII

IDILIO

—Mira, mira, que buena pareja hacen— dijo el enfermo a su amiga viendo, desde una ventana que daba al huerto, a Carlos y a Ana Rosa.

Los jóvenes, semiocultos entre floridas ramazones, no se daban cuenta de que eran observados. Formaban un grupo delicioso. Estaban esplendentes de belleza y de juventud. El sol los envolvía en su caliente y dorada claridad. La alegría de la luz, el perfume de las flores, los cantos de las aves, la música del río, los susurros del viento entre las frondas, parecían rendirles vasallaje y reverenciarlos. Como si las almas humildes y fecundas de la naturaleza que los rodeaba reconocieran en ellos a los genios de aquel paraíso, a los dioses tutelares de aquel oculto edén.

Ana Rosa estaba vestida de linón blanco. Un sombrero de paja de Italia hornado de violetas, la resguardaba del sol. Sus anchas alas, graciosamente caídas, proyectaban sobre su lindo rostro una delicada sombra.

Carlos cerca de ella hablaba en voz baja. No se oían sus palabras, pero su actitud denotaba que formulaba la dulce interrogación que sube siempre a los labios del que ama.

La virgen escuchaba sin responder. En sus ojos bajos irradiaba su alma, en sus labios carnosos la sacra respuesta palpitaba.

El sol los envolvía en su claridad dorada y caliente. El perfume de las flores era embriagador. Las aves cantaban con dulzura infinita. La naturaleza entera parecía rendirles vasallaje.

El joven volvió a interrogar. La doncella se puso muy encendida, cerró completamente los ojos y por sus labios virginales pasó la dulce y breve afirmación.

El idilio continuó desarrollándose bajo las sonrisas benévolas de Andrés y de Elena, quienes, ante aquel casto amor y ante aquellas radiantes ilusiones, se sentían renacer. Aquella honesta dicha era obra suya. Aquellos dos seres debido a su bondad tenían un hermoso presente y un brillante porvenir. La niña expósita y el hijo bastardo estaban salvados. El enfermo y su amiga se sentían satisfechos de su obra de amor.

XXXIX

REVELACION

Entre la correspondencia del señor Fernández de Lara llegó, un día, una carta que lo dejó confuso.

¡Era de Enriqueta Esparza! Olía a cloroformo y estaba escrita con caracteres casi ilegibles. Con dificultad pudo don Andrés descifrar lo siguiente.

«Señor... moribunda en un hospital. Fué usted el causante de mi perdición... nada le pido para mí. Le escribo implorando ayuda para su otro hijo, el niño que yo conservé. Está en la cárcel, condenado a muerte, condenado a muerte. En nombre de Dios le suplico que lo salve».

El resto de la carta era totalmente ininteligible. Probablemente diría el nombre del hijo, la causa de la condena, la cárcel en que se hallaba. Casi adivinando podía leerse que Enriqueta estaba en el Hospital General de la Metrópoli.

El enfermo leía y releía la carta. Quizás tratando de descifrarla, quizás tratando de ahogar la amarga voz de su conciencia.

—¿Qué dice ese papel que tanto te preocupa?—preguntó Elena que estaba cerca de él dispuesta como de costumbre a leerle la prensa.

—Tómala y léela.

Cuando la amiga hubo leído la carta, sintió una sacudida en el corazón. Como siempre su conciencia recta habló pronto y claro. Como siempre, le indicó en el acto cuál era el deber.

—Preciso será prevenir inmediatamente a Carlos. ¿Lo llamo?—dijo levantándose.

—Sí, sí, ordena que lo llamen—respondió el enfermo sin la menor vacilación.

Elena salió, dió la orden a un criado, entró de nuevo y se sentó cerca del enfermo.

—¿Qué te parece? ¡Un hijo mío condenado a muerte! ¡Un hijo mío de quien no sé ni el nombre! ¿Qué te parece? Y preguntábamos, amiga mía, qué había hecho yo para merecer esta enfermedad tremenda. ¡Pues ya ves, ya ves la gracia que había hecho! ¡Si al menos hubiera sido un inconsciente! Pero no, no lo fuí. Mi conciencia me señaló el deber. Recuerdo que conocí a ese hijo mío. Trabajaba con unos comediantes de la peor ralea. ¡Pobre chiquitín! comprendí que lo estaban matando moralmente y nada hice por él, lo dejé abandonado a su suerte. ¡Ah! Pero esto no importa. Soy el honorable señor Fernández de Lara. En el abandono de esta criatura y de su madre, no hubo delito. ¡Quiá! Para la sociedad, tratándose de un señorón, eso no es delito; es una calaverada sin importancia. Así pensaba

yo cuando joven y obré como pensaba. Ahora veo las cosas desde otro punto de vista, desde otra altura y las aprecio de distinta manera. Ese Keller, con tanto y tanto hablar de su ley de acción y reacción, de su famoso Karma, me va infundiendo algo sus ideas. Sí, cara amiga, la justicia existe. Lo que nos parece injusticia, es justicia que no comprendemos. Yo me creía injustamente castigado y, ya ves, sólo pago el mal que he hecho.

Carlos entró. Se quitó el sombrero, sacó su pañuelo y se lo pasó repetidas veces por la frente. Estaba empapado de sudor. Tenía el rostro y el cuello tan encendidos que casi se creía ver circular la sangre bajo su fina epidermis. Parecía saturado de aire y de sol. De toda su juvenil persona se desprendía ese ambiente de vigorosa salud, de sana alegría, que da el trabajo en el campo, el ejercicio al aire libre, bajo el oro radiante del Sol.

Su sombrero de paja de anchas alas, su traje de lino crudo, sus altas y recias botas de cuero, sus ruidosas espuelas, el látigo que llevaba en la mano, le daban un simpático y original aspecto en que parecían mezclarse dos tipos: el del caballero y el campesino; el del señorito y el labriego.

Por la puerta abierta entraba el ruido sonoro que hacía el recio pisar de su caballo sobre las losas del patio.

—Santos y muy buenos días—exclamó dando una afectuosa palmada a su padre y otra a Elena.—Acabo de llegar del campo. ¡Estoy más contento! Salí a las cua-

tro de la mañana. Estaba aún obscuro. Se veían las estrellas. Fuí al rancho del Picacho. Está en la cumbre de la montaña. Me llevé al chico más adelantado de la escuela de aquí y establecí una escuela allá. ¿Sabes, papá? hay en ese rancho siete niños que no pueden venir hasta acá a la escuela. He arreglado todo muy bien. ¡Estoy más contento! Los padres de los niños darán comida y albergue al pequeño maestro y la hacienda le pasará el jornal. En esta forma no se nos quedará sin escuela ninguna ranchería por lejana que esté y por pocos niños que tenga.

¡Cómo siento no haber llevado a Ana Rosa! Fué un acto sencillo, pero conmovedor. Me rodeaban todos los campesinos; tenían sus instrumentos de trabajo en la mano. Estábamos en lo más alto de la montaña. Al inaugurar aquel humilde plantel de enseñanza, me pareció que había levantado un templo. Me sentí enternecido y dichoso. Los niños me miraban azorados. Dos de ellos se acercaron a mí y, tímidamente, casi a hurtadillas, tomaron una de mis manos y me la besaron.

Pero... ¿qué pasa? ¿por qué no me contestan ni tú ni Elenita?

—Pasa algo grave—dijo don Andrés.—Siéntate y dispón tu ánimo a recibir una dolorosa sorpresa.

—¿De qué se trata?—preguntó Carlos, sentándose.

—Voy a decirte algo, hijo mío, que va a sorprenderte. No sé si, después de oirme, disminuya el cariño que me tienes; no obstante, debo hablar. Has vivido engañado

respecto a una cosa. Creías que tu madre había muerto, y tu madre vive.

—¡Vive!—exclamó Carlos asombrado.

—Sí, probablemente, sí. Digo probablemente porque está muy grave. No quise nunca decirte la verdad. ¿Por qué? No lo sé a punto fijo. No lo creí necesario. Como a ti no te toca juzgar a tu madre ni juzgarme a mí, paso por alto las circunstancias en que viniste al mundo. Sólo debo decirte que tienes un hermano gemelo, del que jamás me ocupé, del que no sé ni el nombre. He recibido esta carta. Léela y decide lo que se debe hacer.

Carlos leyó la carta con detenimiento. El asombro y la amargura, pasaban simultáneamente por su rostro. Cuando acabó de leerla, exclamó levantándose:

—Parto hoy mismo. Debo hacer cuanto esté de mi parte para salvarlos.

—Esta era la respuesta que esperaba, hijo mío. Parte pues, y ojalá que, al ver de cerca el dolor y la ruina moral que yo causé, no disminuya el cariño que me tienes.

Carlos repuso vivamente emocionado:

—Al ver de cerca el dolor y la ruina moral, comprenderé mejor lo que usted ha hecho por mí, y sabré agradecerlo aún más de lo que lo agradezco. Al comparar, lo que gracias a usted soy con lo que pude haber sido, se afirmará, se engrandecerá, mi adoración hacia usted. A mí no me toca ver el bien que dejó usted de hacer, sino el bien que hizo.

Pocas horas después salió Carlos para la capital.

XL

LA MADRE

Una vez en la metrópoli, fácil le fué al joven obtener permiso de ver a la enferma Enriqueta Esparza.

Entró en el pabellón que se le indicó. En camas iguales, colocadas a poca distancia, las enfermas se debatían, bajo el peso de la más grande desventura humana. La enfermedad laceraba sus carnes. La ausencia de los seres queridos laceraba sus almas. Algunas parecían resignadas a su dolor y lo soportaban impasibles, calladas, como si durmieran. Otras se quejaban quedamente, mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas exangües. ¡Qué triste era ver aquellas lágrimas que nadie se acercaría a enjugar! En una de las camas una enferma se revolcaba, presa de agudísimos dolores. En otra, una mujer joven aún, agonizaba. La enfermera de pie, cerca de ella, esperaba impasible el momento final. La moribunda respiraba con



Enriqueta pareció recordar. Abrió los ojos y miró al joven. *(Pág. 257.)*

angustiosa dificultad. Una de sus manos, extendida hacia el borde del lecho, se movía de un lado a otro. ¡Pobre mano, afilada y yerta, quizás buscaba el contacto de una mano querida que le diera valor!

Carlos avanzaba lentamente. ¿Cuál de estas infelices será mi madre? pensaba, sintiendo que se le oprimía el corazón.

Llegó al número 43 que era el que se le había indicado. Enriqueta estaba ahí. Una úlcera roía parte de su rostro. Un practicante había puesto sobre ella yodoformo, algodón y una venda, pero la enferma, exasperada por el dolor, acababa de arrancarse la curación. El algodón tirado en el suelo, mostraba sucias manchas. La úlcera destilaba, sobre la almohada, pus sanguinolento. Carlos se acercó. Ella abrió los ojos y lo vió. Creyó que era algún médico y volvió a cerrarlos.

—Está muy grave—dijo un enfermero, que se acercó a ponerle una nueva curación sobre la úlcera.

—Aquí tiene usted una visita—añadió moviendo un poco a la enferma.

Enriqueta pareció recordar. Abrió los ojos y miró al joven.

—¿Quién es?—murmuró.

—Soy yo, señora; Carlos Fernández de Lara, su hijo de usted.

Una expresión de asombro y de curiosidad avivó la mirada, casi apagada, de la enferma.

—Me apena mucho—dijo el joven—que se me haya ocultado mi verdadero origen.

Si yo hubiera sabido que usted existía, nada le habría faltado, jamás habría permitido que viniera usted a un hospital.. De hoy en adelante, cumpliré mi deber hacia usted. Mañana mismo la sacaré de aquí.

—Bueno—murmuró Enriqueta, sin la menor alteración en la voz, como si ya todo en la vida le fuera indiferente. Después de un silencio añadió con voz casi ininteligible.—Para mí nada quiero. Para él sí, para mi hijo. Es su hermano de usted; está condenado a muerte.

—¿Cómo se llama?—preguntó Carlos con viveza.

—Antonio Esparza, está en la Cárcel general—dijo la enferma.—Está condenado a muerte, pobre hijo mío, condenado a muerte. Y como si aquel espantoso pensamiento se hubiera aferrado a su mente, apagando toda otra idea, todo otro pensamiento, repetía : Condenado a muerte.

Nada más triste que aquella voz estropajosa, agónica, repitiendo esas fúnebres palabras.

Carlos sintió una inmensa piedad. Se acercó a su madre, acarició con su mano derecha, hermosa y fuerte, aquella pobre cabeza vendada.

—Cálmese—dijo,—he venido a salvarlo y lo salvaré, se lo prometo.

La enferma, sin responder, se puso a llorar. ¡Qué amargo era aquel llanto vertido allí ; en aquella sala de hospital ; en aquel último asilo de la miseria y del dodor ! ¿Quién podría relatar todo lo que aquellas lágrimas decían? ¿Quién podría

contestar a las interrogaciones que ellas sugerían? ¿Eran un reproche a Dios? ¿Eran una queja? ¿Preguntaban el por qué de aquellos sufrimientos, el por qué de aquel triste destino...?

XLI

EL CONDENADO A MUERTE

Carlos tomó los informes sobre su hermano. Supo que todos los recursos legales habían sido agotados; que el indulto le había sido negado; que estaba en capilla y que al día siguiente a las seis de la mañana sería fusilado.

Intentó hablar con el Presidente de la República y le fué absolutamente imposible.

Sus buenos deseos, su actividad, fueron inútiles. ¡Había llegado demasiado tarde!

Lo único que pudo conseguir fué el permiso de pasar con el sentenciado sus últimas horas.

Agotado, convencido, al fin, de la inutilidad de sus esfuerzos, se dirigió a la prisión. Sonaban las nueve de la noche cuando entró en la capilla. Era una pieza de regulares proporciones, escasamente iluminada por dos cirios que ardían frente a la imagen de un crucificado.

El reo, aparentemente tranquilo, se paseaba de un lado a otro. No sabía aún que el indulto le había sido negado. Fué

así que, cuando vió entrar a Carlos, pensó que iría a comunicarle la suerte que definitivamente le aguardaba.

—¿Me han concedido el indulto?—preguntó, disimulando apenas su ansiedad.

Carlos comprendió el error en que estaba su infeliz hermano y tomó, rápidamente, el partido de ocultarle la verdad, para que sus últimas horas fueran menos angustiosas.

—Todavía no — dijo, — pero seguramente se lo concederán. Me lo prometió el Presidente.

El reo lo miró asombrado y tras un breve silencio dijo:

—¿Se lo prometió el Presidente? ¿Habló usted de mí?

—Sí—respondió Carlos, sin atreverse a mirarlo.

Antonio se quedó un rato pensativo. Luego, sintiendo que la duda le punzaba el corazón, exclamó:

—¡Es raro! Usted no me conocía... ¿por qué había de haber hablado por mí?

—No lo conocía, es verdad; pero sabía que era usted mi hermano.

—¡Su hermano! ¡Su hermano!—murmuró Antonio asombrado.

—Sí, su madre, es decir, nuestra madre, me lo ha afirmado hoy mismo.

—¿La ha visto usted? ¿Vive aún?

—Sí.

—¿En el Hospital?

—Sí.

—¡Pobre madre!

—Mañana mismo la haré instalar en el mejor sanatorio de la ciudad.

Hubo un largo silencio. Ni uno ni otro sabían qué decirse. Se sentaron. Antonio en el borde de la cama y Carlos en la única silla que había en la pieza.

—¡Con que hermanos!—exclamó el reo.

—¡Quién lo creyera! Sí, lo recuerdo bien, mi madre me decía que yo tenía un hermano rico y feliz; hasta creo que sé su nombre... Carlos... ¿No es así? Carlos Fernández...

—Sí, sí, eso es. Carlos Fernández de Lara.

—Algunas veces pensé en escribirle.

—¿Por qué no lo hizo?

—¡Qué sé yo! Tal vez por desidia; tal vez porque creí que no me haría usted caso.

Volvieron a guardar silencio. Ni uno ni otro sabían qué decirse.

Carlos observaba a su hermano, y una tristeza indecible iba invadiendo su alma. No tenía ninguno de los rasgos característicos del criminal. Se le parecía mucho. Su constitución endeble, su color amarillento, la sombra que extendía en la parte inferior de su rostro, la barba a medio crecer, le daban un aspecto enfermizo, que atenuaba el parecido, pero que no lograba borrarlo. La pobreza de su traje y el desaliño de su persona, revelaban la carencia absoluta de dinero y de educación. Su actitud era triste y pensativa. De sus ojos taciturnos, de la expresión desencantada y amarga de su boca parecía surgir una obscura queja, un sombrío reproche. ¡Pobre hermano! pensaba Carlos, desde niño la fatalidad lo tocó con su dedo implacable.

Antonio reparaba en las maneras pulcras, en el perfecto aseo, en el aire aristocrático de su hermano. En su traje finísimo, en su fistol de brillantes, en su cadena de oro, en su elegante abrigo; en todo aquel conjunto que hacía de él un mimado de la suerte, un hijo predilecto de la fortuna. Su frente pareció ensombrecerse. Una secreta envidia, dormida quizás de mucho tiempo atrás en el fondo de su ser, pareció despertarse.

—Mi madre me contaba—exclamó—que, obligada por la miseria, envió a uno de nosotros a nuestro padre. Desde niño he tenido muy mala suerte, ya ve usted. Calló un rato y luego dijo con mal disimulado encono: ¿Por qué sería usted el elegido y no yo?

Carlos se quedó pensativo. Su mente se llenó de interrogaciones. ¿Por qué sería yo el elegido? pensaba. ¿Quién presidió a la acción de mi madre? ¿Fué la casualidad? ¿Fué Dios? Eramos igualmente niños, igualmente inocentes. ¿Por qué fueron diversos nuestros destinos? ¿Por qué se colocó a uno en terreno propicio al mal y al otro en terreno propicio al bien? ¿Si acaso él era bueno había en ello mérito? ¿Si acaso su hermano era criminal, había en ello delito? Siguieron cada uno la senda que se les trazó. ¿Quién era el verdadero culpable de los crímenes de su hermano? ¿La sociedad acaso? ¿Acaso Dios? ¿Por qué arrojó al pudridero aquella semilla? ¿Por qué siendo los dos iguales, sólo para uno hubo bondad y providencia? Cuando la madre hizo la elección los

dos eran seminconscientes. Ninguno había hecho méritos para merecer la buena o la mala suerte. ¿Qué clase de justicia presidió a su destino? Si su madre se hubiera quedado con él y hubiera dado a su hermano, ¿Antonio habría sido bueno y él criminal? ¿El carácter del uno y el del otro fué obra de la buena y de la mala educación, o traían inclinaciones irresistibles y, aunque su educación hubiera sido diversa, los resultados habrían sido aproximadamente los mismos? Sin duda, pensó al fin, sintiendo que su ánimo se serenaba y que su fe en la Divina Justicia renacía; sin duda sólo en apariencia éramos iguales. Nuestras almas tenían diversa historia, diferente pasado; habían quizá vivido otras vidas, hecho otras experiencias, y nuestro destino presente fué justa consecuencia de acciones anteriores que no recordamos.

Un centinela dió la voz de alerta.

El sentenciado se estremeció. Un escalofrío de angustia recorrió su cuerpo.

—El tiempo pasa—dijo—y ese indulto no llega.

—Llegará, hermano, llegará, no lo dudes —murmuró Carlos con dulzura.

Antonio se puso de pie, se desabotonó el cuello de la camisa, como si le estorbara para respirar; miró hacia todos lados, no sabiendo qué hacer para calmar su ansiedad. Dió algunos pasos y volvió a sentarse.

—¿Qué horas son?—preguntó.

Carlos vió su reloj y dijo:

—Las nueve y media.

—¡Qué tarde es ya!—dijo el reo volviéndose a poner de pie. Tras una breve pausa, preguntó:

—¿Cuando supo usted que éramos hermanos?

—Anteayer.

—¿Escribió mi madre diciendo lo que me pasaba?

—Sí, y en el acto me vine.

—¡Pobre mujer! Debe haberse puesto como loca al saber mi sentencia. Me quiere mucho, yo también la quiero mucho a ella. Por verla vine a la capital. Sabía que podían aprenderme, pero estaba muy enferma, vine, y, no hubo remedio, me aprendieron.

Sacó de la bolsa una cajetilla de cigarros y le ofreció a Carlos.

—Yo no fumo, hermano, fuma tú—dijo éste.—No lo tomes a desaire, añadió. Dentro de poco traerán la cena para los dos y te acompañaré.

—Un poco de vino entonces—dijo el reo tomando una botella con que le había obsequiado el alcalde.

—Gracias, hermano, yo no bebo nunca. Jamás he probado el vino.

—A ti te han educado; a mí no—murmuró Antonio con un acento indescriptible.—A los nueve años fumaba ya; a los catorce solía embriagarme.

—¿Nunca fuíste a la escuela?

—No, no fuí nunca. No sé leer. Y la verdad es que lo siento.

—¿Aprendiste algún oficio?

—No, no aprendí ninguno. Era mala cabeza. Me gustaba vagabundear. Me gus-

taba vivir en la calle. Sin embargo, hacia los quince años la miseria nos acosó tanto que fuí a una fábrica. El patrón decía que era listo y me fué mejorando. Le tomé amor al trabajo y dejé de beber. Al cabo de algunos años me casé. Sí, hermano, dijo, tras un profundo suspiro: Yo he tenido mi hogar; muy humilde, pero he tenido mi hogar. ¡Qué buen tiempo fué aquel! Trabajaba con ardor, con alegría. Casi fuí propietario. Compré un terrenito de esos que venden pagaderos a muy largos plazos. ¡La ilusión que mi pobre mujer y yo teníamos por aquel pedazo de tierra! Todos los domingos íbamos a pasarlos allá. El colmo de la felicidad consistía, para nosotros, en terminar de pagar aquel terreno y en levantar ahí nuestra casita. No éramos ambiciosos, ¿verdad? No queríamos grandes tierras, ni grandes palacios. Unos cuantos metros de tierra, una casita de adove, eran el objeto de nuestras ilusiones. ¡Ay! sin embargo, los pobres no podemos tener ilusiones. La nuestra, con ser tan humilde, no pudo realizarse.

Carlos pensó en sus inmensos campos, en su mansión opulenta y magnífica, y su mente se llenó de una interrogación solemne: ¿por qué tanto para los unos y tan poco para los otros?

El sentenciado guardó un rato silencio. Parecía recordar, con profunda emoción, los hechos que evocaba.

—Ya tenía yo dos hijos—continuó diciendo,—cuando una tarde, al salir de la fábrica en donde trabajaba, un policía me

ordenó que lo siguiera. Me llevó a un cuartel, en donde me raparon, me vistieron de soldado raso, me dieron de alta en un batallón que al día siguiente partió para Morelos. Yo no podría explicarte la indignación que sentí al ver que disponían de mí, sin mi voluntad, como si yo fuera una cosa, una bestia o un criminal. ¡Ah! entonces sentí, lo que jamás había sentido: sentí odio. Sí, odié a los ricos, odié a la autoridad. Sin embargo, todavía no era malo, no. Recuerdo que, cuando en mis manos, que sólo habían manejado instrumentos de trabajo, pusieron instrumentos de muerte, me tembló el corazón; me sentí perdido... Te lo confieso, tuve miedo, sentí repugnancia de matar... Jamás, jamás, te lo juro, había tenido en mis manos un arma. Jamás, jamás, te lo juro, había matado. ¡Qué cosas! exclamó riéndose con amarga ironía. Se me enseñó a la fuerza a matar, y ahora se me mata porque aprendí. Es la verdad. Yo, hermano, yo que estoy condenado a muerte por homicidio. Yo que no sé a punto fijo a cuantos he quitado la vida... yo, sentí que la vista se me nublaba y el corazón se me quería salir del pecho, cuando formé por primera vez parte de un pelotón y fusilé a un infeliz indígena, que de rodillas nos pedía compasión. Yo, que después he hecho correr tanta sangre, creí desmayarme a la vista de aquella primera sangre que vertí. ¡Qué horrible me pareció todo aquello los primeros días! ¡Qué angustia la mía cuando, obedeciendo al superior, tenía que ayudar a ahorcar a los

rebeldes que agarrábamos prisioneros. Te lo juro, hermano, muchas veces, cuando nadie me veía, lloraba. Sí, yo, el temible cabecilla, Antonio Esparza, he llorado.

¡Pobre hermano! pensó Carlos con profunda tristeza; mientras a mí me enseñaban a respetar la vida, a él le enseñaban a destruirla.

—Un día—continuó diciendo el sentenciado—una partida de rebeldes nos derrotó y caí prisionero. Al principio los seguí por temor más que por voluntad. Poco a poco, me fuí encariñando con ellos. El jefe de la partida nos hablaba de libertad, de igualdad. Nos decía que la causa era justa y buena; que, a su triunfo, todos seríamos ricos y felices; que todo sería para todos, que ya no habría pobres ni desgraciados. ¡Qué sé yo! ¡Decía tantas cosas! Al principio, no le prestaba atención. Pero, poco a poco, sus palabras me impresionaron y acabé por creer que nuestra causa era, como él decía, una obra santa, una obra de redención. La tomé con tanto ardor, que pronto fuí a mi vez cabecilla. Me sentí grande, porque ya no sólo pensaba en mí, pensaba en todos, en todos los de mi raza. Sentí deseos de mejorar la suerte de todos. Quería para todos la tierra. Quería para todos el pan. Me decía, vagando en las montañas de Morelos: ¿No es para todos el sol, no es para todos el aire? Pues para todos debe ser la tierra. Te habrán dicho que soy un bandido. Te han engañado. No, no soy un bandido; soy un revolucionario.

Los ojos del rebelde estaban brillantes, como si el recuerdo de su ideal, le hubiera causado fiebre.

Carlos lo escuchaba atónico.

¡Aquel rebelde era su hermano! Sí. El parecido no había sido impreso sólo en los rostros; también lo había sido en las almas. Los dos habían sentido el mismo anhelo; los dos habían querido el progreso y la felicidad de todos. Eran dos fuerzas, casi idénticas, pero guiadas de diversa manera, sujetas a diferentes impulsos. Antonio era la fuerza bruta. Carlos era la fuerza consciente. Uno era el torrente impetuoso que destruye las sementeras, que arrasa los poblados, que siembra el pánico y la ruina. El otro era el río potente, pero hábilmente encauzado, que es manantial de fuerza, de riqueza y de vida. Los dos habían sentido el mismo noble anhelo. Pero en el uno, en Antonio, lo hizo nacer el odio, lo hicieron desarrollarse las palabras torpes de un ignorante. Y en el otro, en Carlos, lo hizo nacer el amor, lo ayudaron a desarrollarse las prudentes enseñanzas de un sabio. Los dos habían sentido el mismo anhelo santo. Los dos habían presentido el mismo lejano esplendor. Pero, el uno, Antonio, ciego por su ignorancia, torpe por su falta de cultura, había seguido medios erróneos; y en vez de la riqueza y de la dicha, que para todos soñó, sólo había sabido aumentar la pobreza y la desventura.

La inteligencia bien cultivada de Carlos, le hizo comprender que, matando, no es la manera de dar la vida; que, des-

truyendo, no es la forma de crear la riqueza; ; que, odiando, no es la manera de ir hacia la fraternidad. Su inteligencia sabiamente cultivada le hacía comprender que no había llegado aún para la humanidad la hora solemne, en que la riqueza y la tierra fueran para todos, como ahora era para todos el sol. Y convencido de esto, había cortado las alas de su fantasía y había procurado que sus sueños fueran factibles, que sus ideales fueran realizables. Se había paciente y noblemente dedicado a procurar hacer la felicidad de los que lo rodeaban, ya que no le era dado hacer la dicha de toda la Humanidad.

Durante un rato guardaron silencio. Carlos contemplaba a aquel hombre desventurado. En sus facciones había aún rasgos de bondad. ¡Quizás en su alma los habría también! ¡Pobre hermano! pensó; la fatalidad lo tocó con su dedo implacable. Era bueno; quizás lo habría sido siempre a no ser tan grande el egoismo de los hombres.

—¿Por qué callas?—dijo el rebelde con alguna aspereza.—¿Te parece mala mi causa? ¿Me crees un criminal? ¡Está claro! Tú eres rico, tienes que ver las cosas de diversa manera. No puede pensar lo mismo el que, como tú, sin esfuerzo alguno, se encuentra poseedor de una gran fortuna y el que, como yo, en largos años de trabajo, no pudo adquirir ni unos cuantos metros de tierra. Cuando se está harto no se piensa lo mismo que cuando se tiene hambre. El que disfruta los productos de un despojo, no juzga las

cosas de la misma manera que el que sufre sus consecuencias. Sábelo bien, añadió con un tono tan sombrío que pareció repercutir lóbregamente en el calabozo: Sábelo bien. De la sangre que he derramado, no soy yo el único culpable.

Aquellas palabras, dichas en aquel lugar, pronunciadas por los labios convulsos de un condenado a muerte, parecían tener un sentido profundo.

La conciencia de Carlos, serena hasta entonces, se sintió conturbada. Pensó de nuevo en los extensos dominios que su padre y tantas otras personas poseían, parte de los cuales no cultivaban, y casi ni conocían. ¿No sería el egoísmo de los unos, el que había hecho nacer el odio de los otros? ¿De la sangre derramada por su hermano era aquel el único culpable, o él, su padre y todos los ricos egoistas eran cómplices inconscientes del delito y sobre sus conciencias pesaba también la responsabilidad tremenda?

Sus ojos se fijaron en la imagen del crucificado. Le pareció que sus labios exangües se entreabrían y pronunciaban la dulce sentencia: «Amaos los unos a los otros».

¿Quienes habían cumplido el divino mandato? ¿Los rebeldes acaso? No. ¿Acaso los ricos? Tampoco. ¡Ay! ni los unos ni los otros habían obedecido el mandato de Dios.

Sintió en el alma un estremecimiento sagrado.

—Hermano—exclamó,—te juro que, en memoria de esta hora solemne, suplicaré

a mi padre que reparta la tercera parte de sus tierras entre sus jornaleros.

—¡Ah! — dijo Antonio exaltado; — ¡apruebas la rebelión! ¡apruebas mi conducta y la de los míos!

—No, hermano, no—dijo Carlos con serenidad.—No apruebo la violencia de los unos, pero tampoco apruebo el egoismo desmesurado de los otros. Ambos debemos ceder; ambos debemos cumplir el divino mandato del Crucificado.

Un carcelero introdujo una gran bandeja, en la que había varios manjares exquisitos que de un restaurant acababan de enviar por orden de Carlos.

Cenaron en silencio.

—Bueno es que pienses en dormir—dijo Carlos a su hermano en cuanto concluyeron.

—No, no tengo sueño. Siento una opresión aquí—dijo apretándose el pecho.—Si no viene el indulto... mañana temprano...

No terminó la frase. Un escalofrío de angustia recorrió su cuerpo.

—Vendrá—dijo Carlos con fingida convicción.

—¿Crees tú?

—Sí, sí, por supuesto.

—No pienses que tengo miedo. No soy un cobarde, no. La muerte no me preocupa por mí; pero dejo a mi mujer y a mis dos hijos. Los dejo en la miseria. Como ellos son tan pequeños no podrán ganarse la vida, ni dejarán que ella se la gane, y tendrán que mendigar.

—¡Eso no!—exclamó Carlos con noble-

za.—Tus hijos y tu mujer quedan bajo mi amparo.

En seguida sacó de su bolsillo una cartera y escribió un nombre y una dirección que Antonio le dictó.

—No tendrás que buscar a mi mujer. Si no ha dormido en la puerta de la prisión vendrá al amanecer. No hace mucho estuvo a despedirse. Trajo a los niños. ¡Pobres chamacos!—No pudo decir más, la emoción lo embargaba. Se levantó y tomó un trago de vino.—Tengo una sed intolerable. Creo que estoy enfermo; me siento quebrantado; me duelen los huesos; se diría que tengo fiebre. Siento el pecho oprimido, la boca seca. No sé lo que me pasa. Esto es atroz. No me importa que me maten... Pero... esta espera... esta espera es espantosa.

—Tengo la certeza de que tu indulto vendrá. Tranquilízate, duerme.

El sentenciado convino al fin en acostarse. Se quitó el saco, los zapatos y se tendió en la cama.

Carlos sacó de la bolsa un pequeño libro; se sentó cerca de uno de los cirios y se dispuso a leer.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Antonio.

—Te voy a leer un poco. Procura escuchar. Es un libro muy hermoso.

—Sí, para ti que a la hora que quieras saldrás de estas horribles paredes. Para ti que mañana verás el Sol. ¡El Sol! ¡El Sol!—La mente del desgraciado pareció llenarse de su visión.—¡El Sol! ¡El Sol! —murmuró.—¡Cómo me gustaría ver el

Sol ! Si me indultan, si llego a conseguir mi libertad, me darás un pedazo de tierra, ¿verdad?

—Sí, sí, por supuesto.

—Trabajaré, sé trabajar, verás. Me llevaré a mi mujer y a mis chicos. ¡Qué contentos vamos a estar todos!

Aquellos pensamientos lo tranquilizaron y, poco a poco, se fué quedando dormido.

Había en la prisión un silencio tan profundo que Carlos se sintió sobrecogido. Miró hacia todos lados con estupor, casi con miedo. ¡Qué extraño era todo aquello! Miraba a aquel hombre enjaulado como una fiera en aquel calabozo, del que sólo saldría para entrar en la tumba y creía soñar.

La ferocidad, la crueldad inaudita, de la pena de muerte, se presentó á su imaginación en toda su siniestra desnudez. Recordó una frase que alguna vez había leído: «La justicia humana no ha encontrado mejor manera de castigar al homicida que imitarlo.»

Se quedó pensativo. Tantas ideas se agolpaban a su frente, que la sentía adolorida, abrasada, como si tuviera fiebre. ¡Vengarse en nombre de la justicia, matar en nombre de la ley, le parecía monstruoso. Tratar de borrar una mancha con otra mancha, una sangre con otra sangre. Castigar un crimen con otro crimen, una muerte con otra muerte, le parecía absurdo. ¿Se convenía en que el homicidio era un delito? Sí. Pues entonces, ¿por qué cometerlo en nombre de la ley? ¿Por qué sancionarlo amparándolo con el manto de

la justicia? Sea que la muerte fuere causada por un asesino o por un pelotón de soldados, ¿no era en el fondo el mismo atentado contra la vida humana? ¿No era el mismo delito contra la Naturaleza? Cuando una acción es criminal, malvada o repugnante, pensaba, lo es en sí. No importa quien la cometa. Si el homicidio es una acción criminal; lo mismo lo es sea que lo cause un asesino, sea que lo ordene la ley. Puede llamársele con diversos nombres, pero en realidad es el mismo delito, es el mismo atentado salvaje. Aunque los motivos que la sugieran sean diversos, la acción en sí es la misma. Puesto que en uno y otro caso se atenta contra una vida humana. Puesto que, en uno y otro caso, se abre, con mano sacrílega, la puerta de la Eternidad; se viola el misterio augusto de la Muerte; se destruye una forma; se decide de un destino; se lanza un reto formidable a Dios.

Asentar como disculpa la maldad del sentenciado, es pueril. Pues nada hay más oculto, más misterioso, más difícil de juzgar, que la conciencia. ¡Cuántas veces, muy especialmente en las revoluciones, los principales culpables se escapan, y el peso de la ley cae sobre desgraciados ignorantes que fueron sólo sus instrumentos!

¡Cuántos de los que creemos criminales no serán en realidad más que neurasténicos, enfermos de la voluntad, o individuos sugestionables; fascinados, a su pesar, por una mentalidad superior a la suya!

Los seres humanos marchamos a tientas. Como los ciegos de Maeterlink en el bos-

que desconocido. Un misterio impenetrable nos rodea. Tenemos muchas suposiciones, pero casi ninguna certeza. Nada sabemos aún sobre nosotros mismos.

Si no sabemos el por qué de nuestras propias acciones, como pretender saber el por qué de las acciones ajenas. Si no podemos juzgarnos, como pretender juzgar a los demás.

De pronto pasó por su imaginación, como un dardo de fuego, una frase de su hermano. Una frase que lo había hecho palidecer: «Yo que no sé, a punto fijo, a cuantos he quitado la vida...»

Durante un rato se quedó aterrado.

Aquel hombre que dormía apaciblemente, ¿era pues una fiera peligrosa a quien era indispensable suprimir? ¿Era pues necesaria la pena de muerte? ¿Era pues preciso el reflujo de la ferocidad contra la ferocidad, de la venganza contra la venganza, del crimen contra el crimen? ¿La Sociedad no podía vivir sin el cadalso? La evolución que había transformado casi todo. La evolución que había elevado los conocimientos, engrandecido los ideales. La evolución que nos había dado la inefable certidumbre de la solidaridad de todos los hombres. La evolución que derrumbó la Bastilla; que rompió las cadenas; que hizo trizas las jaulas de hierro; que convirtió los espantosos presidios del pasado en las modernas penitenciarías. La evolución que arrancó de las manos fatídicas del verdugo las trágicas tenazas; que apagó las hogueras de la Inquisición, que hizo pedazos los siniestros instrumentos de tor-

tura, que prohibió el tormento. La evolución que de un confín a otro de la Tierra abolió la esclavitud y proclamó la igualdad de los hombres. La evolución, ¿se detenía pues, y no reformaba la antiquísima idea de la necesidad de la pena de muerte? ¿La claridad del progreso se apagaba ante esa sombra trágica del pasado? ¡Imposible! ¡imposible! pensó; la evolución no puede detenerse.

El patíbulo es un resto de la antigua barbarie, del salvajismo antiguo y hay que destruirlo. El cadalso, como dijo Víctor Hugo, es un anacronismo en esta época de progreso.

La aurora de la Fraternidad, surge a pesar de todo. La conciencia humana que se regocijaba en los circos romanos, viendo a las fieras destrozar los cuerpos palpitantes de los cristianos, se estremece ahora ante el cadalso. Ha comprendido, al fin, que las sombras no se disipan con las sombras sino con la luz; que el mal no se destruye con el mal sino con el bien; que el odio no se acaba con el odio sino con el amor. Ha comprendido, al fin, que la verdadera, la única causa del crimen es la ignorancia y que por tanto es ella la que hay que destruir a toda costa.

Poco a poco sus pensamientos se fueron haciendo confusos, vagos y al fin el sueño lo fué venciendo. Se reclinó sobre la mesa y se durmió profundamente. . . . .

El sonido de una voz le despertó. Miró al reloj sobresaltado. ¿Ya será hora? se preguntó con terror. No. Eran las tres de la mañana. Miró a su hermano. Dor-

mía profundamente. Una figura negra como una sombra estaba de pie cerca de él. ¡Era un sacerdote! Carlos se dió rápidamente cuenta de lo que pasaba. En nombre de una religión de amor, iban a cometer la crueldad inaudita de despertar al condenado a muerte. Trató de impedirlo. ¡Era tarde! el reo acababa de ser despertado. Un estremecimiento de angustia recorrió su cuerpo. Se incorporó. Miró atónito al sacerdote. Después miró a su hermano. En sus ojos había una sola, una inmensa, una suprema interrogación.

—¿Me van pues a matar?

El alma bondadosa de Carlos dió una violenta sacudida.

—Padre—dijo, casi con cólera,—mi hermano dormía, ha hecho usted muy mal en despertarlo.

—Es que apenas hay tiempo de confesarlo, decir la misa y darle la extrema unción—replicó el sacerdote con mansedumbre.

El reo escuchaba aterrado.

—El Presidente me ha prometido el indulto—exclamó Carlos vivamente.—Quizás haya venido ya. Vamos a informarnos.

El sacerdote iba a contestar. Iba a decir que le constaba que el indulto le había sido negado.

Carlos adivinó su intención y no le dejó hablar.

—Vamos, vamos a ver,—repitió. Y cortesmente lo forzó a acompañarlo. Salieron.

Cuando estuvieron a algunos pasos de la capilla, el joven dijo:

—Padre, le he mentido por caridad. Por evitarle a ese hombre, que es mi hermano, la tortura de la espantosa espera.

—Mal hecho, hijo mío, mal hecho. Hay que decírselo, para que se ponga bien con Dios.

—Faltan tres horas. ¿Comprende usted lo que son tres horas en este caso?

—Mi religión me ordena hacerlo así.

—Sin duda interpreta usted mal su religión, padre. Cristo que fué todo amor, todo piedad, todo bondad, no puede ordenar un acto cruel, no puede sancionar un acto despiadado.

—Usted delira, joven. ¡Acto despiadado, venir hacia el que todo el mundo desecha! ¡Acto cruel, hablar de Dios al que ya nada tiene que esperar de los hombres!

—No, padre, no me entiende usted. Yo nada digo de su misión. Tal vez sea santa. Tal vez sea buena. Lo que no me parece caritativo es que haya usted despertado al reo, es que haya venido a alargar, sin necesidad, su tortura. Para perdonarlo en nombre de Dios no eran necesarias tres horas. Unos cuantos minutos serían bastantes.

Durante largo rato, uno y otro insistieron en su deseo. Al fin, cedió el sacerdote en volver a las cinco. Se separaron.

Carlos entró de nuevo en la capilla. El reo se paseaba de un lado a otro horriblemente agitado. Su actitud era hosca y febril. Miraba constantemente hacia la puerta, como una fiera enjaulada que quisiera escaparse. Al ver entrar a su hermano, le dijo:

—No me confieso, no y no; puedes decírselo. Que no venga, es inútil. No quiero verlo, su presencia me da terror, me parece un espectro.

—Cálmate—dijo Carlos dulcemente.—Ya se fué. El alcalde lo convenció de que esperábamos el indulto.

—Hermano, ¿no me estás engañando? ¿Vendrá mi indulto?

Carlos palideció intensamente. Bajó los ojos y murmuró:

—Sí, todo me lo hace esperar. Vamos, acuéstate, duerme.

Imposible le era al infeliz sentenciado recuperar el sueño. Al empezar a dormirse despertaba sobresaltado.

Carlos se acercó a su hermano, se sentó cerca de él y le puso encima una mano. Poco a poco el reo volvió a dormirse.

¡Qué breve sería aquel sueño! A las cinco el sacerdote volvió a entrar.

—¿Qué es esto?—dijo Antonio despertando.

Durante un rato, se quedó atónito. Después murmuró lentamente:

—Ya comprendo, me engañaste. Hiciste bien.

El sacerdote pidió a Carlos que los dejara solos y el joven salió.

El sentenciado callaba. El golpe había sido tan rudo que lo había dejado atónito.

—Dentro de una hora, hijo mío, va usted a morir. Su alma va a comparecer ante Dios. Es preciso que se resuelva a confesarse, si no quiere ir a sufrir el fuego eterno, las penas espantosas de los condena-

dos. Es necesario, hijo mío, que se confiese. Para que Dios lo acompañe y ayude en sus últimos momentos.

El reo callaba. Una angustia indecible le oprimía el pecho. La capilla le parecía una tumba, el sacerdote un espectro. En su mente surgía la trágica silueta de la muerte. Con claridad aterradora, veía el momento final. Veía el cuadro, se veía a sí mismo, junto al siniestro paredón. Oía los disparos. Se sentía caer, presa de las convulsiones de la agonía.

—¡Esto es atroz!—murmuró llevándose la mano a la frente. En su actitud había la angustia infinita del que está bajo una horrenda pesadilla. Yo no he matado así, pensó, como me matan a mí, friamente; yo mataba en el calor del combate. Yo soy mejor que ellos.

—Arrodíllate, hijo mío, y dime tus pecados.

El reo se arrodilló. En todos sus movimientos había la vaga inconsciencia de un sonámbulo. No podía coordinar sus ideas, ni acordarse de nada.

—Yo te iré preguntando y tú me irás contestando—dijo el sacerdote con dulzura.

Carlos había permanecido de pie cerca de la puerta. Los centinelas lo miraban con curiosidad, extrañándoles que siendo un caballero tomara tanto interés por un miserable. Había perdido su calma habitual. Estaba turbado y calenturiento. Le dolían las sienes. Sentía flojas las rodillas y el pecho atrozmente oprimido. A cada momento veía el reloj y se espantaba del

pronto correr de las manecillas. ¿Pero es posible, van a matar a ese hombre? se decía. Por castigar a un asesino, ¿van a convertir en asesinos a unos pobres soldados? ¿Quién da al superior la facultad sombría, tenebrosa, horrible, de ordenar a un inferior que cometa semejante delito?

Vió venir la escolta y se estremeció. ¿Era posible? así, serena, conscientemente, ¿iban a asesinar a un hombre? El había sabido que la vida era sagrada. Su maestro le enseñó a respetar hasta la vida de los animales. Había sabido, que cuando un sér humano, está en peligro, en un incendio, en un naufragio, en cualquier accidente; el deber era acudir a salvarlo, sin preguntarse si era un malvado o un santo el que necesitaba ayuda. Se sabía que era un sér humano, cuya vida peligraba, y eso bastaba para que se acudiera a él, aun a riesgo de la propia vida. Eso le habían enseñado. Y al ver que a su alrededor todo se preparaba lenta, consciente, arteramente, para cortar una existencia, se sentía desfallecer. El que amaba tanto la vida. El que no se atrevía a ver matar una bestia, él que cuidaba las plantas como a seres vivos, nada podía hacer en aquel momento, para arrancar del patíbulo a aquella existencia.

La confesión había terminado. El sacerdote se dispuso a dar la comunión al reo y a decir la misa.

Poco después le sirvieron el desayuno. Tomó maquinalmente algunos tragos de café con leche. No quiso, o no pudo to-

mar el pan. Apenas hubo terminado, llegó la escolta y acto continuo entraron a la capilla el médico, el juez y un oficial. El condenado a muerte miró a todos con estupor, casi con indiferencia. En silencio salió de la capilla. Notando que su hermano los seguía, volteó y le dijo:

—Tú quédate, adiós.

Carlos se quedó, inmóvil, atónito, casi sin sentido, casi sin pensamiento. Para aquel hijo de la fortuna, para aquel joven dichoso, que sólo había conocido el lado bello de la vida, para aquel ser culto, de fino y exquisito temperamento, el tenebroso espectáculo, tomaba proporciones espantosas, contornos aterradores.

El condenado, en tanto, avanzaba hacia el lugar del suplicio. Sentía una agonía indecible, sin nombre, mortal; sin embargo marchaba solo, sereno en apariencia. El temor de que fueran a creerlo cobarde lo sostenía.

El sacerdote cerca de él oraba en voz alta. Cuando el oficial se acercó y lo vendó, un escalofrío espantoso recorrió su cuerpo. Sin saber lo que hacía, besó un Cristo que el sacerdote le acercó a los labios. Las piernas le flaqueaban. Su angustia era tan grande que casi le paralizaba el corazón. El sacerdote murmuró:

—Sal, alma cristiana de este mundo.

El oficial dió la señal, sonó una descarga y el ajusticiado cayó al suelo. No estaba aún muerto. Movimientos espasmódicos agitaban el cuerpo del infeliz. Un soldado se acercó y le dió el tiro de gracia.

Pasado un rato, Carlos, convulso, palidí-

simo, entró en una pieza grande, sombría y desmantelada. Ahí, tendido en el suelo, estaba su hermano.

Había en su rostro una calma inmensa. La muerte que todo lo santifica, había santificado ya a aquel desventurado; había extendido ya sobre su frente una paz y una bondad infinitas.

Carlos lo contemplaba en silencio. Gruesas lágrimas salían lentamente de sus ojos. ¡Pobre hermano! pensaba, tuvo mala suerte; la fatalidad lo tocó con su dedo implacable. Era inteligente, si hubiera sido educado habría sido un ser útil a la sociedad.

Viéndolo ahí, inerte, ensangrentado, se le encogía de angustia el corazón. ¡Qué fuerte, qué joven era todavía! Se rebelaba contra la justicia de los hombres. ¿Por qué lo habían matado? ¿Con qué derecho? ¿Por qué era un ser peligroso? Pues haberlo encerrado, haberlo hecho trabajar, educarlo, convertirlo en un ser útil. ¡Se domestican las fieras, por qué no se han de poder educar los delincuentes!

Se lamentaba de no haberlo conocido antes. Tal vez habría logrado redimirlo. ¡Soñaba con tener un pedazo de tierra! El se la habría dado. ¡Tenía tanta! Y el amor de aquella tierra tal vez lo habría salvado.

XLII

LA PROMESA SE CUMPLIA

Cuando el señor Fernández de Lara vió entrar a su hijo, acompañado de una mujer enlutada y de dos niños, todo lo comprendió.

—¿Llegaste tarde?—dijo.

—Sí, ¡demasiado tarde!

—¿Tu madre...?

—Murió en el Hospital.

—Tu hermano, ¿fué...?

—Ajusticiado—dijo Carlos con el acento vivamente conmovido.—Esta mujer es su viuda y estos niños sus hijos. Le prometí que les daríamos una amplia protección.

—Hiciste bien.

Carlos y la familia del ajusticiado salieron. Andrés se quedó solo, sintiendo sobre su conciencia un peso enorme: el remordimiento.

Pocos días después Carlos abordó con su padre la cuestión del reparto que deseaba se hiciera, de algunas parcelas de tierra, entre los jornaleros.

—¡Eso es un disparate, muchacho!—exclamó don Andrés. ¡A cuenta de qué hemos de dar lo nuestro! ¡No faltaba más!

—Es que no sabemos hasta qué punto es nuestro, papá.

—¿Cómo es eso? ¡Con buena me sales!

—Pero, papá, si tú sabes bien. Casi todas las grandes propiedades de nuestro país se formaron por despojos que el conquistador español hizo a los indígenas. De aquí resulta que el que heredó, heredó una cosa robada. El que compró, compró una cosa robada también.

—Ese mal viene ya de muy lejos, no tiene ya remedio—dijo don Andrés.—Los que fueron despojados, ya no existen, y los que poseemos esas propiedades hemos invertido en ellas nuestros esfuerzos y nuestro dinero.

—Sea en buena hora, papá. Por esto no le digo que lo de todo, sino una parte. La paz y la prosperidad de nuestra patria bien vale este sacrificio. Es además un sacrificio muy relativo. Nuestra propiedad valdría casi lo mismo con o sin la parte que pretendo dé usted. Pues esa parte en nuestras manos poco o nada produce. Es demasiada extensa la hacienda, no podemos cultivarla toda.

—Poco o nada vendría a ser para la prosperidad de la República el que nosotros repartiéramos una parte de nuestras tierras. Negocio es ese del Gobierno.

—El Gobierno no puede todo lo que quiere. Bien sabe usted que no hay dinero. Además la patria es de todos. De todos es pues el deber de ayudar a su engrandecimiento.

—¿Qué es para el engrandecimiento de mi país lo poco que yo pueda dar...? Si todos los hacendados lo hicieran, yo los secundaría, eso sí, yo los secundaría.

—Alguno debe comenzar. Comience usted. Dé un hermoso ejemplo de fraternidad y de patriotismo. Verá usted cuantos hay que lo imiten.

Muchas veces se trató el mismo asunto. El señor Fernández de Lara se resistía. Carlos no se desalentaba. ¡Harto conocida le era la bondad de aquel corazón! Día llegaría en que le haría ver la necesidad de cooperar a la solución del conflicto nacional.

—Si queremos paz, paz verdadera, paz perdurable—solía decirle,—pongamos cada uno lo que esté de nuestra parte. Más vale tener poca tierra y disfrutarla en paz, que tener mucha y vivir en ella con zozobras.

Como el hijo lo esperaba, el señor Fernández de Lara convino, al fin, en ceder la cuarta parte de sus tierras.

Días de regocijo fueron para Carlos aquellos que pasó dividiendo en parcelas iguales el terreno que iba a cederse.

Día de sana dicha, de pura y profunda alegría, fué aquel en que hizo el reparto entre sus jornaleros. Aquellos seres humildes, que llevaban esculpida en sus rostros broncíneos la historia muda y amarga de sus desventuras, sonreían. El joven donador se sentía enternecido. Sin saber por qué recordaba al ajusticiado. Le parecía oirlo decir: «De la sangre que he derramado no soy el único culpable». Aque-

lla frase que tanto lo había conturbado ya no lo inquietaba. ¡Había hecho sonreir a los humildes; había hecho felices a los desgraciados; el sombrío reproche no llegaba ya hasta él!

XLIII

NUPCIAL

La fecha señalada por el destino para el matrimonio de Carlos y de Ana Rosa, llegó al fin.

Fué en una risueña mañana de abril. Desde muy temprano la señorial mansión se llenó de alegres murmurios. Gran número de sirvientes ornaban de rosas la casa, el nuevo chalet para los desposados, el templo y el trayecto que deberían recorrer los novios.

Era un verdadero derroche de flores, una orgía de pétalos. Se habían hecho venir de los jardines y de los bosques verdaderos primores. Le habían robado a las montañas su mágica flora; le habían arrancado sus maravillosas orquídeas, sus preciosos y finos helechos, sus olorosos pinos. Se le habían quitado a sus árboles seculares sus cabelleras de heno.

Las rosas, cuajadas aún del rocío matinal, mostraban por doquiera la gracia exquisita de sus pétalos. Formaban arcos

triunfales, festones, guirnaldas y coronas. Millones de flores habían sido deshojadas y sus lindos pétalos cubrían la perfumada alfombra de menudito y recortado pino que se había extendido en todos los trayectos que deberían recorrer los prometidos.

Frente a la casa se habían congregado todos los campesinos. Vestían sus mejores ropas. Cada uno de ellos llevaba una modesta ofrenda para la novia. Ya un manojo de espigas, un ramo de flores silvestres o de hierbas olorosas, una paloma blanca, cualquier don con que significar su cariño y gratitud al amo.

Los niños y las niñas de las escuelas habían sido obsequiados por Carlos con trajes blancos y desde muy temprano, limpios, albeantes y bullangueros, formaban valla de la casa al templo. Llevaban todos cestitos repletos de flores que arrojarían a los novios al pasar.

Todo era ruido y alegría en aquella hermosa mañana. Las campanas de la iglesia repicaban a todo vuelo. El aire, el cielo intensamente azul, los árboles inundados de sol, las aves que despertaban con alegre algazara, todo hablaba de dicha, de paz, de cariño. Todo parecía estar de fiesta. La Naturaleza parecía aplaudir. En las almas y en las cosas se sentía la primavera.

En su estancia la novia se arreglaba. Elena había terminado de peinarla. Su negrísimo pelo, dividido en dos partes iguales, caía en sedosas ondas sobre sus sienes. Cubría, casi totalmente, sus finas ore-

jas y se anudaba en artístico nudo sobre su nuca.

De pie frente al espejo, sonreía. Estaba aún a medio vestir. Tenía puestas ya las medias, las zapatillas y la camisa de novia. Todas aquellas prendas níveas y ornadas de azahares, era de una finura extrema y velaban apenas sus divinas formas. La biselada luna del espejo la reflejaba entera, en todo el esplendor de su boyante juventud. Estaba en el precioso y divino instante en que el botón estalla en rosa. Sus formas todas tenían un turbador y perfecto desarrollo; y sus carnes duras y mórbidas la suavidad, la lozanía, la aterciopelada frescura de una flor que acaba de abrirse. De la cabeza a los pies era perfecta. Con triple perfección de la juventud, de la pureza y de la bondad. Semivelada por su nívea camisa tenía tonalidades y contornos de estatua. Escultural era toda ella. Esculturales eran sus piernas esbeltas y torneadas. Esculturales sus lindos brazos, su cuello blanco y erguido como un lirio, sus hombros, su busto, sus caderas, en donde la carne se curvaba con extrema y armoniosa suavidad.

La virgen, de pie frente al espejo, sonreía. Su sonrisa, vaga y dulce, centuplicaba la inquietante belleza de sus negrísimos ojos. ¡Sonreía...! Nada más delicioso que aquella sonrisa. Debe haber sido semejante a la sonrisa de Eva cuando, por primera vez, contempló su belleza en los cristalinos manantiales del Paraíso. Nada más bello que aquellas carnes inhoyadas, que aquellas formas intactas. Nada más

turbador que las suaves líneas de sus hombros, de sus senos, de sus caderas. Nada más delicioso que su boca carnosa que desconocía aún el sabor del beso. Nada más inquietante que sus ojos. Aquellos ojos, entre pensativos, risueños y asombrados, en que su alma amante y pura se asomaba; en que todos los sobresaltos de sus candores se estremecían; en que su fe inmensa en la vida irradiaba como una luminosa y caliente llama.

Elena la contemplaba en silencio. Un mundo de sensaciones pasaba por su alma. Una emoción tiernísima agitaba la parte más profunda de su ser. ¿Qué origen tenían? ¿De qué estaban hechas aquellas sensaciones? ¿De qué fuentes ignotas surgían? ¿Eran alarmas maternales por todos aquellos candores, celosamente cuidados, que iban a perderse; por todas aquellas inocencias, cuidadosamente custodiadas, que iban a ofrendarse? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué una nube de lágrimas le subía a los ojos, al ver las suaves curvas que marcaban el vientre y las caderas de la virgen? Acaso, al verlas incipientes, débiles aún, marcándose apenas, ¿temblaba ya por los dolores augustos que tendrían que desgarrarlos, por la deformación sagrada que deberían sufrir? ¿En qué sentimientos, en qué serie de ideas radicaban las raíces de sus sensaciones? ¿De dónde surgían? ¿Acaso al sentir junto a sí la dicha, el amor, los sueños, pensaba en su dicha, en su amor y en sus sueños deshechos? ¿Al ver aquellas carnes sedosas, aquel vientre inhoyado, aquellas ca-

deras virginales; todas aquellas inocencias que iban a tener la suprema ventura de ofrendarse, pensaba en su propia carne, en sus propias formas que habían sido tan bellas y que habían caducado sin haber sido consagradas por el beso nupcial? Los instintos de maternidad que ella, como casi todas las mujeres, llevaba en el fondo de su sér, ¿se despertaban ante la alegría nupcial que vibraba por doquiera en aquella tibia mañana de primavera? Todo un mundo de recuerdos, de ensueños, acariciados y desvanecidos ya, se despertaban en su mente. Una onda de lágrimas le nublaba los ojos. Ana Rosa, entretenida en vestirse, no se daba cuenta de la palidez y de la amargura que, como una sombra pasaba por el rostro de la solterona. En medio de la feliz inconsciencia de su dicha dijo semisonriente:

—Ya sé tu secreto, madre. ¡Lo he adivinado! Amaste mucho, mucho, como yo amo ahora. He adivinado más... sé a quién amaste... ¡A don Andrés! ¿He acertado? —interrogó volteando hacia Elena su carita radiante.

La solterona se puso un dedo sobre los labios. Aquella acción sencilla era, por los sentimientos que le daban vida, tan solemne, que Ana Rosa cayó sobrecogida, comprendiendo que había lastimado una herida muy sensible, que se había asomado a un abismo de dolor.

Queriendo remediar su ligereza, se sentó sobre las rodillas de su madre adoptiva y se puso a besarla. Elena no pudo contenerse más, la hizo levantarse y, cubrién-

dose la cara con las manos, se puso a llorar amargamente. Sus ahogados sollozos llenaron, durante un rato la estancia. Ana Rosa la contemplaba en silencio, sin atreverse a hablar. Comprendiendo, por femenil instinto, que estaba ante un dolor inconsolable, ante una pena muy profunda, frente a la cual había que inclinarse con respeto.

Del patio subían risas de niños, algazara de multitud en fiesta, aleteos de palomas, cantos de aves. En medio de aquella alegría nupcial Elena lloraba...

Cuando aquella dolorosa crisis empezó a ceder la doncella se sentó en las faldas de Elena y se puso a besarla.

—No quiero ver lágrimas en este día, mamita. Son de mal agüero.

—Tienes razón—dijo ésta serenándose,—perdóname.

Se puso de pie y ayudó a Ana Rosa a terminar de vestirse. Luego la hizo sentarse y le prendió, con gusto exquisito, la corona de azahares y el níveo velo.

Momentos después salieron de la estancia. Carlos las esperaba ya. También él se había hecho una cuidadosa toilette que hacía resaltar su natural elegencia.

Un murmullo de admiración y una lluvia de flores acompañó a los novios hasta el templo. Los sencillos campesinos, se maravillaban de la belleza de la novia y de la elegancia de sus atavíos. Con infantil ingenuidad expresaban en voz alta sus impresiones.

La hermosa ceremonia católica, que une para toda la vida dos destinos, se efectuó

con solemne sencillez. Cuando terminó, los desposados, envueltos en una nube de incienso, voltearon a mirarse y se sonrieron. ¡Se sonrieron...! ¿Quién podría definir el encanto profundo que hay en la sonrisa de dos seres enamorados que acaban de unir para siempre sus destinos? ¿Quién podría expresar todo lo que hay en aquellos momentos de fuerza protectora en los ojos del hombre, y todo lo que hay de sumisión, de ternura y de confianza en los de la mujer? El varón sabe que un ser débil se acoge a su fuerza, que se le entrega de una manera ciega, absoluta, completa, para toda la vida. Este acto de abandono, de fe, centuplica su fuerza, lo enardece para la lucha cuotidiana. El orgullo santo de convertirse en protector ilumina sus ojos. Se siente grande porque se siente bueno. Se siente bueno porque se siente amado.

La sonrisa de la esposa es un poema. Está hecha de todas las divinas ternuras, de todas las infinitas sutilezas que forman el alma femenina. Parece decir sumisamente: «Tómame, ayúdame a andar, guía mis pasos. Sin ti nada soy, nada puedo».

¡Oh celestial sonrisa! ¡qué amargo debe ser recordarte, a través de los años, cuando la realidad haya desvanecido los ensueños; cuando las ilusiones hayan huído, como bandadas de golondrinas, al soplo helado de los desengaños!

¡Oh celestial sonrisa! ¡qué grato debe ser recordarte, cuando la vida ha cumplido sus promesas, cuando los esposos han fundido sus almas y han formado un solo ser! ¡Qué dulce debe ser recordarte en la ti-

bia penumbra de la alcoba, junto a las camitas blancas de los niños que duermen tranquilos sabiendo que vela junto a ellos la fuerza protectora del padre y la santa ternura de la madre.

Hacia el medio día se efectuó el matrimonio civil en la sala de la casa.

Poco después de la cena los desposados se despidieron de Andrés y de Elena. Ante el uno y ante la otra se arrodillaron, recibieron sus bendiciones y, con gratitud infinita besaron aquellas manos que habían sido para ellos las manos de la providencia. Buscaron al maestro para despedirse de él. Solo en su cuarto, meditaba. Las ventanas y la puerta estaban abiertas. El tibio aliento de la noche penetraba, hinchando ligeramente las cortinas. En el campo había una paz, un silencio y una obscuridad, casi religiosas. En el cielo cintilaban billones de estrellas.

—Sabía que vendríais, os esperaba—dijo al ver entrar a los desposados.—¿Queréis que de más luz? A mí me agrada esta semiobscuridad, porque me permite ver mejor las estrellas; pero tal vez a vosotros os desagrade.

—Dejad así la luz, maestro—dijo Carlos. —Estaremos muy poco tiempo. No quisimos partir, a nuestra nueva casa, sin despedirnos. Es por esto que nos atrevimos a turbar vuestra meditación.

—Aunque sea por un momento, sentáos—dijo Keller ofreciéndoles cortésmente dos sillas.

Los jóvenes se sentaron junto al maestro.

—Precisamente oraba por vuestra dicha,

amigos míos. ¿Es útil o inútil la oración? ¿Puede realmente variar un destino humano? Probablemente no. Sin embargo yo oraba por vosotros. La oración, esa divina facultad del alma, sube a nuestros labios en todas las grandes circunstancias de la vida. ¿Por qué? ¿Quién la envía? ¿De qué fuentes ignoradas brota? Yo no sé... oraba... Pedía al Ser sin Nombre, a lo Incognocible, que colmara de dichas el hogar que vais a formar. No os fiéis de mi oración—añadió sonriendo vagamente.—No esperéis que la dicha os caiga del cielo como un milagroso maná. La dicha es obra nuestra. Es el resultado de nuestras buenas obras; depende de nosotros mismos. En vano se la pediréis a Dios o a los santos. No os la darán si no sabéis merecerla. Y nadie podrá arrebatárosla si habéis sabido conquistarla.

Muy poco o nada, tengo que aconsejaros, pues os amáis. El amor os guiará, él os revelará muchas cosas que yo no sabría deciros.

Yo sólo os digo: Guardad vuestro corazón porque de él mana la verdadera vida. Guardad vuestro corazón porque en él reside el Infinito. Que sea como un santuario en que os consagréis perpetua adoración. Que sea como un límpido espejo en que siempre se reflejen vuestras imágenes. Que sea como una mística fuente que siempre tenga para vosotros dulces canciones. Que sea como un asilo en el que siempre os encontréis seguros.

Guardad vuestro corazón porque de él mana la verdadera vida. Guardad vuestro

corazón porque en él reside el Infinito. Dejad entrar en él todos los afectos, siempre que no entibien vuestra mutua adoración. Dejad que en él se refugien los seres que necesiten piedad y amor, siempre que no turben la imagen vuestra que ahí reposa. Pero cerradlo, cerradlo, sí, al que venga a limitar vuestro cariño, al que venga a empañar vuestras imágenes, al que venga a turbar vuestra paz. Ese, quien quiera que sea, es un intruso. Cerradle vuestro corazón. No lo dejéis entrar en vuestro santuario.

Que no haya nada más venerado, nada más santo, que el uno para el otro. Para que esta veneración sea posible, guardaos un profundo respeto. Sed honestos, sed castos. Que vuestra unión no os deje bochorno ni remordimiento. Que salgáis de ella puros. Pudiendo miraros sin rubor. Pudiendo sonreiros sin amargura. Que vuestra unión os deje intacta el alma. Que sea como la unión de dos rayos de luz que se funden sin perder su esplendor; como la de dos gotas de agua que se mezclan sin perder su diafanía; como la de dos preciosas perlas que juntas se engarzan sin perder su valor.

No consideréis vuestra unión como un medio de satisfacer materiales apetitos. Eso os degradaría, os haría semejantes a las bestias. Daos cuenta de la dignidad de vuestra misión. Considerad que la naturaleza os ha elegido para colaborar con ella. Pensad que ayudáis en su obra grandiosa al Universo. Sentid el orgullo sagrado de

convertiros en creadores, en colaboradores de Dios.

¡Oh, doncella!—dijo a Ana Rosa.—Probablemente en voz va a efectuarse un divino misterio: el Misterio de la Encarnación. El Espíritu Santo va a descender en vuestro vientre inmaculado, el Verbo se va a hacer hombre, lo invisible va a hacerse visible, el Principio Eterno va a convertirse en carne mortal.

Y tú, varón—dijo mirando a Carlos—piensa que todas las fuerzas del Universo radican en ti. No hay nada que en ti no exista, la vida en ti radica. Tú puedes dar la vida. Tienes atribuciones de un Dios.

Los ojos del maestro brillaban con extraño fulgor. Aquellos ojos acerados, de mirada fría, tomaban expresión. Pasaba por ellos no sé que ensueño desmesurado. No sé que mística e inmensa visión.

Ahí, frente al cielo profundo, frente a la Sombra sagrada; en aquel cuarto en penumbra, silencioso como un templo; frente a aquellos jóvenes desposados, que le escuchaban con religioso estupor, parecía el sacerdote, el apóstol de una nueva religión: de la Religión del Porvenir.

Los desposados callaban, sintiendo todo el peso, toda la gravedad de las palabras del maestro. La vida, que hasta entonces les había parecido bella, en aquel momento les parecía sublime. Se miraron y se sonrieron... ¡Sus almas habían sentido la inefable certidumbre de su grandeza!

Embargados, absortos, se dirigieron hacia su casa.

Entraron en la alcoba nupcial. La ventana estaba abierta. Se acercaron para cerrarla. Una sombra inmensa envolvía la tierra. Un silencio augusto presidía a la sacra ley de la Renovación.

Se miraron, sin sonreir, y sus labios se unieron en un lento y prolongado beso.

FIN



INDICE

OBRAS ESCOGIDAS

DE

SALVADOR FARINA

Salvador Farina es uno de los escritores amenos que mejor poseen hoy en Europa el arte de narrar, conmoviendo al lector con recursos naturales, honrados.

Su pluma engrandece los asuntos más baladíes y da a los tipos más vulgares proporciones literarias. El interés y el sentimiento se desarrollan en este autor a través de las escenas comunes de la vida, sin apartarse de la verosimilitud ni de la moral cristiana.

Farina es apellidado en su país el Dickens italiano; pero no porque la crítica le considere remedo del gran novelista inglés, sino porque participa de sus pensamientos y de las bellezas de su estilo.

Sus libros, generalmente historias de amor, ennoblecidas y embellecidas por el sentimiento y por el arte, son popularísimos en Italia y en la Argentina, y muy leídos en España. La inapreciable condición de que estas novelas pueden entrar en todos los hogares, facilita grandemente la difusión de este autor, favorito de las familias.

He aquí la lista de las obras escogidas de este escritor:

Los bellos ojos de la Gloria.
Amor tiene cien Ojos.
Hasta la muerte.
Cabellos rubios.
Amor Vendado.
¡Hijo mio!
Don Quijotillo.
Oro escondido.
El secreto de una Tumba.
Por la Vida y por la Muerte.
El señor Yo.
La Virgencita Blanca.
Frutos Prohibidos.
Un Testamento.
El número 13.
El Libro de los Amores.
El Segundo Libro de los Amores.
El Tesoro de Donnina.

Precio de cada tomo, en rústica, **1 peseta;** encuadernado en tela con planchas doradas, **1'50 pesetas.**

